

★ TÚ, YO ★ ≡ Y NUESTROS ≡ ★ LIOS ★



MANU PONCE
ALMA FERNÁNDEZ

TÚ, YO Y NUESTROS



MANU PONCE
ALMA FERNÁNDEZ

Primera edición.

Tú, yo y nuestros líos

©Manu Ponce.

©Alma Fernández.

©mayo, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



—Lola, ¿me puedes acercar el mando de la televisión? Esto de haberme roto la cadera me está matando, hija—le comentó mi abuela Consuelo.

No os llaméis a error. Por mucho que se dirigiese a ella como “hija”, no es que lo fuese en el sentido literal, aunque mi madre se comportó con ella como tal y hasta diría que más.

Mi abuela Consuelo era en realidad su suegra, la madre de Juanjo, mi fallecido padre, el cual perdió la vida cuando yo tenía diez años a consecuencia de una desafortunada caída en la obra en la que trabajaba como oficial de albañilería.

Desde entonces ya habían transcurrido un buen montón de ellos y, al borde de mi treintena, le seguía echando de menos como el primer día.

Yo había sido muy de mi padre, mucho. Cuando era niña, mi madre solía hacer bromas sobre que solo le quería a él. Y aunque eso por supuesto que no era verdad, pues yo la adoraba, lo cierto es que sufría de “papitis” aguda.

Con mi padre es que me encantaba hacerlo todo. Y más que cualquier otra cosa, ver el fútbol. Nosotros éramos del Atleti de Madrid a muerte, aunque no es que me guste vincular esa expresión a su nombre, pues la jodida se lo terminó llevando demasiado pronto.

Recuerdo que los fines de semana, mientras mi madre se quedaba en casa o iba de charleta a la de nuestra vecina Rosario, de quien siempre fue mi amiga, yo me bajaba con mi padre y sus amigos al bar al ver los partidos de ese deporte que a ambos nos entusiasmaba aunque, por encima de eso, su principal virtud era la de servirnos de nexo.

Aún hoy me cuesta hablar de ello sin que una gruesa lagrimilla ruede por mi mejilla, ya que hay recuerdos que, no por imborrables, son menos dolorosos.

El día que nos avisaron de que mi padre había sufrido aquella caída, supe que algo en mí se había roto para siempre. En principio, nos dijeron que estaba vivo y, por mucho que mi madre insistió en que me quedase en casa, algo en mi interior me dijo que corriera con ella hasta el hospital si no quería quedarme sin despedirme de él.

Así fue. Con su último aliento, ese hombre bueno, generoso y amante de su familia nos recordó que nos amaba con toda su alma y que siempre estaría con nosotras.

Me revelé contra el mundo con su marcha porque no entendía, por mucho que mi madre pretendiese aplacar mi ira, qué sentido tenía que un hombre formidable como él y que tanta falta nos hacía tuviese que partir hacia un destino tan incierto como la muerte.

Más de una vez hice novillos en aquellos primeros años para ir a contarle a su tumba cómo me iba y lo mucho que le extrañaba. Nosotros vivimos en un pueblo de Madrid y, por el camino, me las ingeniaba siempre para coger alguna florecilla que dejarle caer sobre el nicho que su familia tenía en propiedad y que ya ocupaba también mi abuelo Alfonso, su padre, a quien él fue a hacerle compañía.

En mi bolsillo no solían faltar algunos lazos blancos y rojos con los que anudar los tallos de esas flores, como guiño al Atleti de nuestros amores. Y eso que ninguna noticia podía darle del equipo, ya que me cerré en banda y no volví a ver un partido de fútbol. Es más, tampoco consentí practicarlo ni siquiera en el colegio, cuando tocaba darle al balón en la clase de educación física. Soy terca y cuando digo que no es que no.

El fallecimiento de mi padre dejó a mi abuela Consuelo más sola que la una. Y la mujer, que por aquel entonces contaba con unos 60 años se sumió en una depresión.

Una tarde que ambas fuimos a verla, se me removieron tantas cosas dentro que lloré al salir y mi madre intuyó lo que le iba a pedir antes siquiera de que abriese la boca.

—Sí, hija, si yo igualmente lo estaba pensando. Tu abuela necesita que la cuiden porque no levanta cabeza.

Al día siguiente hablamos con ella y le hicimos la propuesta que le cambió la vida. Sus ojos se abrieron como platos y nos prometió que nuestra generosidad se vería recompensada.

Dicho y hecho. Si mi padre fue un hombre de palabra, eso le venía de herencia. Mi abuela tenía otra hija, mi tía Amalia, que vivía desde su mayoría de edad en Alemania. Hasta allí fue a hacer unas prácticas y se enamoró de Klaus, un alemán con el que tenía un par de hijos, pues por España ya no volvió más que en vacaciones.

Por esa razón, mi abuela Consuelo, sabiendo que mi madre no es que quedase boyante en lo económico, pues las pensiones de viudedad no dan para tanto y ella no trabajaba en ese momento, nos ofreció su casa para vivir, ya que mis padres estaban de alquiler mientras reunían el dinero para la entrada de su propia casa.

—De ese modo, el dinerito que teníais reunido, te lo quedas como un colchón. Y entre todas nos arreglaremos divinamente en mi piso—le sugirió mi abuela—. Además, estoy segura de que mi hija Amalia, a la que no le falta de nada en Alemania, no pondrá ningún impedimento para que lo heredéis el día de mañana. Y asunto resuelto.

Bien sabe Dios que no lo hicimos con más intención que la de cuidar de esa mujer que tanto lo necesitaba, pero fue la solución ideal para todas. Las tres vivimos en un matriarcado desde entonces, en uno en el que mi padre siguió teniendo un papel protagonista, puesto que una persona no muere si los suyos le siguen recordando, y nosotros le tuvimos en un pedestal.

Mi madre acababa de cumplir medio siglo de vida y, aunque no podía estar más guapa y estupenda, no se le volvió a conocer pareja, pues vivió volcada en mí desde que la vida le asestó aquel palo.

Capítulo 2



Era sábado y yo caí en que mi madre estaba más callada de lo normal. En otras condiciones, le habría dado cháchara a mi abuela al entregarle el mando de la televisión.

La noté alicaída y hasta juraría que el color de sus mejillas lucía más apagado de lo habitual. He de decir en favor de aquellas mujeres, mis referentes en la vida, que no por haber sufrido una desgracia me criaron en un ambiente triste, para nada.

Al poco de irnos a vivir con ella, mi abuela Consuelo salió del pozo en el que se vio metida tras la muerte de su hijo y, aunque su pena no se la quitaría nadie, volvió a ser la mujer alegre que yo conocía. Mi madre también recuperó su energía y se aferró a mí con todas sus ganas, criándome en el ambiente más feliz posible.

Con el tiempo, ella encontró trabajo en el estanco del barrio. Y hacía como un año, el negocio fue traspasado a un nuevo dueño, Esteban, momento en el que pensó que igual se quedaba en el paro. No ocurrió así, sino que el hombre le mantuvo el puesto y hasta le mejoró las condiciones. Ole ella, que se lo merecía por lo buena persona y trabajadora que era.

En cuanto a mí, yo desarrollaba labores de recepcionista en una clínica dental y mi trabajo me gustaba mucho. Lorena, mi jefa, era un encanto de persona y el ambiente en el trabajo no podía ser mejor. Paloma era mi compi y amiga, y a mí no me pesaba en absoluto lo de ir a trabajar, ya que me suponía un aliciente y un entretenimiento más del día a día.

Por lo que os voy contando, podréis entender que, tras la desgracia, la vida no nos trató mal. Y el único sustillo que nos llevamos fue el tirón de bolso que mi abuela sufrió a manos de unos gamberros desde una moto hacía poco, cayendo al suelo tras salir del banco de cobrar su pensión. Los muy malditos le partieron la cadera solo por llevarse la paga que suponían que contenía.

Lo más irónico del caso es que no se llevaron nada, pues mi abuela portaba el bolso como señuelo, y la paga la escondió en la faja, como era su costumbre. Pero el susto no nos lo quitó nadie y la teníamos en casa, cuidándola entre algodones.

—Blanca, cariño, a tu madre le pasa algo—me decía aquella tarde de sábado y yo asentía—. Tú sabes que ella es muy sufrida, pero tiene la carita del color de la cera y a mí no me cuenta nada. A ver si tú te enteras de algo, porque me tiene con las carnes abiertas.

Por distintas circunstancias, mis abuelos maternos también murieron jóvenes y el único hermano de mi madre, mi tío Francisco, vivía en Granada, por lo que solo nos tenía a nosotras.

Afortunadamente, las tres éramos una piña y en mi abuela Consuelo había encontrado una madre, igual que ella una hija, por lo que la preocupación de la señora era más que sincera.

—Yo también lo he notado, abuela, tú no te preocupes, que yo le meto los dedos—le dije.

—Sí, hombre, para eso estoy yo, con el correr de tripas que tengo—añadió mi madre desde la cocina, que el vientre lo tendría regular, pero el oído le funcionaba como un reloj suizo.

—¿Será que te sentó mal la cena de anoche? Voy a preguntarle a tu amiga Gloria por si ella está igual—le sugerí cogiendo el teléfono.

—No, no, deja, que ella está bien.

—Entonces igual es que pedisteis algo con demasiado picante y ella tiene el estómago a prueba de bombas, pero tú no, ¿estuvisteis en el hindú?

—Sí, hija, en ese mismo. Ya no voy más. La salsa estaba de muerte, pero va a ser literal.

—Venga ya, mamá, si bicho malo nunca muere—le solté dándole un codazo en broma.

—Ay, otra vez, otra vez—corrió hacia el baño porque sí, la dichosa salsa debía ser radiactiva.

Me fui detrás de ella con la intención de aguantarle la cabeza y qué malita la vi. Esperé a que se le pasasen los vómitos y luego la llevé a su cama, donde decía que el dormitorio le daba vueltas y vueltas.

—Si parece que voy en un tiovivo, cariño. Como cuando tú eras pequeña y nos montábamos...

—Tú ponte buena, y nos montamos otra vez si quieres.

—Sí, justito en eso estaba yo pensando, mi amor, en dar más vueltas. Solo de pensarlo...

De nuevo corrió al baño y echó hasta la primera papilla esa mujer.

Menudo hospital de campaña que tenía yo montado en casa, entre mi abuela que apenas se podía mover a consecuencia de la operación de cadera, y mi pobre madre, que parecía estar poseída.

Y encima, Pablo, que no paraba de llamarme por teléfono. Mi novio era más pesado que un bocadillo de cemento y no tenía otra cosa que hacer que darle al telefonito, como si yo solo viviese para descolgarlo en una tarde en la que no daba más de mí.

—Pablo, ¿se puede saber qué tripa se te ha roto? —le pregunté cuando descolgué con ganas de mandarle a hacer puñetas.

—Bonita manera de agradecerme que quiera invitarte a cenar. Venga, ponte guapa, que paso a recogerte a las nueve.

—Yo hoy no me puedo mover de aquí, que mi madre se está vaciando por dentro y la abuela no puede ni menearse. Así que búscate una distracción, que eso se te da bien.

—¿Otra vez? Por favor, cariño, dijimos que esto no volvería a ocurrir.

—Vale, vale, que lo siento. Pero que esta noche no puedo ir a ninguna parte, no veas el plan que tengo aquí.

—Ains, y tenía que ser en sábado—se quejó.

—Sí, sí, en sábado... Qué lastimita de ti, pobre mártir.

Capítulo 3



Me acerqué a la cama de mi madre y a la pobre le faltó el tiempo para velar por mí.

—Cariño, yo ya estoy un poquito mejor. Vete a cenar con Pablo que yo cuido de la abuela—me indicó.

—Ni se te ocurra decirlo, mamá. Vosotras me necesitáis y a mí no se me ha perdido nada con Pablo en la calle.

—Es tu novio, hija, y es joven. Es normal que quiera salir contigo.

—Me da igual. Hoy no. Cuando le ha parecido, no se ha acordado de mí.

—Blanca, yo sé que Pablo se equivocó. Tampoco esa chica se lo puso fácil.

—Elsa no tuvo la culpa, mamá. No es que yo vaya a defenderla, pero al César lo que es del César. Quien tenía novia era él.

—Pero si decidiste perdonarle...

—Es que no sé si hice bien perdonándole, ese es el problema.

—No digas eso, amor... Él parece muy arrepentido.

—No creas que siempre, la verdad es que se pone muy bien puesto cuando viene a mí, pero luego creo que hasta se le olvida la putada que me hizo, porque fue una putada.

—No puedes vivir de morros eternamente. Ni siquiera sabes si llegó a tener algo con esa chica, Blanca.

—La foto que ella le envió era muy explícita, mamá.

—E igual él se quedó tan sorprendido como tú cuando la recibió.

—No sé qué pensar, aunque la sorpresa le llegó porque fuese yo quien cogiese su teléfono.

Todo había sucedido unos meses antes, una noche en la que estábamos viendo una peli en casa de Pablo, mi novio, que trabajaba de cajero en un banco. Yo comencé a notarle raro al poco de aterrizar en su sucursal Elsa, la nueva subdirectora, una chica muy atractiva.

Pablo andaba como pollo sin cabeza, distraído... Y la noche en la que se levantó al baño y mientras le llegó al móvil la foto del insinuante trasero de Elsa, las piezas me encajaron.

Según él, ella le perseguía hasta la saciedad y no sabía cómo quitársela de encima sin que le causase un perjuicio en el trabajo, ya que llegar a la directora acusando directamente a Elsa no le parecía lo mejor para generar ambiente de compañerismo.

Por lo visto, ya había intentado pararle los pies y ella se empecinó en él. Pablo era guapo, guapísimo, con un cuerpazo y unos ojos verdes espectaculares. Y ella le vacilaba con que el verde ere su color favorito... para todo.

Ante semejante panorama, yo juré que me quitaba de en medio, presa de los celos, pero Pablo me prometió que cortaría de raíz con el problema. Y, aun así, a mí me quedaron todas las dudas habidas y por haber al respecto.

Lo que estoy queriendo decir es que para mí que hubo un tonto mutuo. Y aunque en principio quise pensar que tal pensamiento no era más que el fruto de mis celos y que no tenía por qué ser así, de vez en cuando se me cruzaban los cables y me salía una parte de mí que deseaba hacerle picadillo.

Con lo que os estoy contando, entenderéis que nuestra relación no pasaba por su mejor momento. Algo en mí me decía que no me fiase de Pablo, que me la podía seguir jugando o volver a jugar, y por mucho empeño que él pusiese en tratar de demostrarme que no era así, a mí no me convencía.

Me dispuse a preparar la cena y ni tan mal... Escuchando música con los cascos, no escuché que mi amiga Desiré estaba picando la puerta, por lo que me llamó por teléfono para que le abriese.

—Madre mía, he podido quemar el timbre y ni te coscas—resopló al entrar.

—Eso digo yo, criatura, que no lo has quemado de milagro. Y yo me he desgañitado llamando a mi nieta porque una no puede menearse del sillón.

—Ay, Consuelo, siento haberte molestado. Para compensarte te he traído esos bombones que

tanto te gustan. Mira—sacó una bolsita de los de la pastelería del barrio y mi abuela se lo perdonó todo.

—Qué bonita eres, Desiré. Ea, a la cocina con mi nieta, que no quiero que me eche la bronca si meto la mano en la bolsa—le guiñó el ojo.

—Yo solo me quejo cuando te los zampas todos de golpe, abuelita, por el azúcar.

—Pero si yo no sufro de diabetes, Blanca.

—Pues eso, para que no sufras.

—Desiré, dile a esta nieta mía que no puede ponerle el parche antes que la herida a todo. Y que de algo hay que morir. Pues ya que una no le da al matarile, al menos tener una muerte dulce...

—Para lo que sirven algunos dándole al matarile como tú dices, Consuelo, mejor quédate con los bombones—rio mi amiga.

—Alguien se llevó un palo anoche, ¿no? —reí.

—Ya te digo con el musculitos. Pues nada, que lo tenía todo hinchado menos lo que debía tener. Y encima es que más soso no lo había en la cama. Si hasta le pillé, ahí dándole, y poniendo posturitas en el espejo como si fuese a cambiar su foto de perfil.

—¿Se miraba los músculos en el espejo mientras te lo hacía? Ay, madre mía, ¿no has traído más bombones? Porque creo que mejor tú y yo nos quedamos con el chocolate.

—Pues estos ya tienen dueña—me decía mi abuela mientras se atragantaba con ellos, de la mucha velocidad que cogía comiéndolos.

—Aquí el único que está triunfando es Cristian, que le va genial con Santi.

—Para que veas. El que siempre tuvo la cabeza más volada y el primero que la ha sentado—reí.

Cristian era nuestro mejor amigo y Santi su pareja. Desde niña crecí con Desiré y con Cristian, y entre nosotros tres no había secretos. Él se había echado novio y estaba más a gusto que un arbusto, mientras que Desiré no daba pie con bola con sus ligues y yo... Yo tenía a Pablo y a veces pensaba que ya no me servía ni para hacer puñetas.

Capítulo 4



El domingo al mediodía me fui a almorzar con Pablo, quien no paraba de insistirme.

Para mí que ese tramaba algo, porque le veía más contento de lo habitual y muy dicharachero. De todos modos, yo no paraba de mirar el móvil por si me necesitaban en casa.

Que conste que normalmente no sucedía de ese modo y yo gozaba de total libertad. Simplemente se había terciado así. Mi madre se levantó mejor, por supuesto, de otro modo yo no me hubiese movido de casa, pero entre eso y que ella me insistió a tope para que saliese, allí estaba.

A Pablo no es que le echase mucha cuenta, para qué voy a mentir. Y en la sobremesa me zafé para largarme a casa porque me sentía más tranquila estando pendiente de mis dos reinas, dejándole con la palabra en la boca.

Agradecí tomar algo el solecito en aquel primaveral domingo, eso sí. Para no ser verano aún, nos asolaba una ola de calor y cayó más de una cervecita. A mí el alcohol se me sube enseguida y llegué contenta a casa. No borracha, por supuesto que no, pero sí con un puntazo.

Cogí el baño a lo justo porque la vejiga me estallaba y con el puntazo pensé en que pocas sensaciones tan placenteras como esa. Cuando me fui a poner de pie noté que me había pasado bastante y entonces fue cuando, sin querer, le arree el trapié a la papelera y la volqué. Encima estaba hasta arriba, por lo que fui a la cocina a por el recogedor y la escoba.

Lo hice de puntillas porque mi madre y mi abuela dormían una apacible siestecita, la primera en la cama y la segunda en el butacón. De milagro no se despertaron con el escándalo que formé en el baño, puesto que se trataba de una papelera de esas típicas de metal que suenan lo suyo.

Nada más meter la escoba, se me quedó enganchado algo en ella. Me agaché y encontré una especie de tubito alargado que estaba tapado por los papeles.

Me quedé atónita porque vale que me había tomado algunas cervezas, pero yo no recordaba haberme hecho ninguna prueba de embarazo y mucho menos, ¡que me hubiese dado positivo!

Vamos, que ya os adelanto que del susto se me pasó el morazo en cuestión de segundos.

Tan pedo no iba, eso no era mío... ¿Y entonces? Entonces blanco y en vasija es leche fija... Y aunque mi madre acababa de cumplir los 50, ella aún conservaba su regla y regular...

Me llevé las manos a la boca. Eso sí, que conste que antes me lavé las manos, que yo de guarra no tengo ni un pelo.

Desde que nací quise tener un hermanito y de pronto ¡lo iba a tener! Que sí, que sé que yo ya tenía edad de tener hijos propios, pero el destino es caprichoso y además, que yo con Pablo ya quería cada vez menos, ¡como para plantearme un embarazo!

Me fui hacia la cama de mi madre con la prueba en la mano y me la quedé mirando, muy quieta y callada. Como si me intuyese, porque escucharme no me escuchó, de pronto abrió los ojos y me gritó.

—¡Coño, Blanca!

—Mamá, qué grito... No me chilles así, ¿vale? Que yo también me he asustado. Y encima esto, ¿me puedes contar qué es? —le pregunté.

—Ay, Dios mío, ¿de dónde lo has sacado? —me preguntó comenzando a sudar.

—Del fondo de la papelera, qué bien escondido lo tenías.

—¿Bien? Pues menos mal que bien.

—Mamá, ¡que estás embarazada! —exclamé con emoción.

—Hija, por Dios, dilo más alto... Con el buen oído que tiene también tu abuela se nos va a plantar aquí con la cadera rota y todo.

—Pero mamá, es que estoy que me muerdo las uñas, ¿esto cómo ha sido?

—Blanca, que tú misma me dejaste fría con ocho años cuando me explicaste divinamente de dónde venían los niños, ¿ahora se te ha olvidado?

—Cualquier día se me va a olvidar, que lo de revolcarme con Pablo cada vez me va menos... Mamá, en serio, ¿tú estás con alguien? Es que es la primera noticia que tengo...

—Hija, yo no quiero que tu abuela se entere, por favor, baja la voz.

—Pues a buenas horas. Anda que no se va a enterar ni nada cuando te crezca la panza. Un

hermanito, ¡voy a tener un hermanito!

—No digas ese disparate, Blanca, yo no puedo tener ese niño—murmuró triste.

—Mamá, ¿qué dices? Pero si yo llevo toda la vida pidiéndote un hermano. Sé que con papá lo intentaste después de nacer yo y tuviste más de un aborto, ¡pero ahora se ha producido el milagro!

—Menos milagro, Blanca, que yo no soy la Virgen María.

—Ya me imagino. Mamá, ¿de quién es el bebé? Por favor, que me estás asustando.

—Es de Esteban—me confesó por fin.

—¿¿¿Te has tirado a tu jefe??? ¡Ole! Pero si es un tío muy aparente y guapo, ¡¡¡ya era hora!!!

—No es que me lo haya tirado, hija. Es que tengo una relación con él.

—Mamá, ¿¿¿y eso desde cuándo??? ¿¿¿Es que no tienes confianza conmigo???

—Desde hace seis meses hija. Me daba vergüenza que pudieras pensar mal de mí.

—¿¿¿Pensar mal de ti??? No entiendo, es que no lo entiendo.

—Porque yo no había estado con otro hombre que no fuese tu padre y pensé que te molestaría, Blanca.

—¿Molestarme? Pero si estoy encantada. Me estás dando dos noticias en una y a cada cual mejor, ¿cómo me voy a molestar? Mamá, ¡que tienes novio y estás embarazada! —la abrazó.

—Pero que yo no puedo volver a ser mamá a mis años, ¿tú te imaginas? Si parecería una abuela en vez de una madre. Cuando ese crío tenga 20, yo tendré 70, ¿tú te crees que se va a sentir orgulloso de tener una madre tan mayor?

—Orgulloso no, orgullosísimo. Es que no es normal que se te pase eso por la cabeza con la ilusión que siempre te hizo ser madre otra vez, ¿no te da pena?

—Claro que me la da, hija. Pero es que luego está Esteban, ¿qué va a pensar él?

—¡Que es el hombre con más suerte del mundo! Me contaste que no pudo tener hijos con su exmujer, ¿no? ¡Pues ahora tiene la oportunidad!

—¿Y si no quiere? ¿Y si se cree que lo he hecho adrede para echarle el lazo?

—Mamá, tú vas a dejar de ver las telenovelas turcas pero ya, que veo que te están afectando. Esteban estará encantado. Tenemos que ir a contarle a la abuela...

—¡A tu abuela ni media palabra! Yo no sé lo que voy a hacer todavía, Blanca. Y me muero si ella se entera. Tu abuela se sentiría herida en su orgullo de madre. Ella trajo al mundo a tu padre y yo ahora...

—Mamá, ¿tú es que te has escapado de la Edad Media o algo? Yo no he escuchado una cosa igual en mi vida. La abuela Consuelo solo desea nuestra felicidad, y todo esto nos hace muy felices. Punto en boca.

—Pues eso digo yo, Blanca, punto en boca. Tú de momento no digas nada de nada a nadie.

—¿Y tú? ¿Se lo contarás a Esteban?

—Yo ahora mismo no sé nada, estoy muy confundida.

—Vale, pues yo te voy a ayudar a quitarte la confusión.

—Blanca, no se te ocurra mover ni un dedo, hija, que te conozco y eres muy peligrosa.

—Claro que no, mamá, para nada, para nada...

Capítulo 5



Llegué el lunes al trabajo con la intención de hablar con mi compañera Paloma, que era muy buena amiga también.

—Niña, ¿tú no tenías un primo ginecólogo?

—Sí, mi primo Sergio. Hace poco que ha estrenado consulta cerca de aquí, ¿te pasa algo?

—A mí no, le pasa a mi madre, ¡que se ha quedado embarazada!

—¿Tu madre embarazada? ¿Cuántos años tiene?

—50 tacos, pero que a mi madre le pasa como a Jennifer López, que gana con la edad.

—Mira, no será la primera ni la última que se convierta en madre con esos años. Fíjate en Ana Rosa Quintana y en otro montón más.

—Pues claro que sí y mi madre no es menos, ¿tú le dirías a tu primo que es un caso urgente? Es que yo necesito que le escuche el corazoncito a ese niño.

—Ya, que la mujer tiene dudas, ¿no?

—Más bien que es un mar de ellas, aunque sé que todas se le quitarán de un plumazo. Con lo que le gusta a ella un bebé. Pero para eso necesitamos que tu primo se mueva rápido.

—Sí, sí, mi primo es muy competente. Aparte de que se lo rifan.

—Ya, pues cuidado con los de las rifas. A Pablo también se lo rifaban y ahora estoy yo por subastarlo. Muchas veces es mejor no estar tan bueno y...

—Mi primo no es que sea un dios griego, te lo digo. Para nada es feo, pero que tampoco es el típico tío de salir en los carteles de las marquesinas de los autobuses. Es atractivo, punto. Pero lo que de verdad le hace precioso es su interior, que no lo hay más simpático ni más divertido.

—¿Y a mí por qué me cuentas todo eso?

—Porque se me llena la boca hablando de él. Yo es que de niña creo que estaba enamoradilla, pero luego una amiga me digo que los niños nos podrían salir regular y me fijé en otro, que yo los niños los quiero tener fantásticos. Y aquí sigo, sin hijos y sin nada. Y vendiendo a mi primo —rio.

—Pues yo te lo compro, pero solo para una consulta. Necesito que vea urgente a mi madre, de hoy no puede pasar.

—¿Hoy mismo? Pero si él tiene la agenda de bote en bote. Hay que pedirle cita con más antelación que a un ministro. Le pasa por ser tan buen ginecólogo, que las trae a todas de calle.

—Muy bien, pero seguro que por ti hace cualquier cosa.

—Eso es verdad. Mi niño, que le quiero yo más...

—Pues dile que tiene que verme, que se lo ruego.

—No sabía yo que estabas tan desesperada, ¿Pablo ya no te da lo tuyo?

—Yo sí que te voy a dar lo tuyo. Quiero decir que tiene que ver a mi madre. Y a ella que no le dé nada más que una eco, que ya está servida.

—Cuenta con ello, pero me debes una.

—Y no tardarás en cobrártela, ¿a que no?

—Qué bien me conoces.

Hizo la llamada y su primo, que efectivamente debía ser un encanto, le dio cita para esa misma tarde, a última hora.

—Ya lo tengo todo arreglado para hoy al final de la tarde, mamá—le comenté dándole un beso cuando recalé por casa para almorzar.

—¿La visita al ginecólogo? Es que estoy muerta de miedo, hija. Parece que tengo las rodillas de gelatina, tu abuela va a sospechar de verme así.

—Mi abuela terminaría sospechando de todos modos, lo que tú tienes no se puede ocultar por mucho tiempo.

—Ay, Blanca, que me estoy poniendo muy nerviosa. Yo no sé si voy a poder con esto, es que no lo esperaba.

—Mírame y respira conmigo: las cosas más buenas de la vida muchas veces llegan sin avisar, ¿o no estás tú encantada con Esteban y ni te lo figurabas?

—Para nada me lo figuraba, eso es verdad. Ay, Blanca, qué nervios... Pero que yo sigo sin saber si es buena idea.

—Es la mejor, mamá, ¿tú ves que yo esté como una cabra o algo? Pues si te lo digo es porque lo siento, que lo sepas.

—No, si igual la que está como una cabra soy yo. A mis años.

—¿Qué te pasa a tus años, Lola? —le preguntó mi abuela Consuelo desde el salón.

—Que se me ha olvidado la receta de las patatas con choco, Consuelo.

—Anda, de la comida de locos... Pues yo te la digo, hija, que la cabeza la tengo estupendamente. Igualito que la cadera...

Capítulo 6



Llegamos a la sala de espera de la consulta y mi madre que seguía temblando.

—Blanca, ¿pero tú te has fijado en todas estas muchachas? La mayoría son de tu edad, yo podría ser la madre de todas ellas—resopló.

—Pues esa suerte que tienes, mamá. Con la cantidad de menopausia precoz que hay ahora por todos sititos y tú más fértil que una coneja a tu edad. Eres digna de envidia.

—Hija, tú ya no sabes qué decir para conformarme, me hago cargo, pero que estoy hecha un manojito de nervios.

—Pues prepárate, porque somos las últimas y este hombre se ve que va con atraso.

Yo tenía razón y tuvimos que esperar un buen rato. Cuando entramos en la consulta comprobamos que obedecía a que Sergio, el primo de Paloma, era muy humano y a cada paciente le dispensaba el trato que se merecía, lo que lleva tiempo.

Me presenté debidamente y le presenté también a mi madre, a quien las palabras se le atragantaban en la garganta de lo nerviosa que estaba.

—Pero vamos a ver, Lola, ¿y eso por qué? —le pidió ella que la tuteara para sentirse más joven.

—Porque yo no creo estar ya en edad de traer un hijo al mundo, Sergio.

—¿Qué te parece, Sergio? Cuando no es porque yo lo diga, pero ella parte cuellos todavía por la calle. Tengo a la madre más guapa y joven del barrio.

—Doy fe de lo de guapa y de lo de joven—le sonrió él.

—Claro, tú te has compinchado con mi hija. Si a mí eso me da igual, yo lo que no quiero es traer al mundo un niño que venga malito solo por capricho—se lamentó.

—¿Malito? ¿Y eso por qué?

—Porque lleva todo el fin de semana leyendo en Internet cosas, ya te lo contesto yo. Y no hace falta que te diga lo alarmistas que son. Ahí ponen que le va a salir el niño peor que si estuviera en pleno Chernobyl.

—Ya, ya me imagino—me contestó aguantando la risa—. Mira, Lola, sé que puedes haber leído cosas muy fuertes, ninguna de las cuales tiene por qué ser verdad. No voy a negarte que, a tu edad, el embarazo ha de ser supervisado de una forma mucho más meticulosa, pero eso has de tomarlo como una garantía. Si tú decides seguir adelante, concertaríamos una cita cada dos por tres.

—No, no, pero si yo no necesito un padre para mi bebé, no me has entendido. Yo novio ya tengo —le soltó ella, muerta de los nervios.

Los dos nos echamos a reír y ahí ya cayó en su metedura de pata.

—Mamá—murmuré entre risas...

—Ay, hija, que como es tan amable creí que se ofrecía hasta a eso el pobre. Qué bochorno, yo me levanto y me voy...

—Lola, por favor, no te vayas a ninguna parte. Quiero hacerte una eco para ver qué tal va todo.

—Ahora mismo no vas a poder, porque el corazón lo tengo que se me va a salir del pecho y no podrás escuchar el del niño. No te digo que me pongas la mano aquí—señaló a su pecho—, porque bastante he hecho el ridículo ya, que si no...

—Ay, Lola, yo me troncho contigo—le comentó y luego me miró.

—Qué me vas a contar a mí. La de risas que me echo con mi madre. Y hablando de echar, ¿echo el pestillo de la puerta para que no se escape?

—No, no será necesario. Dile a Vero que pase, por favor—me indicó respecto a su enfermera, la cual le dio las instrucciones.

Enseguida estuvimos las dos, con las manos unidas, mirando ese monitor donde un pequeño corazón nos puso a ambas los vellos de punta, ¿cómo podía ser que algo tan pequeñito despertarse una emoción tan grande?

—Ay, Blanca, que lo estoy escuchando estupendamente. Que parece que bombea con mucha fuerza—decía ella.

—Pues claro que sí, mamá. Este niño viene lleno de fuerza y de vitalidad, igual que tú.

—Ay, hija, ¿tú crees? —me preguntaba ella con los ojos llenos de lágrimas.

—Pues claro que lo cree y yo también, si te sirve de algo, Lola—le respondió Sergio.

—Hombre, muchacho, que digo yo que tú algo entenderás también de esto, ¿no? Vamos, digo yo...

—Algo entenderé, sí—rio.

De allí salimos muy emocionadas y con una receta de pastillas para las náuseas y otra de ácido fólico, porque las muchas dudas que llevaba mi madre se disiparon—como yo intuí—en cuanto escuchó latir fuerte el corazón de ese bebé que tenía tantas ganas de nacer como yo de verle la carita. Y mi Lola también, pues la emoción la embargaba.

No obstante, yo tendría que hacerle de sostén emocional porque ella lo necesitaba y todavía la situación le suscitaba algunos miedos. Y más cuando no había hablado todavía con Esteban y estaba muy nerviosa por ello.

Llegamos a casa y nada le comentamos de momento a mi abuela, quien nos miraba curiosa porque solía cazar al vuelo cuándo le ocultábamos algo.

La mujer tenía esa habilidad, pero también la prudencia de no tratar de sonsacarnos, dejando para nosotras el momento en el que quisiéramos contarle.

Mi madre quedó con Esteban después de la cena. Estaba que no podía más y suerte que ese día no andaba con náuseas, pues eso lo habría dificultado todo. Nuestra vida estaba dando un giro radical y eso nos alegraba mucho. Por fin nos tocaba vivir alegrías, que nosotras ya tuvimos nuestras penurias.

¡Iba a ser hermana mayor! Tenía ganas de que mi madre me diese permiso para gritarlo a los cuatro vientos, puesto que nada me hacía más ilusión.

Capítulo 7



Esperé a que mi madre llegase de hablar con Esteban, nerviosa y pensando en que ese hombre, que tanto ansió en su día tener hijos, según me comentó mi madre, estaría deseoso de acoger con júbilo a mi hermanito.

Ya me los imaginaba hasta casándose y yo mientras sosteniendo al bebé, si es que no lo hacían antes y mi madre se convertía en una novia con su barriguita y todo.

La esperé despierta, de los nervios, y cuando la escuché entrar me quedé en shock, puesto que venía llorando.

Salí al pasillo a su encuentro y se echó sobre mi hombro.

—¡El muy cabrón tiene a otra, cariño! —sollozó.

—¿A otra? ¿De qué me hablas, mamá?

—Que ha conocido a una chica por Internet, una dominicana, y dice que ella sí que le llena... Y no le han dolido prendas a la hora de decirme que tiene un puñado de años menos que yo y que piensa traérsela, que lo siente mucho, pero que como me acabo de enterar tengo margen...

—¿Margen para qué? ¿Ese desgraciado se ha creído que tú no puedes criar sola a tu bebé? Y qué digo sola: tú nos tienes a nosotras, a la abuela y a mí.

—¿Qué es lo que está pasando ahí? Que me habéis despertado, ¿hay fuego en el bloque? —nos preguntó mi abuela desde la cama, porque hacía poco que ardió la cocina de una vecina y la mujer se había quedado con ese runrún en la cabeza.

—Fuego sí que hay, abuelita, pero de otro tipo, ¡aquí va a arder Troya!

—Cariño, tú no hagas nada, te lo pido por favor.

—Mamá, dime una cosa, esto no cambia nada, ¿verdad? Tú ya estabas decidida a tener el bebé.

—No, no cambia nada. Si ese miserable no quiere ser su padre, aquí tiene a su madre.

—Y a su hermana y a su abuela, porque ella lo va a ser igualmente.

—A tu abuela ya le coge este niño un poco más lejos, cariño—repuso sorbiendo por la nariz.

—Para mi abuela será otro nieto y lo sabes. Ese niño nos caerá igual de bien a todas, mamá.

—¿De qué niño habláis? —prosiguió ella, quien no salió como una bala hasta el pasillo porque su cadera no se lo permitía.

—Mamá, ya es hora de que le contemos, ¿vale?

—Es que yo creo que no estoy preparada aún. No ahora mismo, con el disgusto que traigo.

—La abuela siempre nos ha apoyado y seguirá haciéndolo. En cuanto se lo cuentes, te habrás quitado un peso de encima.

—Igual tienes razón y la noche va de quitarse lastres por el camino, ya que yo tengo la impresión de haber soltado uno bueno.

—Pues sí porque menudo imbécil el tío. Así que jugando con dos barajas.

—Sí, hija, y guardándose unos cuantos ases en la manga. Qué maldito, aunque ahora tengo otro problema, yo no sé si has caído en él.

—Ya, que Esteban es tu jefe. Pues que se meta el trabajo en el culo, que nosotras nos las podemos agenciar estupendamente y tú ahora tienes tu paro y tus ayudas. Así puedes disfrutar del bebé todo el tiempo, no me digas que no lo estás deseando.

—¡Pues en eso tienes razón! Mañana mismo le digo que me arregle los papeles o le formo una que se cague la perra.

—¡Esa es mi madre! Venga, y ahora a hablar con la abuela, que la tenemos loca ya con tanto cavilar. Es muy cuca y sabe que le ocultamos algo.

Entramos en el dormitorio de la mano y dimos la luz.

—¿Ya se ha hecho de día? Vaya por Dios, cada vez pego menos el ojo. Debe ser el cóctel de medicamentos que me estoy metiendo por el gaznate. No les dieran a los niños esos del tirón lo que yo me sé, ¿y vosotras qué hacéis aquí de buena mañana? Venga, preparadme un cafelito, que

es uno de los pocos vicios que no me han quitado todavía.

—Abuela, que un café a estas horas te pondría los ojos como a un búho. Mira, todavía es de noche.

—Ya decía yo que se me había pasado en un santiamén, ¿qué es lo que pasa?

—Que vamos a aumentar la familia, ¿te alegra?

—Ay, por favor, que por fin voy a tener un bisnieto con lo que he rogado yo porque Pablo te embarazase—nos confesó como entrando en trance.

—Abuela, ¿tú has rezado por eso?

—Pues un poco sí, hija de mi vida, un poco sí. O un mucho, según se mire, ¿de cuánto estás? Ven aquí, que te toque la barriguita. Yo no soy menos que la Giorgina esa del Ronaldo, que dice que ella predice el sexo de los niños. Esto va a ser... Ay, mi madre, ¿es un niño o un garbanzo? Porque yo aquí no noto nada.

Mi abuela era muy futbolera, del Atleti también hasta la médula, y llevaba toda la vida queriendo que yo volviese a una afición que perdí con la muerte de mi padre. Más allá de eso, también tenía una serie de talentos naturales y uno parecía ser ese... El de adivinar el sexo de los bebés.

—Es que ella no es la embarazada, Consuelo—murmuró mi madre con el corazón en un puño, como temerosa de que mi abuela pudiera sentirse defraudada.

—¿Eres tú, Lola?

—Sí, lo siento—le respondió ella.

—¿Y tú qué es lo que sientes, cariño mío? Solo espero que estés muy contenta y que me permitas ser la abuela de esa criatura, porque es lo que yo deseo—le dijo fundiéndose con ella en un caluroso abrazo.

—Y cómo no... Si tú vas a ser mi suegra toda la vida, Consuelo. Y además, una suegra que es como una madre.

—Eso está bien que lo apuntilles, hija, porque algunas suegras tienen una fama que agüita—rio.

—Sí que es verdad, pero no serás tú. Ay, mi Consuelo, ¿qué voy a hacer yo ahora? Porque este niño no tiene padre.

—Pues no haberte ido a una clínica de esas de *in vitro*, sino haber *in vitrado* a un hombre para que te preñase—le contestó haciendo el juego de palabras.

—¿A una clínica? No, esto no ha sido tan premeditado, Consuelo.

—Más bien ha sido el fruto de un polvo en el almacén del estanco, abuela—le informé y mi madre casi me incendia con la mirada como esos mecheros que solía vender.

—Dicho así parece que se me haya vuelto el moño loco y no es verdad, Consuelo. Esteban era mi novio. Y digo que era porque por lo visto todo este tiempo ha estado también con una chica de fuera, chateando a tope.

—Pues que se meta el chateo por donde le quepa a ese asqueroso. Si es que esto de la tecnología no trae nada bueno. Que sí, que antes había cuernos, pero menos, o será que no se publicaban. A lo que vamos, que ese desgraciado no nos hace falta para nada. Aquí tiene el niño a su madre, a su hermana y a su abuela, porque debes saber que es un varón—le dijo tras ponerle la mano sobre el vientre.

Capítulo 8



El jueves por la noche yo había quedado con Pablo, mi novio. Las pastillas que Sergio le recetó a mi madre para las náuseas le vinieron muy bien y las tenía más controladas, por lo que salí tranquila.

Pablo estaba de un cansino que no era normal, ya que yo no soy de “juernes” ni malditas las ganas que tenía de salir aquella noche, si bien insistió tanto que ya no pude capotearle más.

Sin ser un rasco de esos que pueden calificarse de ratas, tampoco es que fuese él demasiado espléndido, por lo que me sorprendió que hubiese reservado en un restaurante que estaba de toda moda, uno de esos de cocina de fusión que más bien te dejaba fusionada la cartera solapa con solapa, porque te la vaciaba y no podías volver a abrirla en unas cuantas semanas.

Había insistido en que me pusiese guapa y eso, si os digo la verdad, era algo que me molestaba un poco, ¿es que acaso una estaba fea cuando no se arreglaba mucho? Para nada, el problema radicaba en que Pablo le daba una importancia bestial al físico y por supuesto que él acudió con una camisa que le petaba los brazos de un modo que en cualquier momento le explotarían las costuras, por lo que me recordó al ligue de Desiré.

Nada más sentarse, le noté los nervios. Él no era de esconder las cosas, aparte de que tampoco había motivo para ello. Disimuló como pudo tras la cena y, ya en los postres, me di cuenta de que mi *coulant* venía con algo más que con chocolate.

—¿Qué se supone que es esto? —le pregunté cuando cogí el anillo del plato, el cual me resultó tan bonito como inapropiado.

—Esto es el motivo por el que me he echado una letra para los próximos dos años, que vale una pasta. Y me da exactamente igual, ¿eh? — otro comentario que no me entusiasmó precisamente, como esa pedida que llegaba en un momento en el que yo volvía a estar mal con él.

Igual, sin quererlo, mareé un poco la perdiz. Lo explico porque después de lo que pasó con Elsa

me prometí que le daría una oportunidad de veras, pero ni podía ni quería ni me fiaba de él. Con los meses me di cuenta. E igual también él se la dio y de ahí sus prisas por comprometernos, quién sabía.

—Pero Pablo, yo es que no lo esperaba—murmuré.

—Eso quiere decir que lo he hecho bien, porque llevo desde el finde pasado loco por pedírtelo y esperaba que no se me notase.

—No, no, tranquilo. A ver, el anillo es muy bonito, no te lo voy a negar.

—No tanto como tú, Blanca. Pero que sí, que no es cualquier cosa—me vaciló.

—Ya, ya es la segunda vez que lo dices...

—Bueno, mujer, es que tú ya sabes cómo soy, con tus defectos y con mis virtudes—me soltó y casi me sale fuego por los ojos—.No, no, con mis defectos también, quiero decir—corrigió antes de que hubiese que lamentar una tragedia—. Mira, ahora lo que tenemos que hacer es tomarnos un selfi, y si te parece, lo mandamos en cadena a todos nuestros contactos para contarles que nos hemos comprometido.

—¿¿Perdona?? Pero si es que yo todavía no te he contestado.

—Ni falta que hace, cariño. Si ya se sabe que esto de la pedida es una mera formalidad. Yo te quiero, tú me quieres... Pues un día ponemos fecha y ya, ¿no?

—Pues no. Te estás equivocando. Mira, Pablo, a mí es que me coges en un momento de mi vida en el que tengo otras prioridades, me vas a perdonar.

—¿Algo más importante que casarte conmigo? Pero eso no puede ser, amor mío.

—No, eso lo pensarás tú, pero sí que tengo cosas más importantes.

—A ver, si estás indefinida en tu trabajo y podemos vivir en mi piso... Hombre, me tendrías que pagar una parte porque sería lo justo ya que vives allí, pero...

—Pero te vas a ir callando ya, que a mí no me gusta que me organicen la vida y menos cuando tú te las has apañado muy bien haciendo y deshaciendo con la tuya como te ha venido en gana sin contar conmigo.

—¿Ya estamos otra vez? Así no se puede vivir. Tú no me has perdonado, no de corazón.

—Puede ser, porque entre tú y yo la diferencia es que yo miro muy bien antes de hacerle daño a las personas que quiero.

—Ya, a tu madre y a tu abuela, que son lo que tú más quieres.

—Y ahora también a mi hermano—le anuncié.

—¿Te ha salido un hermano? ¿Tu padre echó una canita al aire y te has enterado ahora? Para que veas que en todos lados cuecen habas...

—Idiota, ese niño lo va a tener mi madre, ¡que está embarazada!

—¿Tu madre embarazada? Vaya chiste, ¿y esperas que me lo crea? Ay, Dios, que es verdad, te lo veo en la cara, ¿cómo puede ser?

—Pues siendo, que mi madre vale un potosí y cualquier hombre querría estar con ella.

—Ya, valdrá un potosí, pero también es un poco tonta—me soltó sin medir consecuencias.

—¿Qué? Mira, si en todos estos años no te he dicho ni una palabra de que tu madre es una siesa, no sé cómo has reunido el valor para decirme tú una cosa así de la mía que no ha hecho más que llenarte el estómago, porque en tu casa seréis muy finos, pero la vitro la tenéis intacta. Allí un poquito de microondas y ya tenéis cualquier mierda caliente. Anda a hacer puñetas por ahí.

—Pero cariño, ¿qué dices? Joder, te has despachado a gusto. Si lo llego a saber, me ahorro el anillo.

—Pues ya sabes, devuélvelo cuando te dé la gana porque yo no me caso contigo ni amarrada, ¿tonta le vas a decir a mi madre?

—Hombre, es que si iba a estar con alguno, al menos se toman medidas, digo yo.

—Mira, mira, no voy a seguir hablando contigo porque al final te fusiono yo el plato a ti en la cabeza, ese va a ser el nuevo concepto de cocina de fusión.

—Qué carácter, Blanca, así no nos vamos a entender.

—En la puñetera vida, ¡porque tú y yo hemos acabado!

Capítulo 9



Lo hablaba con Paloma el viernes por la mañana y ella me aplaudía.

—Mira, yo te voy a decir la verdad. Cuando le diste una oportunidad después de lo que pasó con esa tía, me hiciste la sangre agua, aunque pensé que ese tío ya caería. Qué bien ha hecho en emprenderla contra tu madre, porque eso sí que no se lo ibas a consentir.

—Ni a él ni a nadie, lo tengo más claro que el agua. Pero que me he quedado así como “plof”, han sido la tira de años con él y hemos roto de la peor forma. A mí que no se me vuelva a acercar o le muerdo.

—Todo esto no es solo por lo de tu madre. Tú ya no lo querías, yo me daba cuenta. Te estabas tragando el orgullo y para ti como si fuese veneno, te sentaba igual de mal.

—Algo de eso hay, nena. Ahora es solo acostumbrarme. Menudo panorama que tenemos en casa, para mí que la vida amorosa más activa es la de mi abuela, que dice que un día de estos se va al “First Dates” y capaz es.

—Yo veo a tu abuela Consuelo en la tele y me revuelco. Bueno, guapa, tú ahora lo que debes hacer es airearte. Esta noche nos corremos una juerga.

—Ay, no, no puedo... Quieras que no tengo como mal cuerpo.

—¿Quieres que le preguntemos a Eugenio sobre tu cuerpo? Porque te sigue echando las mismas miraditas de siempre, que las ven mis ojos.

—No seas bobita, claro que no... Y que esas son cosas tuyas, Eugenio no me mira así—le contesté sobre el maxilofacial que tenía contratado Lorena.

—No qué va. Oye, creo que está fatal con Laura, le escuché el otro día, a la hora de irme... Andaba enfrascado con ella en una discusión a grito pelado.

—Pues mira que me es difícil imaginármelo así. Es cierto que tiene cara de mustio, está muy lánguido.

—Creo que no lo está pasando bien y que a su matrimonio le queda un cuarto de hora.

—Debe ser una epidemia. Primero fue el COVID y ahora esto, nos vamos a quedar todos sin pareja.

—¿Pero es que alguien la tiene?

—Mi amigo Cristian nada más, que también está loquito porque me vaya de farra con ellos y con Desiré. Si es que tengo más compromisos, de veras que no puedo quedar hoy contigo porque los demás se me pondrían de uñas.

—Pues de puta madre, ¡quedamos todos! Y así me los presentas, que siempre me estás hablando de ellos y nunca he tenido ocasión de conocerlos. A mí me encanta lo de salir en pandilla, es la bomba. Así que ya estás pensando en el modelito que te vas a poner porque esta noche salimos sí o sí.

Se lo comenté al mediodía a mi madre y le pareció sensacional.

—Hija, yo lo único que quiero saber es que no hayas roto con tu novio por mi culpa, por lo que dijo de mí. No será el único que piense que soy una boba por haberme dejado hacer una barriga a mi edad.

—Mamá, yo a Pablo ya no lo podía ver y lo que dijo de ti me sirvió para convencerme. En cuanto a lo otro, dime que no estás contenta...

—Pues sí, mi niña. Estoy como loca. Ahora que Esteban me está arreglando los papeles para cobrar el paro, voy a disfrutar de esta maternidad a tope.

—Y yo contigo, que hasta he empezado a tejerle unos patucos en celeste a ese traviesillo—nos comentó la abuela Consuelo.

—¡No te puedo creer! —exclamé.

—Pues claro que sí. Corre, ve a mi dormitorio y trae una bolsa que tengo al lado de la cama. Y ten cuidado, no sea que te pinches con alguna de las agujas.

—¡Sería lo que me faltase, abuela!

—Es que con una aguja de esas, más que pinchaste, te ensartas, hija, como si fueras una saltadora de esas de pértiga.

Reí porque todas sus cosas eran iguales y salí en dirección a su dormitorio al galope, trayendo la aludida bolsa en la que encontramos los tiernos patucos.

—Si es que esos hijos de su madre me han hecho polvo la cadera, pero las manos las tengo estupendamente—nos decía ella mientras nos los enseñaba y a mi pobre madre se le humedecían los ojos por la emoción al vernos a las dos tan volcadas en el nacimiento de ese crío que venía para cambiarnos la vida a todas. Y tanto que nos la iba a cambiar: él representaba la absoluta alegría en un momento en el que el amor nos dio la espalda.

Capítulo 10



Me había puesto muy mona, estrenando una faldita de tablas con mis zapatos de tacón de plataforma y un gracioso chalequito con el que la conjunté, el cual era un poco cortito y dejaba mi piercing del ombligo al aire, de lo más sexy.

Cristian y Santi pasaron a por mí. Mi amigo era electricista y había conocido a su novio en un curso. Los dos parecían estar súper felices y, como vivían independientes, ya barajaban la idea de compartir casa.

—Pero bueno, qué dos chicos más guapos—les comenté nada más verlos aparecer tan conjuntados y con esa felicidad que te aporta en el rostro el estar tan enamorado como ellos lo estaban.

—¿Y tú? ¿Es que están lloviendo bombones del cielo? Santi, ¿es la chica más bonita que has visto nunca o no lo es? Que sepas que es la única por la que me vi tentado hace años a plantearme mi homosexualidad.

—Sí, me llegó a decir en una borrachera que podría llegar a dejarla guardada en un cajón del armario del que había salido, si no fuera porque no sabía dónde meter la pluma—recordé risueña porque andaba melancólica.

La de juergas que me había corrido en mi vida con él y con Desiré y lo bien que nos lo pasamos siempre juntos. Luego llegó Pablo a mi vida y, si era sincera, el balance no había sido positivo, porque me dejó muy mal sabor de boca.

Había leído a Blanca Romero, la actriz y modelo que era mi tocaya, que ningún hombre había llegado a su vida para mejorarla, sino que todos la dejaron mucho peor de lo que se la encontraron. Y yo tenía la sensación de que a mí me sucedería lo mismo.

En nada cumplía los 30 años y lo más parecido que me llegó a un príncipe azul fue uno de chocolate que me regalaron en una ocasión, pero por lo demás yo ni los olí.

Mi impresión era que ya no existían hombres como los de antes, capaces de amar como mi padre amó a mi madre, hasta su último aliento. No quería ponerme tonta ni melancólica, aunque no podía evitar que lo de Pablo me hubiese dejado de bajón.

Desiré salió rompedora también, con un mono vaquero sin mangas y una chupa muy chula dejada de caer por encima de los hombros.

—Pero bueno, otro bombón que cae del cielo, Santi—le comentó Cristian y ella se les enganchó del brazo, metiéndose entre los dos.

—Ea, ahora me vais a llevar a mí, que tenéis mucho tiempo para hacer manitas y me encanta ser el centro del atención—les comentó, mientras que Cristian echaba mano también de mi brazo para que los cuatro avanzásemos juntos.

A ella es que le encantaba asumir el papel protagonista y aunque yo era bastante más discreta, siempre me terminaba metiendo en el ajo de todo.

Por el camino hacia el pub en el que habíamos quedado con Paloma le íbamos contando a Santi algunos de nuestros momentos gloriosos de juventud, como cuando Desiré lograba que nos apuntasen a nosotros solos en la disco con los focos cuando bailábamos. En más de una ocasión logramos atraer la atención más que las propias gogós de la sala.

En fin, que era un gusto poder salir de nuevo con mis amigos y sin ningún tipo de impedimento, ya que Pablo era mucho más de ir en pareja y mientras estuve con él tuve muchas menos oportunidades de hacerlo.

Quizás los astros se hubiesen aliado para que todo comenzase a ser distinto en esa etapa en la que quería disfrutar de mis amigos a lo canción de Amaral, esa tan típica y con la que muchas veces me identifiqué.

Paloma ya nos esperaba y estaba radiante con un vestido de punto negro, monísima también. Loca porque la operación bikini le estuviese dando resultado, mi amiga apareció pletórica, y eso que los pocos kilitos que tenía de más nunca le afearon ni lo más mínimo en ese precioso cuerpo curvado que tenía, muy del gusto de cantidad de hombres.

Salió a nuestro encuentro y se me enganchó al cuello.

—Bueno, bueno, por fin te saco. Qué difícilito me ha resultado, ¡gracias, Señor! —hizo un poquillo el teatro mirando al techo del local.

—No, no hace falta que me trates de Señor, puedes llamarme Cristian—bromeó mi amigo, presentándose.

—A este petardo no le hagas caso, que siempre está con la guasa. Yo soy Santi, su chico.

—Y yo soy la chica de los dos y la que aguanta a la cansina de Blanca, Desiré—se presentó la otra.

—Pues nada, ellos ya se han presentado, guapísima, me ahorraron el trabajo, ¿has venido tú sola? —le pregunté.

—En realidad no, me he traído a un chico—carraspeó.

—Anda y ni palabra me habías dicho. Qué tía—le di un codazo cómplice.

—No, no es lo que tú crees—me sonrió mientras miraba hacia la salida del baño de hombres y entonces vi a Sergio, a su primo el ginecólogo.

Me dio mucha alegría, ya que me caía sensacional, aunque no pude evitar echarle una sonrisilla a mi amiga porque se le veía el plumero. Siempre que me hablaba de Sergio lo hacía en unos términos que denotaban sus ganas de metérmelo por los ojos.

Sergio era muy mono. Ya digo que para nada el típico tío que viviese obsesionado por los músculos ni con rostro perfecto de modelo, pero sí con una sonrisa encantadora que daban ganas de darle un mordisquito en la nariz y comerle la mitad. De la nariz digo, que de otras cosas ya se podría hablar.

Eso sí, yo no quería líos y mucho menos con el primo de Paloma, que después eran los problemas. Pero para pasar un buen rato todos juntos, no se me ocurrió que pudiese traer mejor compañía.

Sergio se alegró de verme y me dio dos calurosos besos. En cuanto le presentamos al resto, me preguntó por mi madre.

—Si no ha vuelto en estos días, es porque supongo que Lola lleva mejor el tema de las náuseas.

—Anda, qué gracioso, si hasta te acuerdas de su nombre.

—Bueno, me gusta tratar bien a mis pacientes, aparte de que tu madre es una mujer de esas de las que deja huella—me comentó.

—Qué simpático, se lo diré, que con eso que le ha pasado con el sinvergüenza del padre del bebé anda con la moral un poco baja.

—¿Qué es lo que le he pasado exactamente? Dime qué bebes y me lo cuentas, ¿te parece?

—Me parece. Sobre todo antes de que Desiré tire de nosotros hacia la pista y ya no nos deje hablar, que ella es mucho de eso.

—Pues nada, corre, dime qué quieres.

—Uff, yo querría muchas cosas, que me tocara la lotería por ejemplo. Pero vamos a dejarlo en un ron miel con cola.

—Venga, sí, creo que será más fácil.

—Y que no me lo carguen mucho, porfi, que luego se me sube a la cabeza y hago tonterías—murmuré.

—¿Qué clase de tonterías? —se interesó.

—Que no, que me pongo muy payasa y un poco torpe. Descubrí el embarazo de mi madre porque le di una patada a la papelera del morazo que llevaba y salió andando. Bueno, es un decir, que el Predictor no tiene patas.

—Qué arte, es una buena anécdota. Me tienes que contar más.

—Pues las tengo a puñados.

—¿Me esperas y me las cuentas? No tardo nada.

—Eso de que no tardas nada ya lo veremos, menuda la que hay organizada en la barra. Este local está a reventar, para mí que nos hemos equivocado de profesión.

—No, no estoy de acuerdo. A mí la mía me apasiona.

—Sí, tiene que ser chulo lo de traer niños al mundo y eso. La mía no es tan emocionante, pero no me quejo, solo estar todo el día con tu prima ya es una diversión constante.

—Y que lo digas. Paloma me habla maravillas de ti.

—Pues no le hagas ni caso, que no es para tanto.

—Ahora soy yo quien no está de acuerdo, pero bueno—asintió.

Se fue a la barra y me quedé con los demás, quienes me echaban sonrisitas.

—Sois todos unos alcahuetes y va a ser que no. Yo acabo de salir de una relación y lo único que quiero es divertirme.

—Pues ahí tienes un buen ejemplar para hacerlo, para divertirme digo—carraspeó Cristian.

—Yo no digo nada que después me echarás la bronca, pero... ahí lo dejo—se encogió de hombros Paloma.

—Y tú no digas nada tampoco—le advertí a Desiré antes de que abriese el pico.

—Yo te voy a dar un poco de cuartelillo, pero en un rato ya sabes que estamos encima de la pista y se acabó la charleta—me recordó porque siempre fue la marimandona del grupo y cualquiera la contradecía.

Sergio llegó con las copas y enseguida volvió a la conversación. Se veía que le interesaba escucharme y se lo agradecía.

—Y entonces, ¿qué le ha pasado a Lola? ¿Hay que partirle las piernas a ese tío o qué? —me preguntó con esa bonita sonrisa en sus labios.

—A mí no me des ideas que yo estoy por ahorrar para un sicario. Pues nada, que mi madre andaba tan ilusionada con él y cuando le cuenta lo del embarazo, el tío le dice que también se ha enredado con una dominicana más joven y que le mola mucho más. Y hasta ahí puedo leer.

—Qué miserable...

—Y tanto, no lo sabes tú bien. Porque era el primer amor de mi madre en 20 años, después de la muerte de mi padre, ¿es para colgar al tío de los pulgares o no?

—Es, es... Lola se merece a alguien mucho mejor y seguro que lo encontrará.

—No sé, ¿eh? Me da por pensar que se vuelque en la crianza del bebé como lo hizo conmigo y que no se vuelva a fijar en ninguno en los siguientes 20 años.

—Tú no te aventuras tanto a pensar, que las cosas dan muchas vueltas, ¿no crees?

—Para vueltas las que le daba a ella el dormitorio el otro día. Pobrecita mía...

—Oye, no hace falta que te diga que si cualquier día le notas lo que sea, no tienes más que llamarme y en cuanto pueda iré a tu casa. O me la traes a la consulta si no puedo salir en ese momento, pero me echas el teléfono.

—O sea, que estamos enchufadas, qué bueno.

—Pues claro que sí, para mi Lola lo que sea.

—Pues si te cae bien mi madre, lástima que no conozcas a mi abuela Consuelo, menudo personaje.

—Eso se podría arreglar... Me invitas un día a merendar y yo llevo las pastas.

—Podría ser—le contesté con una sonrisa.

—Entiendo que es la madre de tu madre, claro. La abuela Consuelo, ¿no has dicho?

—Pues entiendes mal. Es la madre de mi fallecido padre, su suegra, que vive con nosotras.

—Anda, qué familia más original.

—Sí, nosotras otra cosa no tendremos, pero a originales no nos gana nadie.

—Me gusta la gente original, la del montón está por todos lados.

—Eso parece, sí.

Capítulo 11



Me desperté y miré a mi alrededor porque no sabía ni dónde estaba. Consulté el reloj y era la hora del almuerzo.

Me había quedado frita durante toda la mañana, y es que desde el pub nos fuimos a una disco de moda y la cerramos. Me costaba hasta recordar y los pies me echaban humo todavía de lo mucho que habíamos bailado.

Recordé con una sonrisa que Sergio me sorprendió porque, igual que mi amiga Desiré, se arrancaba por todo tipo de bailes. De manera que bailamos lo que no está escrito.

Hacía tiempo que no pasábamos una noche tan divertida y hasta se ofreció a acompañarme a casa ya casi al alba.

Por suerte, ninguno de nosotros trabajábamos el sábado de mañana, por lo que nos podíamos considerar unos privilegiados, y prolongamos la fiesta hasta que el alcohol me la terminó por desdibujar un poco.

No es que me hubiese emborrachado como una cuba, para nada, pero sí volví a ponerme un poco chisposa y me dio por acordarme de que incluso llegué a abrazar a Sergio en algún momento.

Su prima me escribió en ese instante y ya la leí.

Paloma: “Tengo que comprarme el vestido para la boda esa que te comenté. Acompáñame esta tarde, porfi, que necesito asesoramiento”.

Blanca: “Sí, pero esta tarde, cuando haya resucitado”.

A Paloma le gustaba que yo la asesorara en temas de ropa y más en ese momento en el que estaba adelgazando y todo el dinero que caía en sus manos se le hacía poco para convertirlo en trapitos.

Ella me pedía consejo y hasta me animaba a que, aparte de nuestro trabajo, pusiera una tienda online, pues en su opinión me iría genial. Confiaba mucho en mí.

Quedamos en el centro comercial y allí estaba ella, expectante. Se casaba una prima de ella que también lo era de Sergio, Silvia, y deseaba lucir radiante.

—Es que todavía no tengo nada y no puedo esperar a que me coja el toro. Me voy a hacer también un tratamiento para las manchas solares que me han recomendado y que me dejará la cara como el culito de un bebé.

—No sabes cuánto me alegro, guapa. Vas a ir espectacular, ¿has pensado en algún color?

—Pues mira, más que nada en uno que combine con esta bonita y luminosa sonrisa—me indicó bromista.

—A ti te pega un naranja ahí rabioso para esa boda—opiné.

—Oye, que a ver si voy a parecer la ayudante del butanero, no te pases de estridente.

—¿Estridente? Si está de toda moda. Tú es que llevas una época sin querer llamar demasiado la atención y eso ya se acabó. Tus curvis van a arrasar en esa boda. De allí sales con novio.

—Oye, y hablando de todo, ¿es guay mi primo o no es guay? Ayer no te dejaba ni a sol ni a sombra, os vi muy compenetrados.

—Sí, pero porque me cae muy bien. No inventes, que tú eres de inventar mucho, tienes una fantasía...

—Yo no he dicho nada. Todo lo has dicho tú, ¿y qué te contó?

—Pues no mucho, bailamos más que hablamos. Y luego me acompañó a casa, pero ahí ya no me enteré de nada. Iba un poco alegre yo.

—Pues eso está bien, lo de que te alegres digo, niña. Que no quiero verte yo mal por el imbécil ese de Pablo. Tú no te has equivocado, ese es un pájaro.

—Sí, sí, y me quiso vender la moto hasta el último momento de que él apenas hizo nada, ¿sabes? Cuando esos dos han debido reírse de mí a placer. Y encima viene y me pide matrimonio. Me vería cara de tonta y pensó en amarrarme para toda la vida, así tendría quien le aguantase los cuernos.

—Desde luego que hay cada uno que no pagaba ni con la horca, aunque tampoco vamos a diferenciar, que igual hay mujeres que telita. Y si no, que se lo digan a mi primo.

—¿A tu primo también le han puesto una diadema de cuernos? Pues mira que no me di cuenta, no nos quedamos enzarzados ni nada—reí.

—Será porque tú no quisieras, bonita. Y sí, mi primo tenía también un pie en el altar cuando se enteró de que Mar se los ponía bien puestos. Y mira que trabajaban juntos, no te lo pierdas. Pues chica, que ella encontró el tiempo... Y cuando él lo descubrió ni perdón le pidió, salió andando y se fue a Canarias, todavía está por ver que le dé una explicación. Lo dejó que no sé cuántos kilos perdería el pobre mío por aquel entonces.

—Bueno, bueno, vaya dos que estamos hechos. Pues chica, eso que se ahorró. Yo le he escuchado tantas tonterías a Pablo que ahora pienso que lo bien que se las podía haber callado. A veces es mucho mejor cortar del tirón y no prolongar la agonía. Mira qué virguería de vestido, no me digas que no te gusta—le señalé a uno de un escarparte.

—Hija de la gran fruta. Y naranja como tú decías. Sí que es mono, sí, pero yo lo veo un poco corto y las piernas las tengo más blancas que una pescadilla.

—Pues te compras un bono para los rayos UVA, eso es lo que hay. Pero las piernas las vas a enseñar porque me da la gana a mí, que lo sepas.

—Ay, madre del amor hermoso, qué fuerte estás tú. Pues nada, habrá que entrar a probárselo. Lo que yo te diga, que tú tendrías que poner tu tiendecita online.

—Si yo no me quiero complicar más la vida, te lo digo de verdad que no. A mí me gusta mi trabajo y hasta mi compañera—le guiñé un ojo—, pero no se lo digas, que es muy pesada—reí.

—Sí, sí, muy pesada, pero te da los mejores consejos y te busca la mejor de las compañías, ¿a que no te esperabas que estuviese mi primo en el bar?

—Pues no, la verdad, pero viniendo de ti ya me podía haber imaginado cualquier cosa. Que eres un poco brujilla. Y deja el temita ya, mona, que estoy yo ahora para pensar en hombres, como que no he quedado de ellos hasta la punta del pelo.

—Pero es que hay hombres y hombres...

—Sí, pero los príncipes azules no existen, no te equivoques.

—Mujer, no te lo voy a discutir porque por tu forma de hablar eres capaz de comerme si se me ocurre, pero que tampoco son ahora todos sapos.

—Bueno, bueno. Nosotras a lo nuestro: a buscarte el mejor *outfit* de todos...

—¿Y eso para qué? ¿Para atraer a los sapos? —se burló.

—Eso primero para ti, después para ti y por último para ti. Y, de paso, para dejarlos a todos con los huevos colgando, que así será como los dejes.

—Pues que sepas que mi primo también asistirá a la boda y allí habrá mucha lagarta suelta. Te lo digo por si te quieres dar prisa.

—Sí, me la quiero dar en pedir que te saquen el vestido, que todavía te faltan los complementos y nos queda mucha tarde por delante.

Capítulo 12



Llegaba a casa cuando de lejos vi una silueta que me pareció la de Esteban. Iba acompañado de una mujer y justo entraba en su portal, pues no vivía nada lejos de nosotras.

Ese hombre, al que siempre respeté y que era el padre de mi hermano, no pudo generarme más asco. Le había perdido el respeto por completo. La mujer en cuestión no tenía la culpa de nada. Ya me imaginé de sobra, pues apenas la vi bien, que sería la chica dominicana con la que estuvo paliqueando a la par que con mi madre, de forma que me alegré cuando vi que ella debió subir y que él se quedó abriendo el buzón en su portal.

La puerta estaba entreabierta y asomé el hocico por allí. Yo me moría de ganas por cantarle las cuarenta y vi la ocasión ideal.

Él andaba en sus cosas cuando de pronto me vio y casi sufre un infarto allí mismo, porque le vi ponerse morado de repente. Era evidente que no me esperaba y que supo que mi intención no era la de darle las buenas noches.

—Creí yo que los gusanos no vivían en los pisos, se ve que estoy muy equivocada—le dije a ese hombre que me miraba atemorizado.

—Blanca, por favor, yo entiendo que debas estar muy molesta conmigo, pero te ruego que no me lles una zapatista. No aquí.

—Claro, aquí no porque pueden escucharlo tus vecinos y eres un hombre respetable, ¿no es así? O más bien crees que lo eres, Esteban, porque en realidad no eres más que un miserable capaz de dejar totalmente tirada a una pobre mujer cuyo único pecado ha sido el de quererte.

—Blanca, yo la he ayudado en lo que he podido. Le arreglé los papeles como me pidió y haré cualquier otra cosa que me pida, pero no me formes un escándalo.

—Ya, no sea que se entere tu nueva noviecita. Por cierto, he visto un cartel de “Se vende” en la

ventana de tu cocina. Como no creo que te vendas tú porque nadie te va a comprar, supongo que será que te quieres deshacer del piso, porque ya he escuchado campanas de que no apareces mucho por el estanco y que ahora lo lleva la nueva chica que has contratado. No seas tonto, ¿por qué no la atacas a ella también? Si a ti se te da súper bien lo de tenerlas a pares, ¿te vas a conformar solo con una? O igual es que la dominicana los tiene bien puestos y te ha amenazado con ponerte los huevos de corbata si le haces una jugada, que no se te estaría mal empleado.

—Blanca, yo no quiero problemas, deberías irte.

—Ya, antes de que te suelte dos gritos y salga ella. Entonces se enteraría de que tienes un niño en el horno del que no quieres saber nada y te metería a ti en el de tu casa, pero no metafóricamente, con una manzana y todo en la boca.

—Blanca, sé que debes pensar lo peor de mí.

—Y te quedas pero que muy corto, ¿es que acaso me vas a hacer reír a carcajadas queriendo argumentar algo en tu defensa? Porque ya sería de traca, te lo prometo.

—No, no es eso.

—Solo te digo que eres un miserable, ¿cómo se te ocurrió decirle que tenía margen para abortar? Vaya mierda de tío que estás tú hecho.

—¿Para abortar? Yo no quise decir eso. Me refería a solventar su situación económica porque no podíamos seguir trabajando juntos.

—Claro que no, la gente podría enterarse y ponerte como los trapos. Qué asco me das.

—No es por eso, Blanca. Yo estoy dispuesto a colaborar bajo cuerda en el mantenimiento de ese niño, se lo quise decir a tu madre, pero no me dio tiempo, no me escuchó.

—Qué sucia rata de cloaca cobarde eres. De manera que como te he abordado quieres ahora enmendar la plana, cuando lo cierto es que has cambiado a mi madre y al bebé que lleva dentro por una chica a la que no conoces de nada. Solo deseo que el karma te dé en toda la boca y que lo lamente como te mereces, porque eres lo peor. Nosotras no necesitamos nada de ti, no te preocupes. Métete tu dinero donde te quepa y otra cosa: cuando por la noche cierres los ojos, recapacita sobre el daño que le has hecho a una pobre mujer que confió en ti solo porque tenía el referente como hombre de mi padre y no sabía que ciertos buitres pueden contar con la misma apariencia, pero que ni son hombres ni son nada.

—Blanca, por favor te lo pido...

—Y yo te pido que no pongas muy caro el piso, a ver si hay suerte y te largas pronto del barrio para que mi madre no tenga que volver a verte la cara, desgraciado.

—Siento mucho que pienses eso de mí, Blanca.

—¿Y tú qué esperabas? ¿Que te riese la gracia encima? No se puede ser más lerdo, te lo digo muy en serio. Vaya mala pata que tuvo mi pobre madre el día que dio contigo.

—No sabes cuánto lamento que pienses así, Blanca.

—Y tú no sabes el asco que me da a mí de pensar que mi madre, que ahora va mejor de las náuseas, se tope contigo por la calle y vaya a peor.

—¿Lo está pasando mal? Lo siento mucho por ella.

—Mira, no te lo iba a decir, pero en el fondo lo estoy deseando porque hay que ser cabrón, pero cabrón, para hacer como que te importa con la patada en el culo que le has dado. Ejemplares de hombre como tú sois los que tiráis piedras sobre vuestro tejado. Después no queréis que se nos caliente el piquito. Ahí te quedas, so desgraciado.

Me fui quedándome la mar de a gustito. A mi madre no le dije ni media del asunto porque no quería que se le removiera nada por dentro, aparte de ese crío que día a día iba creciendo en su interior.

Capítulo 13



El domingo por la mañana, estaba ayudando a mi madre a hacer una ensaladilla de salmón que se le había antojado, cuando nos llamaron de comisaría.

—Mamá, que dicen que han detenido a un par de chicos que acaban de dar un tirón y parece ser que pueda tratarse de los mismos que le robaron a la abuela.

—Ay, cariño, no se lo digas, que no quiero que se soliviente, ¿será posible con los niñatos?

—Pues sí y que tendríamos que pasarnos por allí. Yo voy.

—Ahora mismo me visto y voy contigo. Espera.

—No, mamá, que tú tampoco estás para sofocos.

—Niña, si sofocos da la menopausia y yo esa, por razones obvias, no la tengo.

—Ya me has entendido, que tú te lo tomas todo muy a pecho.

—No me hables de pecho, que no sabe ese tunante de Esteban lo que se ha perdido: dos tallas me ha crecido—rio.

—Ay, mamá, qué buen humor tienes siempre. Ese idiota se arrepentirá de por vida. Tú te no te muevas, de verdad, que además ya sabes que la abuela no se puede quedar sola.

—Y no se quedará. Le voy a decir a Rosario que baje un ratito a hacerle compañía. Ya verás como ella estará encantada.

—Ay, mamá, que igual no puede y yo voy y vuelvo en nada.

—No, hija, te acompaño seguro. Tú sola no vas a ir...

En un periquete estuvimos allí. Teníamos que corroborar la declaración de la abuela en su momento. En comisaria conocíamos a Félix, un policía que fue amigo de mi padre y que ya, por tanto, era de los que estaba a punto de colgar el uniforme para siempre, el cual permitió que nosotras mismas nos encargásemos para no tener que desplazar a la abuela hasta allí.

—Es que podríamos organizar una rueda de reconocimiento, pero si decís que Consuelo no los vio, va a ser para nada.

—Así es, Félix, pero que muchas gracias. Sabes que Juanjo te lo agradecería mucho si pudiese—le dio un abrazo mi madre.

—Hombre, yo por Consuelo lo que haga falta. La de veces que he merendado de chiquillo en su casa. Esa mujer es todo corazón.

—Y que lo digas, Félix—le comentó mi madre en un momento en el que sufrió un ligero mareo y hubo de apoyarse en una mesa.

—¿Estás bien, Lola? —le preguntó preocupado porque a ella también la apreciaba mucho.

—Es que está embarazada—le comenté por lo bajini y noté cómo mi madre se ponía del color de las amapolas.

—¿Qué dice Blanca, Lola? Ay, por favor, pero si yo no sabía nada—le contestó él súper extrañado.

—Es que todavía no se lo he contado a nadie.

—Pues a mí me has dado una sorpresa tremenda.

—Si hasta yo me la llevé, Félix. Espero que no pienses que soy una fresca...

—Mamá, por favor, cómo va a pensar Félix una cosa así—le comenté negando con la cabeza.

—Por supuesto que no, Lola, que yo te conozco de toda la vida. Y que mi amigo murió hace 20 años, demasiado has tardado en rehacer tu vida, que te has pasado sola toda la juventud, mujer.

—Pues así es Félix, aunque yo no me arrepiento de nada. He criado muy tranquila a mi niña y según está el panorama...

—¿Lo dices por tu pareja? ¿No estás bien con él?

—Simplemente no estoy. El muy desgraciado andaba con una dominicana a la vez y ha optado por traérsela a ella y plantarme a mí. Y tú dirás que por qué te cuento a ti todo esto cuando lo cierto es que ya ni te va ni te viene.

—Será imbécil el tío. Pues claro que quiero que me lo cuentes, ¿por qué no nos tomamos una tapa? Yo salgo ahora también. No tenía turno, solo he venido porque dejé dicho que me avisaran si aparecían los que fastidiaron a Consuelo. Que por cierto, vaya dos, a ver si los enchironan de una vez y se les cae el pelo, porque menudos elementos.

—Ay, Félix, que yo no te quiero entretener, hombre. Que me acuerdo muy bien de las que te formaba Teresa cuando llegabas un poco tarde. Tu mujer tiene un carácter tremendo, qué te voy a contar yo.

—Por eso ya es mi exmujer, Lola. Lo dejamos hace un par de años, es que hace mucho que tú y yo no hablamos.

—¿Que ya no estás con Teresa después de toda una vida? Virgen del amor hermoso, ¿cómo puede ser?

—Me cansé de su mal carácter—suspiró.

—Madre mía, le estáis haciendo un vestido nuevo, ¿tan mala era?

—Insoportable, Blanca. Con decirte que se quedó en nuestro piso de toda la vida y no se habla con nadie de la comunidad, ¿tú te acuerdas, Lola?

—¿No me voy a acordar? Si yo temblaba de verla, porque era de lo más incómodo.

—Pues eso, que cuando los gemelos se metieron en el ejército, yo cogí el pescante. Y muy contento que estoy, solo, pero tranquilo. Y esa tranquilidad no la cambio por nada.

—Te entiendo perfectamente, porque yo tampoco la cambio. Eso no está pagado.

—Pues vamos entonces a por esa tapita.

—Vale, pero yo os dejo, que me voy a echarle un vistazo a la abuela—les dije viendo que había buena onda entre ambos.

Capítulo 14



A partir de ese día, comencé a recibir algunos mensajes de Sergio que no voy a negar que me sacaban la sonrisa. A nadie le amarga un dulce y él era muy detallista.

—Tu primo es un encanto, pero que yo no quiero nada, se le tiene que meter en la cabeza. Si está buscando algo, será mejor que se fije en otra, porque de mí bien poco que va a sacar—le solía comentar a Paloma.

—Hija, que el pobre no tiene nada contagioso. Podías quedar para salir un día de estos con él, no seas sosa.

—Sí, sí, cualquier día nos organizamos todos otra salida, pero todos. Mi madre va mejor y ya puedo entrar y salir más tranquila.

—Oye, ¿y a ti no te da que pensar lo de tu madre?

—¿El que su novio la haya dejado tirada con un bombo y sin la menor contemplación? Sí que me da que pensar, sí... Me da que pensar que la mayoría de los tíos son unos auténticos capullos. Porque nosotras ya llevamos dos de dos, entre Pablo y Esteban.

—Vaya por Dios, pero que tú no puedes estar desconfiando por sistema.

—No, lo que no puedo es confiar por sistema, que no es lo mismo, eso es lo que no puedo. Y no pienso hacerlo.

—Cariño, sí lo sé no te digo nada. Pues que sepas que en breve Sergio y yo acudiremos a la boda de Silvia y allí se las tendrá que espantar con un matamoscas, porque el tío tiene un airecillo que se las lleva de calle a todas.

—Sí, y mucha labia también tiene. A mí eso me hace desconfiar un poco.

—Qué raro, ¿tú desconfiar de un hombre? No me lo creo. Bonita yo solo digo que tú no puedes vivir así, eso es lo que creo.

—Pues no creas tantas cosas y a mí no trates de tentarme con que si se lo van a rifar y que para arriba y para abajo. Yo con Sergio no voy a tener nada, así que por mí como si lo subastan.

—Vale, no quieres nada con él, ¿y entonces por qué sonríes cada vez que te envía algo?

—Mujer, porque tampoco es plan de amargarme, vamos digo yo. Pero que eso no significa nada. Es la típica sonrisilla del tonto, nada más.

—Luego reconoces que tontas con él.

—No, no, no te confundas. Él es quien tontea conmigo, está por primera vez que yo le envíe nada. Es él quien no para de enviarme chuminadas, yo paso de todo eso.

—Ya, ya, mucho pasas tú...

Mi madre era otra a la que también le estaban enviando cosillas al móvil a cada momento, y a la que le sacaban la sonrisa. En concreto lo hacía Félix, con quien seguía en contacto desde el día que estuvimos en comisaría.

Habían congeniado muy bien, y contra todo pronóstico, ella parecía contemplar la posibilidad de hacer cosas con él. Y yo que me llegué a pensar que se volvería a olvidar de los hombres durante otro puñado de años.

—Mamá, que tienes sonrisa de quinceañera—le dije mirándole el móvil esa noche cuando entré en la cocina a darle un beso.

—Calla, niña, que es Félix quien le está escribiendo—me comentó mi abuela guiñándome un ojo.

—Os estoy viendo a las dos, ¿qué pasa? —se rio ella.

—Nada, mamá, qué va a pasar... Que se nota de lejos que Félix quiere algo contigo, nada más—hice como que me cerraba la boca con una cremallerita.

—¿Tiene guasa o no tiene guasa la niña, Consuelo? —le preguntó a mi abuela.

—Tiene, tiene su guasita... Pero también tiene otra cosa: razón. La niña está en lo cierto cuando dice que ese muchacho te está buscando.

—¿Y no te parece bien, Consuelo? Yo no quiero que pienses que ahora voy pelando la pava por ahí con cualquiera, que sigo respetando mucho la memoria de tu hijo Juanjo.

—Mira, hija, una cosa te voy a decir: tú por mi hijo hiciste lo más bonito que una persona puede hacer por otra, que es quererle y bien en vida. El resto, ya está de más. Nunca entendí por qué una mujer como tú no se volvió a emparejar. Y ahora que te has vuelto a abrir a la vida, es que estoy encantada. Y si es con Félix mucho más.

—Abuela, ¿y eso por qué? —le pregunté.

—Porque Félix fue uno de los mejores amigos de tu padre y le conozco desde niño. Y Esteban está claro que ha actuado como un sinvergüenza, pero Félix es un hombre de los que se viste por los pies, como decíamos antes, y ese... Ese si dice ir por derecho a por tu madre no la va a soltar ni con agua caliente, ya te lo digo yo.

—Mamá, dicho así suena como una amenaza, ¿no te parece? —reí.

—Yo solo sé que no para de hacer planes para nosotros y que encima es que está encantado con el bebé. A sus años y sin ser suyo, es que me parece increíble.

—Eso es muy bonito, es verdad. Que Félix lo vea así ya dice mucho en su favor.

—Y que lo digas, cariño mío. Yo es que estoy muy contenta, la verdad.

—Pues si tú estás contenta, a mí me ha tocado la lotería, mamá. Esto no lo esperábamos.

—Para nada, por eso yo no quiero lanzar las campanas al vuelo, que me da hasta miedo decirlo.

—Con Félix ya te garantizo que no debes tener miedo ni ir con pies de plomo, Lola, por ese respondo yo. La de veces que le he tenido en mi casa y lo que me recuerda a mi Juanjo—rememoró y los ojos se le empañaron.

—Ay, abuelita, no te pongas triste—le pedí.

—No, cariño, si son los recuerdos más felices de mi vida. Tú deja que eche las emociones fuera, que eso no es malo.

Capítulo 15



Unos días después, estaba trabajando cuando recibí la llamada urgente de mi abuela. Lo supe por su insistencia y por el tono de su voz.

—Blanca, cariño, tienes que venir a toda velocidad. Tu madre no está bien—me comentó y me eché a morir, porque ella no me hubiese alarmado por algo sin importancia.

—¿Qué le pasa, abuela? ¿Qué tiene?

—No lo sé, hija. Pero ha comenzado a sangrar y temo que pueda perder el bebé.

No estaba descartado y a su edad menos. Cualquier embarazo entraña un riesgo en el primer trimestre, pero si la futura madre va por la planta quinta de su vida, como iba la mía, más aún. Así que yo temí lo peor.

—¡¡Llamo ahora mismo a la ambulancia, abuela!!

—Sí, hija, date prisa, por favor.

Por supuesto que lo hice. Y a continuación marqué también el número de Sergio. Todo nos cogía a mano en el barrio y su consulta estaba cerca de nuestra casa, razón por la cual llegó hasta antes que la ambulancia.

Yo también pedí un taxi que me dejó en la puerta y coincidimos. Él corría que se las pelaba y, desde el principio, tranquilizó mucho a mi madre.

—Lola, no te preocupes. Respira tranquila, que todo va a estar bien.

—Ay, Sergio, hijo. Qué pena más grande, que siento que estoy perdiendo a mi bebé.

—La esperanza es lo último que se pierde, Lola, así que no te pongas mal, que de esta salimos. Venga, mucho ánimo y déjame explorarte.

Estaba en ello cuando llegaron los sanitarios que venían en la ambulancia. Entre todos se coordinaron y se llevaron a mi madre.

Nosotros llegamos al hospital al mismo tiempo que ellos, pues Sergio acudió a casa en su coche y siguió a ese vehículo que circulaba con los prioritarios puestos.

—¿Es grave? A mí tienes que decirme la verdad para que me vaya haciendo a la idea, lo prefiero.

—Puede serlo, pero tampoco tiene que ocurrir necesariamente algo malo. Tu madre es fuerte y tiene muchas ganas de continuar con este embarazo. Para mí que lo va a superar.

—¿Me lo dices para convencerme o porque de verdad lo crees?

—Lo creo y también creo que ese niño te importa mucho, guapa—me dijo haciéndome una carantoña.

—Más de lo que yo misma esperaba. Ains, qué angustia tengo, necesito saber algo.

—Tienes que esperarme aquí en esta sala, pero yo sí que puedo entrar a olisquear. Salgo en cuanto pueda y te cuento.

—No hace falta que salgas, quédate con ella todo el tiempo que puedas, porfi. Mi madre te necesita más que yo en estos momentos.

—Vale, pues así lo haré.

Le vi entrar y sentí mucha confianza. De no haber estado él allí todo habría sido muy distinto y seguramente habría notado una indefensión muy distinta.

Los minutos se me hicieron eternos y en torno a media hora después él salió con la sonrisa en los labios.

—Ese bebé tiene ganas de venir al mundo. Puedes apostar a que está bien. Eso sí, tu madre tendrá que pasar aquí un par de días y luego permanecer unos cuantos más en reposo. Ha sido un susto, es innegable, pero de esta salimos.

Me dieron ganas de comérmelo de un bocado, con ese optimismo tan bonito con el que me hablaba. Que yo no quisiera pareja no era óbice para reconocer que Sergio era un gran hombre y le di un enorme abrazo.

Cuando te fundes con alguien en uno de esos, a menudo notas muchas cosas. Y yo en él noté

cero ganas de separarse de mí, por lo que prolongó el abrazo todo lo que pudo.

Aún seguíamos abrazados cuando vi entrar muy nervioso a Félix, a quien yo había tratado de localizar en comisaría y me dijeron que estaba en una intervención.

—Lo siento mucho, Blanca, me acaban de decir, ¿cómo está Lola? —me preguntó.

—Pues parece que está bien. Nos ha dado un buen susto, pero está bien. Igual es que quiere mimos o algo.

—Los mimos los tendrá igual los quiera o no, de eso me encargo yo. Entonces, ¿el crío bien?

—Sí, mira, te presento a Sergio. Seguro que a partir de ahora le vas a empezar a ver porque es su ginecólogo, aparte de amigo—le comenté.

—Vaya, yo creí que igual lo de vernos más era por coincidir en otros planes, pero parece que no tengo suerte—le comentó a Félix estrechándole la mano.

—Eso todavía no está escrito, chaval, ¿entonces Lola bien? ¿De verdad?

—Bien, pero tendrá que guardar reposo y mínimo hasta mañana no le darán el alta, si no pasado.

—Como si tiene que quedarse aquí hasta el final del embarazo. Algunas veces pienso que si Juanjo supiera que ahora viene un chaval...—entrecerró los ojos acordándose de mi padre.

—¿Él quería un chico? —le pregunté.

—Él quería una parejita, pero no pudo ser. Ahora, que lo que disfrutó contigo no tiene nombre. Cielos, con qué orgullo me contaba cuando de niña te llevaba al Calderón.

—Ay, por favor, no me recuerdes eso, que hoy estoy muy sensible, Félix.

—¿Al Calderón? ¿Tú no serás colchonera? —me preguntó Sergio.

—No, yo no—le contesté con un cierto regusto amargo.

—Chaval, que no te dé coba. Yo he visto a esta niña siendo la más feliz del mundo con su bufanda del Atleti al cuello, más bonita no la había, y más contenta tampoco.

—Es que de eso hace mucho tiempo—sorbí por la nariz, acongojada.

—Pero si yo soy colchonero también hasta la médula—me comentó—. Es que no tenía ni idea de que te gustase el fútbol, Blanca.

—Es que ya no me gusta, de verdad que no me gusta.

—Pero si tengo entradas para el partido contra el Athletic de Bilbao, va a ser una maravilla.

—Anda, pues espero que las disfrutes mucho, de corazón te lo digo, ¿puedo pasar a ver a mi madre? —le pregunté tratando de olvidarme de un tema que me daba tremenda pena.

Capítulo 16



A mi madre la cuidamos a tope entre todos. Suerte que nuestra vecina Rosario se encargó de mi abuela ese par de días en los que me negué a moverme del hospital, aunque Félix actuó de la misma manera.

Sergio se acercó varias veces también y se portó de maravilla. El primer fin de semana después de que le dieran el alta, mi madre estaba muy contenta, y pese al obligado reposo, me pidió que le invitase a merendar.

—Pues mira que un día me dijo que deseaba conocer a la abuela. Está bien, se lo diremos. Sergio es un buen amigo—pronuncié adrede porque no quería que me malinterpretase.

—¿A mí? ¿Y qué cree ese jovencito que va a encontrar aparte de un carcamal que no puede valerse por sí misma? La penita que me ha dado no ir a verte al hospital, hija, Lola—se refirió a mi madre en ese momento.

—Consuelo, no digas eso, que yo no sé lo que habría hecho en la vida sin ti, te lo digo muy en serio. Para mí eres muy importante—la besó ella.

—Bueno, bueno, pues entonces seguiré arrimando el hombre todo lo que pueda, que no quiero sentirme inútil. Pero que esta maldita cadera me tiene podrida.

—Abuelita, tú en nada estás dando carreras, ya lo verás.

—Sí, carreras con el tacatá, que lo van a hacer ahora deporte olímpico—suspiró.

—Y también se lo vamos a decir a Félix, que ya es más que un amigo para mí—nos anunció mi madre.

—¿Más que un amigo? Pero, mamá, ¡qué rápido! —le chillé dándole un abrazo.

—Es que ya os lo dije, que si ese hombre venía por derecho no te dejaría escapar, Lola—le comentó mi abuela mi alegre.

—Me pidió ser su novia en el hospital, y es que igual estoy loca, ¡pero no me lo he pensado!

—Tú no estás loca, mamá. Te saltan chispas de los ojos cuando hablas de él y eso es por algo. No veas si estoy contenta por ti—le comenté.

—Hija, yo es lo último que esperaba tras lo mal que se ha portado Esteban, pero está claro que hay hombres a los que se les llama así, pero no lo son. Y luego hay otros que ponen desde el primer momento las cartas encima de la mesa, no hay color. Yo fui muy incauta, debí desconfiar de Esteban porque él en ningún momento me dio mi lugar ni siquiera quería que se supiese lo nuestro. Decía que era muy pronto, que si la gente le daba a la lengua...

—Pamplinas, el hombre que está orgulloso de una mujer la presume por todos los lados—opinó mi abuela.

—Y al contrario, que los tiempos han cambiado mucho, abuela.

—Eso es verdad, Blanca, aunque hay cosas que nunca cambian. Y lo que está a la vista no necesita un candil.

—Abuela, yo me parto con tus expresiones. Es que me las apunto todas.

—Pues son verdades, hija, por muchos años que pasen. ¿Y si hacemos la tarta esa de galletas que tanto te gusta para cuando vengán a merendar? A mí me ponéis con la sillita al lado de la encimera y me valgo, que necesito menearme.

Ella era así, no podía estar quieta. Y eso que la habían fastidiado bien, algo que nos contrariaba mucho porque hasta ese momento, pese a ser ya octogenaria, más que andar bien, corría.

En fin, que yo fui sus manos porque no podía tenerse de pie e hice la tarta conforme a sus indicaciones, por lo que me salió estupenda.

Por la tarde, llegaron tanto Félix como Sergio. El novio de mi madre venía con un ramo de flores y Sergio portaba una rosa perfectamente preparada en su mano, mientras que la otra la mantenía escondida.

—Mira que eres, ¿por qué tienes que traerme esto? —le pregunté echando mano de ella.

—¿A ti? Si tú no quieres nada conmigo—rio—. Esta rosa es para tu abuela—me comentó yéndose hacia ella y haciéndome burla.

—Pero bueno, cuánto tiempo hacía que un hombre no me regalaba flores. Y menos uno así de

apuesto y con esa carrera que me han dicho que tienes, hijo—le comentó mi abuela de lo más feliz.

—Una como cualquier otra, señora, la gente no vale más o menos por su nivel de estudios, sino por sus actos.

—De eso sí que doy fe yo, es una gran verdad, pero es que me han hablado maravillas de ti. Sé que hiciste mucho por mi Lola el otro día, que para mí es como una hija. Yo ahí es que no pude ni saludarte, estaba con el corazón encogido y casi me tienen que poner una pastillita debajo de la lengua, ¿sabes? Porque vaya plan, que se podía perder mi nieto, con la ilusión que nos hace a todas.

La abuela hablaba de corazón de “su nieto” igual que si lo hubiese concebido mi padre. Un concepto más bonito de familia no se encuentra fácilmente y nosotras no contaríamos con un gran patrimonio económico, pero sí con uno personal integrado por las tres, al que se uniría ese bebé que estaría en el mundo en unos cuantos meses para llenar la casa más de alegría, que ya era decir.

Tras charlar un ratito con mi abuela, Sergio se fue hacia mi madre y le dio un abrazo.

—Qué alegría verte en casa, Lola. Que sepas que te has portado como una campeona y, aunque Félix te ha traído un ramo precioso, espero que me aceptes esta humilde rosa—le comentó dándole otra a ella, que portaba en la mano que tenía escondida.

—Pues claro que sí, cómo no. Muchas gracias, Sergio. De veras que eres más buen niño...

—Mamá, que no es un niño.

—Calla, deslenguada—me soltó en broma y todos nos tronchamos.

—Venga, que para ti también hay una—me entregó la última de las rosas que traía—. Y eso que no me quieres para nada.

—Te quiero como amigo y eso ya es mucho, así que deberías conformarte.

—¿Qué es eso que huele así de bien? —desvió la atención hacia el olor de esa tarta que estábamos deseando catar.

Capítulo 17



Pasamos una tarde estupenda porque entre mi abuela y mi madre parecían formar un dúo cómico.

Yo no recordaba un momento tan plácido en casa, con hombres, desde los tiempos en los que vivía mi padre, ya que mi madre nunca tuvo novios después y allí casi que el único que entró fue mi amigo Cristian.

Félix se tuvo que marchar antes, a su pesar, puesto que tenía turno de noche, pero Sergio se quedó un poquito más, prolongando la velada.

Antes de la hora de la cena, se levantó para marcharse. Era pura educación y, como mi madre andaba de reposo, lo único que deseaba era que descansase.

Muy agradable y atento, les dio varias veces las gracias, tras lo cual se dirigió escaleras abajo, prometiendo volver pronto a visitarlas.

—Si te parece no lo hagas, que hasta entonces no comprobarás que yo también tengo malas pulgas—le comentó la abuela, dándole un abrazo. Le había caído genial y no paraba de hacerme gestitos, como si él no tuviese ojos en la cara y no pudiese verla, para que me fuese con Sergio.

Yo ni caso le hacía, aunque lo que sí es cierto es que, como mínimo, hice por acompañarle abajo, qué menos, después de lo bien que se estaba portando con nosotras.

En la calle, me estaba dando dos besos y un abrazo cuando vi entrar a un par de tipos escaleras arriba. ¿Habéis tenido alguna vez la impresión de que algo va mal y no sabéis por qué? Pues eso.

—¿Qué te pasa, Blanca? ¿Conoces a esos dos? —me preguntó y me quedé en blanco.

—No lo sé, Sergio, creo que sí, pero no son del bloque y no termino de caer dónde los he visto antes.

Sin más eché a correr y ni esperé al ascensor, subiendo los escalones a la carrera. Él se vino detrás y comprobamos que estaban en nuestro rellano, cuchicheando entre ellos.

Sergio me hacía gestos, mientras los vigilábamos sin que nos vieran, y entonces les escuchamos hablar.

—Se va a cagar la vieja y todo por chivata. Lo de la cadera le va a parecer un chiste, el piso se lo vamos a destrozarnos y le daremos un buen susto—decían entre ellos mientras llamaban a la puerta y mi madre preguntaba quiénes eran.

—Señora, que nos tiene que abrir porque hay un problema con los bajantes, nos acaban de llamar de la compañía—le comentó uno de ellos.

—Sergio, son los tironeros, los que han jodido a mi abuela—le dije por lo bajini con más miedo que siete viejas, al caer de pronto.

—¡Joder! Blanca, por favor, tú no te metas—me pidió.

Ya digo que Sergio no era el típico fortachón de gimnasio que está más hinchado que un globo. Tampoco le hacía falta y menos cuando yo no lo sabía, pero aquel chaval era una cajita de sorpresas y cinturón negro en kárate, algo que Paloma no me comentó.

Con mucho sigilo, avanzó hacia ambos. Yo no pensaba quedarme de brazos cruzados por mucho que me pidiese. Si hacía falta, me tiraba a la yugular de esos dos, pero no fue el caso porque ni tiempo me dio a intervenir.

Antes de que ambos cruzaran el umbral de la puerta que abrió mi confiada madre, ya estaban tirados en el suelo y a merced de un Sergio que los cogió de improviso y todavía hoy ignoro qué llave les hizo, pero desde luego que los dejó hechos un nudo en el suelo.

—¡Ay, Dios mío! ¡Si son esos maleantes! —chilló mi madre.

—¿Qué maleantes, Lola?

—Los que te dieron el tirón, Consuelo, si es que no me lo puedo creer.

—¿Esos dos? Corre, hija, tráeme la escoba que los pienso baldar a escobazos. Se van a acordar de quién soy yo, eso te lo prometo como Consuelo que me llamo.

—Va, va, ¡llamemos a Félix, mejor!

—¿A quién cojones vais a llamar vosotras? A la primera que se le ocurra coger el teléfono...—trató de amenazarnos uno de ellos.

—Mira, niñato, a estas señoras les vas a hablar con respeto si no quieres tener que ir a buscar un bono para un buen dentista, ¿me estás oyendo? —le advirtió Sergio mientras estaba encima de ellos, a los que mantenía reducidos en el suelo, con las manos cogidas mientras yo llamaba a Félix a toda pastilla.

Algunos otros vecinos salieron al escuchar el escándalo. Vicente, un vecino de toda la vida y que era cazador, no vaciló en entrar por su escopeta y apuntarles con ella, al enterarse de qué iba el tema.

—Pero ¿tú quién eres? ¿El ferretero de “Entrevías”? —le preguntó indignado uno de los niñatos en referencia a ese papel que Coronado borda en la famosa serie.

—Para hacer bromitas estás tú, chalado—le respondió el hombre.

Tan solo unos minutos, pero de lo más surrealistas, tardó Félix en llegar con sus compañeros. El hombre no daba crédito.

—Ahora sí que la habéis cagado pero bien. El juez os mandará enchironar esta noche misma, ¡se os van a quitar las ganas de asustar ancianas, so cobardes! —les chillaba mientras salían del bloque entre los aplausos de los vecinos.

Sergio se acercó a mi madre, que era la que más le preocupaba, puesto que mi abuela ya estaba “armada” con la escoba y muy asustada no se la veía, la verdad. Es más, antes de que llegara la poli, algún que otro escobazo sí que les arreó.

—Lola, ¿estás bien? Tú no debes sobresaltarte—le comentó mientras la tomaba por las manos.

—Estoy bien, Sergio, pero gracias al cielo que te ha cogido aquí. Si no, yo no sé qué hubiera pasado.

—Pues yo sí lo sé, hija, que les parto el palo de la escoba a los dos en el lomo—le indicó mi abuela en plan justiciera.

Capítulo 18



No hace falta decir que todas andábamos de lo más nerviosas. Bueno, quizás mi abuela no, pero mi madre y yo sí.

Aquellos dos desgraciados, no conformes con haberla dañado como lo hicieron en su día, venían a jorobarla más por aquello de que les habían pillado y, gracias a las denuncias de mi abuela y de otras personas contra las que seguro también tendrían intención de ir, terminarían en la cárcel.

En definitiva, lo que hicieron fue coger un buen atajo, porque gracias a su maquiavélico plan de ajustarle las cuentas a mi abuela, el juez los enviaría directos a prisión, por más tiempo y antes de lo previsto.

—Sergio, tú te quedas a cenar sí o sí. Después de lo que has hecho, comprenderás que no te voy a dejar que te vayas con el estómago vacío—le comentó mi madre.

—¿Vacío? Si llevo tarta en él para resistir una semana sin comer, Lola.

—Eso da igual, ¿a ti te gustan las anillitas de calamar? Que tengo yo en el frigo unas que me trajo mi niña del mercado esta mañana y que saltan de lo vivas que están. Ahora mismo te las preparo.

—Mamá, se las preparo yo, anda. Tú ya te puedes sentar, ¿crees que es normal que estés pensando en cocinar después del susto que te has llevado?

—Hija, pero es que Sergio ha gastado mucha energía, no me vayas a decir que no. Qué barbaridad, si les ha saltado encima de una manera, ¿tú dónde aprendiste a hacer eso, muchacho? Madre mía...

—Ya te digo yo qué sí, Lola, que a mí me ha recordado a Chuck Norris en sus buenos tiempos. Con lo que me gustaba a mí ese hombre y los cabreos que se pillaba mi marido a cuenta de eso, ¿tú te acuerdas, Lola?

—Ay, por Dios, si es verdad. Que hasta Juanjo se tenía que meter para quitárselo—rio mi madre.

—Pues míralas, de charleta como si nada, ¿tú has visto de la pasta que están hechas las mujeres de esta familia, Sergio? —le pregunté.

—De la misma que tú, así que ya sé que no solo eres bonita, sino que tienes buenos genes.

—Bien te has dejado caer. Anda, te voy a preparar yo los calamares por lo que te los voy a preparar...

—Porque te ha dicho una cosa muy bonita, nieta, por esto—intervino mi abuela.

—Una cosa os voy a proponer. Me quedo a cenar y encantado, vale, pero solo si me permitís encargar cena. En otro caso, me voy—levantó él las manos como si fuera inocente, con lo mucho que me había puesto con su intervención para reducir a esos dos. Menuda escenita...

—Por mí genial. Será por las ganas que tengo yo de preparar ahora anillitas de calamar. He visto el cielo abierto.

—Está bien, como quieras, ¿qué vas a pedir? —le preguntó mi madre.

—Yo te pediría la mano de tu hija, Lola, pero me temo que eso no va a ser posible—le soltó risueño.

—No, si todavía la liamos, ya lo veréis. Mira, cállate o al final la escoba la cogeré yo, y no para barrerte los pies precisamente—le amenacé burlona.

—No, por favor, que dicen que si te hacen eso no te casas y yo me quiero casar.

—¿Y tú para qué quieres eso? Quitá, quita—bromeé.

—Nada, Lola, que a tu niña no hay quien se la lleve al huerto, ¿a ti te gustan los italianos?

—Hijo, yo es que con un italiano no he estado nunca. Mira, si no he conocido más hombre que mi Juanjo, el botarate de Esteban y ahora mi Félix, que me tiene en una nubecita. Míralo, que ya me está enviando un mensajito para ver cómo sigo. Es un amor...

—Mamá, Sergio te preguntaba por los restaurantes, pero bueno, que ya tú le has hecho un repaso de tu vida amorosa.

—Ay, calla, si es que tengo la cabeza a pájaros. Sí, yo me lo como todo...

—Mamá, que eso ha sonado fatal.

—Niña con la susceptibilidad ya. Déjame, que le voy a contestar a mi Félix.

Sergio se tronchaba. Se le veía muy a gusto en casa y más cuando la abuela comenzó a contarle todas las anécdotas de mi adolescencia.

—Con Desiré y con Cristian no veas si las montaba mi nieta. Vaya tres... Más de una vez vino con los ojos como una breca por haber bebido y yo se lo oculté a su madre. Porque a esta niña lo de beber le sentaba fatal. Ahora que es mayor, todavía así, así... Hasta se puede poner un poco tonta y eso te conviene, pero...

—¡Abuela, por Dios!

—¿He dicho algo malo? Ay, madre, que no puede una hablar. Mira, tú dame tu teléfono y ya chateo yo contigo más tranquilita—le comentó.

—Es que no me lo puedo creer...

—¿Qué pasa? Si a mí me encanta que tu abuela me cuente tus cosas...

—Sí, solo falta que te enseñe las típicas fotos de bebé con todo al aire, metida en el baño.

—Ni te imaginas lo bonita que estaba, ya te enviaré alguna—le guiñó mi abuela el ojo.

—Mamá, ¿tú estás escuchando a la abuela?

—Yo solo oigo los audios de Félix. Qué voz más bonita tiene el jodido.

—Eso es verdad, Lola. Yo siempre le decía de chavalín que valía para locutor de radio—le comentó mi abuela mientras que Sergio iba abriendo la carta del restaurante italiano en el que pediríamos.

Había sido una tarde completa, qué duda cabía. Y una que pudo terminar en tragedia de no ser por él. Yo le miraba mientras pedía y me reía para mis adentros. Ponerme me ponía, cómo no me iba a poner. El problema era que yo no quería novio y no deseaba liarle. Y menos siendo el primo de Paloma.

Capítulo 19



El lunes, Paloma no daba crédito cuando le conté todo lo sucedido.

—Me imagino la cara que se les quedaría a esos dos malnacidos cuando mi primo apareciera de la nada y los redujese. Si es que vale un potosí.

—Sí que fue emocionante. Y luego llega mi vecino Vicente y, para rematar la faena, los encañona.

—No, si esos dos ya debían estar bien encabronados para hacer lo que hicieron.

—Los encañona, niña, no los encabrona.

—Ah, calla, que no me había enterado bien.

—Si es que no sé en qué estás pensando.

—Es que te tengo un cotilleo: Eugenio al final se divorcia, ¿cómo se te queda el cuerpo?

—Pues igual que lo tenía, en la línea. Y, por cierto, que tú te estás poniendo cañón.

—Sí, sí, ya me lo voy creyendo. Estoy a tope en el gym, niña, pero que tampoco te creas que me voy a obsesionar con convertirme en un bicho palo. Yo amo mis curvitas, llevo ya con ellas demasiado tiempo como para deshacerme por las buenas—me dijo dándose de palmaditas en sus orondas caderas, unas que dejaban ensimismados a más de dos y de tres clientes, ya os lo digo yo.

—Y haces muy bien, cariño. Tu *outfit* va a causar furor en la boda.

—Furor uterino es el que tengo yo. A ver si ligo allí, que tengo necesidad.

—Seguro que sí, cariño.

—Ya te contaré, que va mucho soltero e igual alguno de ellos quiere llenar de gasolina el depósito de este Ferrari—se movió insinuante y justo en ese momento salió Eugenio a hacerle una consulta.

Del color de la mítica escudería, es decir rojo, se le pusieron a ella las mejillas.

—Necesito los informes del paciente que tengo en consulta, Paloma—le pidió él aclarándose la voz.

—Ahora mismo te los llevo, Eugenio—le contestó ella sin apenas querer mirarle.

Yo tuve que aguantar la risa y, antes de que se fuera a llevárselos, le gasté la bromita de turno.

—¿No dices que estás necesitada? Pues Eugenio igual te hace un favor, que con eso del divorcio seguro que está muy nervioso y necesita desfogar—le comenté muerta de la risa.

—No, bonita, Eugenio está loco por hacerte un favor a ti, que no es lo mismo. Y no me cargues, hazme el favor, que todavía le insinúo que quieres algo con él.

—Y eres mujer muerta, Palomita.

—Si ya sé que no. En el fondo a ti te está molando mucho mi primo, aunque no lo quieras reconocer.

—A ver, molar, mola, claro. Pero tu primo quiere algo serio, y yo no. Yo he quedado de novios hasta la punta del pelo con Pablo.

—Ya, pero que eso deberías olvidarlo. Oye, por cierto, ¿has sabido algo más de él?

—¿De Pablo? No lo quiera Dios. Menos mal que se conformó, chica, porque menudo alivio.

—Pues mejor, sí, porque vaya... Menudo plantón le diste. Todavía debe estar sin reacción.

—¿Pablo? No lo creo, seguro que ha reaccionado, ya te lo digo yo. Ese no está metido en su casa llorándose.

—Para mí, la prueba evidente de que no es trigo limpio es que al final no luchó por ti. Ha puesto por delante su orgullo, quedando como el culo. Ese tipo no te interesaba, en cambio...

—En cambio tu primo sí, ¿no es eso? ¿Es que os habéis puesto todos en complot? Madre mía—resoplé.

A lo largo de la semana, Sergio me envió varios mensajes y hasta se pasó en algún momento por casa para ver a mi madre. Y ya de paso, también charlar conmigo, que no ocultaba sus ganas, la verdad.

El sábado se casaba su prima Silvia y él parecía tan emocionado como Paloma, quien también estaba encantada con la boda.

Para mí fue un fin de semana tranquilo en el que quedé a cenar con Desiré y también estuve con mi madre y con mi abuela. Por lo demás, el lunes llegó y con él los chismes de Paloma.

—Mira, mira lo guapos que íbamos todos—me comentó con el móvil en la mano.

—Ay, qué monísima que estás. De verdad que tuviste que dejar majara a más de uno.

—Si es que tengo una estilista que vale su peso en oro, ¿no te la he presentado? —bromeó.

—No, no me la has presentado, no.

—¿Y de este qué me dices?

—Iba ideal, desde luego. Tiene mucho estilo Sergio.

—Estilo tiene, sí, pero lo que más tiene es éxito. Te lo dije, después no me vengas con llantos, que yo te lo estoy advirtiendo—rio.

—No, seguro que no te voy con llantos.

—Es que a más de una la vi tirarse de los pelos porque él no le hiciera caso, te lo digo muy en serio.

—Si ya me imagino.

—Es muy lindo mi primo. Lo único que espero es que no tenga problemas—suspiró.

—¿Y por qué habría de tenerlos? Si tu primo no se mete en nada. Bueno, salvo cuando se trata de defender a mujeres, que ya le vi yo en acción.

—Porque mi prima Soraya, que en su día fue muy amiga de Mar, nos comentó que hace poco se la encontró en un supermercado. Por lo visto ha vuelto y, la verdad, nos inquieta que esa tipeja ande cerca.

—Pero tu primo no quería nada con ella después de lo que le hizo, ¿no?

—No, claro que no. Pero lo pasó fatal y no queremos que esto le trastoque.

—¿Él ya lo sabe?

—Mira, nosotras no se lo vamos a decir. A ver si hay suerte y se marcha de nuevo, pero esta vez a la Conchinchina.

—Ya, ya...

No sé explicar la razón por la que sentí aquella inquietud. Quise escudarme en que ya apreciaba mucho a Sergio y no quería pensar en que le hicieran daño, aunque en realidad podía ser que hubiese más detrás de todo aquello. En cualquier caso, ojalá que Mar no hubiese vuelto para hacerle daño porque no se lo merecía en lo más mínimo.

Capítulo 20



A mi madre le tocaba revisión y fui con ella a su consulta el viernes. También Félix nos acompañó, porque no quiso perderse la eco.

—Pero bueno, Lola, qué bien acompañada te veo.

—Gracias a ti, que nos has atendido a última hora y así puede venir mi niña también.

—Solo falta la abuela Consuelo, ¿cómo va con la cadera?

—Ahí va la mujer haciendo sus pinitos con el bastón. Le está costando lo de volver a caminar y no se sostiene demasiado bien todavía, pero lo terminará logrando. A Consuelo nunca se le ha resistido nada.

—Y esto tampoco lo hará, eso puedes firmarlo. Bien, pues vamos a ver cómo está el bebé.

—El niño, porque ella dice que será niño y yo la creo—le comentó.

—Ya, ya me lo contó tu hija, que la mujer tiene un don. Me la voy a tener que traer a trabajar conmigo—rió.

—Pues sí, que le vendría genial lo de estar entretenida. Y a ti no te falta el trabajo. La sala de espera la tienes siempre hasta la bandera.

—Sí, no me puedo quejar, desde luego que no. Tengo mucha suerte en eso.

—De suerte nada, te lo has currado y te lo mereces, estoy segura.

—Gracias, Lola, me miras con muy buenos ojos... Si tu hija me mirase con los mismos...

—Ya estamos—reí con ellos—. Ni porque venga calladita ni por nada, al final me cae todo encima.

—En fin, que este muchachito va muy bien. Ya estás fuera de peligro, Lola, te lo digo para tu tranquilidad. Eso sí, sé cauta y no hagas grandes esfuerzos.

—Pero si yo no hice ninguno la otra vez—murmuró.

—Y aun así, fíjate el susto que te llevaste. Pues imagínate si lo haces. Ten cuidadito y deja que te cuiden.

—Pero si yo eso no sé hacerlo. Llevo toda mi vida cuidando a los demás.

—Pues ya es hora de que lo vayas haciendo, bonita. Y no te secuestro en mi casa porque no me lo van a consentir, que si no...—le dijo su novio.

—Ay, cómo eres, Félix. Gracias, muchas gracias.

—Gracias a ti por dejarme estar en tu vida, preciosa—le dio un beso mientras miraba emocionado a ese monitor en el que todos teníamos los ojos fijados y en el que se veían los avances de esa vida que se estaba gestando en el interior de mi madre.

—Y así todo el día, Sergio, más acaramelados que un piñonate.

—Ya lo veo, ya... Y eso es bueno. Pues Lola, ya puedes levantarte. Este muchachito pronto estará dando carreras por tu casa con una pelota—me miró de reojo.

—La de pelotazos que daba Blanca, no te lo puedes imaginar. Mira que me habrá roto cosas. Y luego llegaba su padre y no había pasado nada. Se lo disculpaba todo.

—Pero si ella dice que no le gusta el fútbol...

—Mamá, me está queriendo hacer el lío.

—Le gusta con pasión, hijo, pero es incapaz de reconocerlo. Y al Atleti lo lleva en el corazón. Eso sí, todavía ni conoce el estadio ese nuevo, que ni me acuerdo del nombre. Yo me quedé en el Calderón, que era el que le fascinaba a ellos, ¿sabes que su abuela les tejía las bufandas? Qué tiempos aquellos...

Mi madre entrecerró los ojos y Félix la abrazó. Ellos compartían un cariño enorme y para siempre hacia mi padre, el hombre al que todos adorábamos.

A la hora de irnos, y dado que éramos los últimos, los despidió y me pidió que me quedase.

—Atleti de Madrid contra Athletic de Bilbao, te lo recuerdo, ¿no es toda una tentación? Y tengo entradas—me miró suplicante.

—No insistas, por favor, yo no he vuelto a pisar un estadio de fútbol desde que mi padre falleció. Es que no puedo...

—¿Y no te parece que ya va siendo hora de ir pudiendo? Por favor, hazlo por mí.

—Es que no puedo, de veras que no.

—¿Y qué te lo impide? Hay que vencer las barreras mentales, Blanca. Tú eres muy fuerte y seguro que lo sabes.

—Es fácil hablar cuando se trata de los demás—suspiré—, pero cuando le toca a uno aplicarse el cuento la cosa cambia.

—Y lo entiendo. Por eso se dice lo de “consejos vendo, que para mí no tengo”.

— Pero es que no me apetece.

—Eso crees ahora, pero nunca has estado en el Metropolitano. Cuando te veas allí, entenderás que merece la pena...

—Es que él no estará a mi lado, ¿no lo entiendes?

—Tu padre siempre está a tu lado, eres tú quien no lo entiende, bonita. Consúltalo con la almohada y mañana me dices algo.

—Te voy a decir que no, ya lo verás.

—Esa no es la actitud, Blanca, ¿no lo haces ni por mí?

—No me pongas entre la espada y la pared, porfi. Sé que nosotras te debemos mucho, siempre nos ayudas.

—No, no, por ahí no vas bien. No quiero que me acompañes por agradecimiento, sino porque te apetezca venir conmigo. Si no es así, lo entenderé.

Me lo estaba poniendo difícil. No me pedía una cita cualquiera, no. Tenía que ser eso. Y a mí me costaba la misma vida.

Me fui a buscar a Desiré y cuando estaba de camino me dijo que acababan de llegar al bar Cristian y Santi.

Todos me animaron un montón y hasta me sacaron las risas. En realidad a mí me apetecía ir, pero era algo que se me hacía muy complicado. Y no sabía si podría vencer esa coraza que me puse, porque el fútbol para mí era algo que iba ligado íntimamente a mi padre.

No voy a decir con ello que me hubiese desligado sentimentalmente. Ni lo veía ni lo practiqué más desde niña, pero sí que estaba al tanto de los logros de los rojiblancos cuando se producían y lo celebraba internamente.

Capítulo 21



Por la mañana, me fui a hablar con mi padre. Sí, sé que puede sonar muy *heavy*, pero quienes estén en mis circunstancias sabrán de qué les hablo.

En aquella ocasión le llevé un ramo de rosas rojas y blancas, como no podía ser de otra manera, y allí me planté delante del nicho familiar, que era de esos que están en el suelo.

—Pues nada, papá, que aquí estoy. Esta vez sí que tengo cosas que contarte, aunque me da que tú las sabes todas porque estoy segura de que nos echas el ojo desde un agujerito—resoplé—. Mamá está embarazada, ¿no es increíble? Y no solo eso, es que se ha hecho novia de Félix, de tu amigo Félix, que no es el de la canción esa antigua de Enrique y Ana. En fin, que están muy contentos y que se acuerdan mucho de ti. No sabes la de veces que sales en conversación. O sí lo sabes, porque debes saberlo todo. Y si es así, ¿qué hago con el partido de esta noche? Papá, que yo no he vuelto a ver jugar al Atleti nunca, ni en la tele ni en ninguna parte, y que Sergio quiere llevarme al Metropolitano. Bueno, Sergio quiere muchas más cosas que esas, pero mejor no te las cuento. Y a mí me apetece, pero me da mucha pena, y yo no sé qué hacer. Es que te digo de veras que no lo sé, ¿por qué no me mandas una señal o algo? Anda, ¿qué te cuesta? ¿A ti te parecería bien que fuera con él? —suspiré.

Sé que puede parecer una locura, pero tiene una explicación, aunque no dudo de que mi padre me envió esa señal. Os cuento: un balón de fútbol llegó hasta mis pies en ese momento. Yo no daba crédito y la verdad, en principio creí que venía del más allá y me quedé atónita, pero luego comprendí lo que había pasado.

—Dani, hijo, estate quieto con el balón, que casi le das a esa muchacha. Y eso por no contar que igual me tiras a mí de la escalera—le comentó su madre a un crío que estaba allí con ella mientras colocaba flores en una lápida a la altura de un segundo piso.

—¿Me la pasas? —me pidió el pequeño, momento en el que no dudé en chutársela y con tal fuerza que le salió un “¡alaaaa!” de lo más simpático.

Con lágrimas en los ojos, volví a mirar al suelo, y le sonreí.

—Gracias, papi. Necesitaba un empujoncito y nadie mejor que tú para dármelo. Vaya con quien vaya, te prometo que siempre te veré a ti a mi lado. Te quiero mil.

Llamé a Sergio y se puso como unas puritas castañuelas de contento. Desde luego que era muy lindo.

—Yo paso a buscarte y te prometo que no olvidarás esta tarde.

—Eso ya lo sé. Todavía no me creo que vaya a hacerlo, pero tengo poderosas razones.

—Me lo imagino, preciosa. Me he alegrado mucho por ti, muchísimo.

—Gracias, eres muy bueno conmigo.

—Es lo menos que te mereces. A ti hay que tratarte muy bien, Blanca.

—Pues estupendo, ¿a qué hora pasas a por mí?

—Temprano, no quiero solo que veas el partido, sino que disfrutes del ambiente desde un buen rato antes.

—Ya, me parece buena idea. Ir para nada no se va. Ya que vamos...

—Vamos a lo grande, bonita.

Me recogió unas horas antes del partido y cierto que no pude disfrutar más de ese rato tan bonito que me regaló, porque estoy segura de que si no hubiese sido por él no me hubiera animado nunca.

Al lado del recuerdo que yo tenía del Calderón, el Metropolitano me resultó imponente, y fueron muchos los lugares de su exterior en el que quiso tomarme fotos para que me sirvieran de recuerdo.

Por fin pasamos al campo y los vellos, todos y cada uno de ellos, se me pusieron de punta. Eran años sin notar esa sensación y me estremecí. Sergio lo notó y me dio un fuerte abrazo.

El partido lo disfrutamos... Dios, cómo lo disfrutamos. Si os digo la verdad, nunca había jaleado tanto a mi equipo y eso que yo soy de las que gesticulo al máximo en cada pase, pero es que aquel día estaba que me salía.

Cuando por fin concluyó, me abracé a él y le di las gracias. Una vez levanté la cabeza que hundí

en su pecho, me encontré con su pícara mirada y con esos esfuerzos que hacía por no abalanzarse para darme un beso.

—Ea, pues ya nos vamos a ir, que si no te pondrás muy tonto—le comenté.

—Sí, pero no creas ni por un momento que te dejaré en tu casa, es que ni lo sueñes. Ahora nos vamos a cenar tú y yo, y no se hable más.

—Vale, pero nada de dejarte un riñón en un restaurante caro y menos a la hora que es... Yo tengo antojo de hamburguesa.

—Pues no se diga más, señorita. Eso está hecho.

No hacía falta más que abrir la boca para que se diese patadas en el culo. A Sergio le gustaba agradarme y esa sonrisilla suya de medio lado mientras conducía le delataba. Por supuesto que él no me miraba como a una amiga.

Nada debía saber de lo de su ex, porque yo le notaba igual que siempre. O igual sí que lo sabía y, simplemente, no le producía ni frío ni calor, ya está.

A mí me podía venir Pablo con cualquier problema, no se lo creía ni él. Pues lo mismo le ocurriría a Sergio, a quien si algo le sobraba era personalidad, aparte de que Mar no tenía por qué ponerse en contacto con él.

¿Y yo por qué me comía el coco pensando en esas cosas? Las dejé de lado y me centré en la hamburguesa con patatas fritas que pensaba pedirme, pues estaba muerta de hambre.

Capítulo 22



—Ni tan mal, ¿no? —me preguntó por la experiencia cuando ya estuvimos cenando y sentados.

Muy detallista, se encargó de pedirlo todo, incluido un helado de chocolate que yo no le pedí y que era mi preferido.

—No, no, ni tan mal. Ha ido genial, de veras, pero no le des muchas vueltas que todavía me cuesta pensar que haya podido hacerlo. Oye, ¿y esto?

—Eso es un helado de chocolate, obviamente—me contestó y cogió una de sus patatas fritas para metérsela en la boca.

—Eso ya lo veo, guapito de cara. Pero, ¿cómo sabías que es mi preferido?

—Me lo dijo tu abuela el otro día. La verdad es que me dio algunas pautas.

—No me lo puedo creer, ¿has sonsacado información a una anciana desvalida?

—Joder, dicho así parece que el malhechor sea yo y no esos dos del otro día.

—Ni me lo recuerdes, que todavía estoy temblando.

—Bueno, según dijo Félix se van a pasar una buena temporada en chirona, ¿no?

—Sí, parece que coleccionan denuncias y la poli al final les ha podido echar el guante bien. Son muchas las víctimas que les han reconocido.

—Pues no veas si me alegro, preciosa. Oye, tienes algo aquí—me señaló a la punta de la nariz y sacó el dedo manchado de ketchup.

—¡¡Has sido tú!! Si yo no he abierto ningún sobre, petardo.

—Me gusta verte sonreír, Blanca. Y me gusta sacarte un poquito de tus casillas.

—Eso no es complicado, soy un poco histérica algunas veces. O al menos eso dicen mis amigos.

—Tus amigos me cayeron sensacional. Un día también podrías venir con los míos—sugirió.

—Vale, vale, ya me lo apunto en el calendario.

—Muy listilla tú, ya te lo recordaré yo mejor, que si no me darán morcillas.

—Pero si te has salido con la tuya, hemos ido al fútbol...

—En eso sí, pero que si yo me saliera del todo con la mía no estaríamos tú y yo ahora aquí precisamente.

—O sí, pero que luego no me llevarías a mi casa, ¿no?

—Vamos a decirlo así—me sonrió.

—Yo no te voy a negar que me pareces muy atractivo, no quiero que pienses...

—Que no quieres nada conmigo, que es la verdad—amplió más su sonrisa.

—Es que eres un tío de los que merece la pena, no alguien de una noche. Y yo ahora no puedo darte más, Sergio.

—Bueno, pues empecemos por una noche, algo es algo.

—No, que no he querido decir eso...

—Pero lo has dicho, ¡sí que lo has dicho!

—Me estás malinterpretando. Yo he querido decir que no haría eso porque mereces más, no que lo hiciera y después saliera corriendo.

—Luego no me deseas.

—Oye, tú lo que quieres es que me coja el toro—resoplé.

—En serio, ¿no tengo ninguna posibilidad?

—Oye, que esto parece un confesionario o algo, ¿me puedes dejar que me coma la hamburguesa en paz? —le pregunté sonriéndole pícaramente, como había hecho él rato antes.

—Si ya casi te la has zampado, ¡sí que tenías hambre!

—Con mi padre siempre cenaba también cuando salíamos del estadio. Y siempre hamburguesa.

—Por eso se te había antojado...

—Sí, por eso. Yo quiero darte las gracias de verdad, Sergio. Nunca creí que volviese a pisar un estadio de fútbol. Sentía como si traicionase su memoria al hacerlo sin él.

—No, bonita, la vida sigue—murmuró mientras me hacía una carantoña.

—Y yo lo sé. De hecho, no sabes lo contenta que estoy porque mi madre haya rehecho la suya, era una cosa mía con el fútbol, algo raro.

—Es que tú tiendes a ponerte corazas, Blanca.

—No, solo esa—maticé.

—¿Y la que llevas puesta ahora con el tema de los hombres? Porque leo en tus ojos que tú quieres algo más conmigo. No me aventuraría a decirte que tanto como yo contigo, pero sí algo. Y yo sé que eso puede ser un comienzo.

—Ya hoy has sacado mucho de mí, no tienes tanto a la suerte—le pedí.

—No sabes cuántas tentaciones me produces, Blanca, cuántas...

—Y tú no sabes lo que te conviene si sigues contándomelo. Come y calla, porfi. Y tú sí que tienes algo aquí.

—No, no te vas a quedar conmigo. Por desgracia—rio.

—Que no me estoy quedando contigo, que es verdad. Calla un poco—le pedí mientras retiraba algo de salsa de la comisura de su labio, un gesto que me dejó como expuesta ante sus ojos y que culminé con un mordisquito en el mío inferior, propinado por mis dientes, de lo muy atraída que me sentí por él.

—En cuanto terminemos nos vamos a bailar, que lo sepas.

—Ni en broma, que tú lo que quieres es liarme—le contesté.

—El problema no es ese. El problema es que con todo esto te estás liando tú solita, dime que no es verdad.

—Tú eres un poco pájaro y cuco.

—Ya, ya, pero vamos a bailar, que lo sepas.

Y fuimos, y nos echamos unas risas tremendas. Y sentí cómo se me ponía la piel de gallina cuando él apoyaba sus manos en mi hombro y en mi cintura.

Y tuve que echar mano de todo tipo de argucias para no terminar besándole, porque yo estaba muy escarmentada de los hombres y no quería una nueva relación. Y Sergio no era para usar y tirar. Sergio era para quedártelo, para quererlo y para muchas otras cosas que yo no me podía plantear en ese momento.

El pub en el que estábamos no estaba mucho de mi casa, por lo que me acompañó caminando para luego volver a por su coche e ir a la suya. Tras el partido, elegí una hamburguesería del barrio porque era de mis preferidas, y de ahí la cercanía.

Caminaba con él, entre risas, cuando me crucé con Esteban. Iba solo y evidentemente borracho, porque andaba en zigzag, ¿dónde estaría su nueva novia?

Al verme, levantó la cabeza y me habló con lengua de trapo, porque ni articular palabra podía.

—Dile a tu madre que tengo que hablar con ella, Blanca—le entendí a duras penas.

—Creí haberte dejado muy claro que no te acerques a ella ni loco, Esteban. Y que sepas que ahora está con Félix, un hombre que la quiere y la respeta como ella se merece.

—Eso te lo estás inventando para hacerme daño, Blanca. No me lo hagas.

—¿Para hacerte daño? ¿Tú de qué vas? Mira, me haces el favor y no me vuelvas a dirigir la palabra en tu vida, cabronazo—le dije mientras salí andando.

Capítulo 23



El domingo a media mañana bajé a por el pan. Félix venía a almorzar con nosotras y mi madre estaba preparando una deliciosa paella de marisco.

Al pasar por delante de la casa de Esteban, comprobé que había quitado el cartel de “Se vende” y eso me jodió. Hasta ese momento no me dio por fijarme, si bien todo lo sucedido la noche anterior me dio que pensar.

Victoria, una vecina muy cotilla que pasó en ese momento, me pilló mirando hacia arriba. Era obvio que nadie sabía nada de que Esteban estuvo con mi madre, por lo que ella debió pensar que eran otros los motivos por los que me quedé allí pasmada.

—Si estás mirando por el piso, ya no lo vende—me comentó.

—Sí, sí, es que he visto que ya no está el cartel—le di carrete para que se le soltase la lengua.

—Es que ya se ha vuelto a quedar solo y por eso. Para mí que era ella la que se lo quería llevar del barrio, con esos aires que ha tenido siempre.

Me quedé inmóvil porque la chica dominicana debía estar recién aterrizada en España y ella hablaba como si la conociera de toda la vida.

—Ah, pues ni idea, ¿de quién me hablas, Victoria? Que yo no te quiero entretener, ¿eh?

Ya sabía que solo con decirle eso me la tenía ganada, con lo mucho que le daba a la lengua.

—Tranquila, si yo los domingos no cocino. Paco va siempre por un par de pollos asados para almorzar y así estamos más libres para entrar y salir.

—Ah, vale, pues entonces me quedo más tranquila, ¿y de quién me hablas entonces?

—De su exmujer, de quién va a ser... Que yo se lo dije cuando se volvió con ella, que ni se le ocurría, que le iba a joder la vida otra vez. Pero él ahí, pico pala, pues nada, que ahí lo lleva. Anoche le vi llegar borracho. Y no es la primera vez en los últimos días. Yo no sé a qué volvió ella, igual a sacarle otra vez hasta la cerilla de los oídos, porque desde luego que para quedarse con él no ha sido. A la vista está.

—Pero si a mí me habían llegado campanas de que él estaba con una chica de fuera, ¿tú no te estarás equivocando?

—¿Él con otra? Ni de coña, le saca ella los ojos, vamos. Yo no sé qué se traen esos dos, pero debe ser como un culebrón. Nada más que hay que ver las idas y venidas de la señorita. Andando le aguantaba yo a Paco eso. La primera vez que se fuese, colocaba un cañón en la puerta por si volvía, niña—se echó a reír.

—Pues algo le debe compensar, ¿no crees?

—Yo qué sé, hija, será una fiera en la cama la tía, porque guapa no es que sea precisamente, y simpática menos, que no la mira nadie en la comunidad.

A la ex de Esteban debieron cortarla con la misma tijera que a la de Félix, que también era de armas tomar. Pero a diferencia de este último, cuya vida estaba muy clara y presumía de su relación con mi madre por allí por donde iba, la de Esteban parecía muy turbia.

¿Por qué le diría a mi madre lo de su relación con esa otra chica cuando lo cierto era que había vuelto con su ex? ¿Y cómo es que volvía cuando sabía que ella le podía plantar de nuevo en cualquier momento como así fue?

Yo no entendía nada y lo malo era que todos vivíamos en el mismo barrio y que ya era raro que a mi madre no le llegasen campanas. Supongo que sería porque pasaba totalmente de él y porque le prohibió volver a hablarle.

Si os soy sincera, yo estaba mucho más tranquila pensándole con una nueva ilusión que en el estado en el que estaba, porque si lo de coger la botella se convertía en una costumbre, al final todos hablarían de él y llegaría a oídos de mi madre.

Yo no dudaba de su amor por Félix, pero ella era muy sentida y se trataba del padre de su hijo. Mierda, ojalá hubiese vendido el piso para marcharse del barrio y no que nos lo tendríamos que comer con patatas.

Pensaba en todo ello cuando me sonó un WhatsApp y era de Sergio, que me proponía plan para la tarde, sacándome una sonrisa.

Estuve a punto de zafarme porque no quería confundirle y, aun así, no lo hice. Al final, accedí a ir a merendar con él. Me hablaba de un lugar muy bonito con una puesta de sol alucinante que le

gustaría compartir conmigo. Y me ensimismé tanto que terminé subiendo a casa y sin el pan.

Entre unas cosas y otras, se me había olvidado. Y mi madre no podía hacer más que reírse.

—¿En qué estarás pensando tú, hija de mi vida?

—Pues en qué va a pensar, Lola, en Sergio, ¿no la ves? Tu niña lo niega, pero se le están poniendo ojitos de enamorada, yo se los veo—añadió la abuela.

—Pues yo lo único que veo es que cada día te defiendes mejor con las muletas, abuela. De aquí a nada irás como un tiro.

—Sí, a mis años, iré como un tiro de mierda—rio.

—Si estás en la flor de la vida, abuelita.

—Tú sí que estás en la flor de la vida, Blanca, a ver si la aprovechas, que pasa en un soplo.

Capítulo 24



Sergio pasó a recogerme y yo estrené un traje primaveral en verde kaki que combiné con unos botines de serraje de esos calados.

—Qué guapa estás, preciosa—me dijo al verme.

—Gracias, cuánto halago junto. Oye, ¿se puede saber a qué viene esto de que saliéramos anoche y hoy otra vez? —le pregunté como quien no quiere la cosa.

—Pues a que tenía que intentarlo. Y si ya me sale, como ha sido el caso, mejor que mejor. Oye, a ti te preocupa algo, no te veo tan sonriente como de costumbre, ¿es por lo que pasó anoche con el tipo ese? Menudo pedal llevaba el tío.

—Es por eso y por más cosas, resulta que cuando dejó a mi madre plantada fue para volverse con su ex, le mintió.

—¿Con su ex? Pues segundas partes nunca fueron buenas—me aseguró.

Yo me sentía un poco culpable al no contarle que la suya también estaba de vuelta. De todos modos, no me competía a mí meterme en eso y menos cuando sus primas decidieron no decirle nada.

—Eso mismo opino yo. Y poco le ha durado. Por lo visto se ha ido y se comienza a decir que se ha refugiado en la botella.

—Indicios hay, desde luego. Una cosa es beberte unas cuantas copas para olvidar y otra muy distinta perder el control de ese modo. Ese hombre no está bien, es evidente.

—Yo no sé qué le habrá pasado, aunque puede que el karma se encargase. Para que vieras a mi madre cuando vino de hablar con él... Parecía una virgen. A ver, una virgen no, que está embarazada por segunda vez, pero que tenía la cara...

—Ya, con mucho dolor, me lo puedo imaginar.

—Eso, que parecía la Dolorosa. Y mírala ahora, que está feliz con su nuevo novio.

—Sí, está que vende felicidad, y con esa barriguita creciendo por días. Oye, ¿y le vas a contar lo de Esteban?

—Yo es que no me atrevo a abrir el pico por si se altera con todo, que no quiero más sustos.

—Pero si él sigue viviendo aquí en el barrio se dará de bruces con ella en cualquier momento. Y por lo que dijo ayer, no es descartable hasta que trate de llevársela de nuevo a su terreno.

—Que lo intente, que hasta entonces no tendrá un problema. A mi madre que la deje, que bastante ha sufrido ya en la vida.

—Lo entiendo y no quiero aguarle la fiesta, pero es el padre del bebé y podría querer hacer valer sus derechos.

—Eso sí que me jode, ¿ves? Ojalá no lo hubiera sabido nunca, porque como quiera acercarse a ese niño yo no respondo.

—Bueno, tampoco te alteres tú. Oye, ¿cuándo pensabas decirme que el finde que viene es tu cumple? Blanca, que me he tenido que entrar por Paloma.

—Oye, que parece que estamos en el Rocío, por lo de Blanca Paloma—reí.

—Anda, pues ni cuenta me había dado. Será porque estoy dándole vueltas a qué podríamos hacer ese día para que sea especial.

—Oye, que no me has preguntado si ya tengo planes ni nada, listo.

—Pues mejor, si los tienes me uno y ya está, ¿o es que planeas excluirme de tu celebración? —me preguntó poniendo un gracioso puchero.

—Si yo no tengo nada pensado. Con tanto jaleo como traigo, podría hasta haberseme olvidado.

—Pero dudo que en tu casa hubiese pasado debajo de la puerta, la verdad.

—No, no, eso es verdad. Siempre lo celebramos desde el desayuno, tomándonos una copa las tres. Y de ahí para adelante, todo lo que caiga. Este año mi madre tendrá que brindar con agua, es lo que tiene.

—Vas a ser una hermana mayor fabulosa, ¿tú te has planteado tener hijos?

—Lo tuyo es deformación profesional, Sergio—le vacilé.

—No te lo estoy preguntando como ginecólogo, si es eso lo que quieres saber.

—No, si aquí el único que quiere saber cosas eres tú, que pareces de la CIA.

—Pero eso es porque me preocupo por ti. En tu caso, como pasas de mí, te da igual todo sobre mi vida.

—Eso no es verdad—negué con la cabeza.

—¿No? ¿Entonces no pasas?

—Eso sí, no es verdad lo otro. Yo también me preocupo por ti.

—Pero será muy poquito, porque lo disimulas muy bien.

—Ya vale, ¿no? Que no paras de meterte conmigo—le di un pellizco en el costado y él me devolvió otro, en su caso en la nariz, haciendo la típica broma como si se la llevara.

Me invitó a merendar en un lugar situado en la carretera, con una amplia terraza y muy mágico, con una panorámica de la sierra que era para enmarcar.

Estábamos muy a gusto, alejados de todo e invadidos por el relax. Con Sergio encontraba diversión y calma a partes iguales. No era fácil congeniar con alguien como lo hacía con él. Siempre tenía la palabra adecuada para mí y se estaba convirtiendo, lo admitiese yo o no, en imprescindible en mi vida.

A la hora en la que el astro rey se despidió, él le dio la vuelta a mi silla para que pudiese contemplar mejor ese espectáculo del que tanto disfrutamos, colocando sus manos sobre mis hombros. Y a mí... A mí se me escapó un ligero suspiro que, sin duda, supo interpretar, porque miré hacia arriba y su sonrisa no podía ser más amplia.

Permanecimos un rato allí, callados, una vez que el sol se escondió. Él no retiraba sus manos de mis hombros y yo no quería que lo hiciese. El silencio imperaba en aquella terraza en la que nos encontramos solos.

Un par de horas más tarde ya estaba de vuelta en casa tras un nuevo fin de semana de descubrimientos y emociones. Estaba viviendo un momento de mi vida muy agitado y, a la par, muy sorprendente.

Me acosté y tardé en conciliar el sueño mientras seguía notando sus manos sobre mis hombros, como si permaneciese conmigo.

Capítulo 25



El viernes siguiente, todos mis amigos estaban muy callados, incluido Sergio. Y como a las doce de la noche ya era mi cumple, yo me olí que habría fiesta sorpresa.

—Oye, Palomita, tú no sabrás nada sobre algún plan para esta noche, ¿no? —traté de sonsacarle.

—¿Un plan? Chica, yo es que no puedo con mi vida esta semana, me quedo en casa fijo.

—Ah, vale—le dije y ella me miró de reojo, sabiendo las dos que había gato encerrado en su respuesta y en mi reacción.

A la hora de salir, me encontré con una sorpresa que no esperaba. Y si digo que me resultó agradable, miento, más que nada porque a mí Eugenio no me gustaba y no quería líos con gente del trabajo. Que no es que estuviese mal, pues tenía su atractivo, pero no era mi tipo para nada. Y encima me sacaba un puñado de años.

Paloma ya se había ido y yo me tuve que quedar archivando unos documentos. Me marchaba ya cuando me di cuenta de que solo quedábamos los dos en la clínica, puesto que Lorena y el resto del personal se fueron también rato antes.

—Felicidades, Blanca—me comentó y me volví un tanto sorprendida.

—Si ya me lo dijiste antes, cuando salió Lorena con la tarta. Qué encanto de mujer, no deja pasar ni una fecha señalada. Lo hemos celebrado por adelantado.

—Sí, es una buena chica, pero tú eres una muy especial—me espetó.

—Vale, bueno, pues no sé qué decir... Supongo que gracias. Yo es que ya me iba.

—Muy bien, imagino que tendrás que celebrar, pero espera un minuto, por favor—me pidió mientras entraba en su despacho y salía corriendo de nuevo hacia mí.

—¿Y esto? No, Eugenio, por favor. No tenías por qué hacerlo...

—No es nada, tan solo un detalle, Blanca—repuso mientras yo sostenía su regalo entre mis manos.

—Sí que es algo, hombre, claro que lo es. No tenías que haber gastado, de verdad—le dije apurada.

—Si no es nada, tan solo un detalle—insistió.

—Ya veremos el detalle—le contesté de modo reprobatorio porque si yo iba con cautela con Sergio, que me molaba, no digamos ya con un tipo con el que no pensaba tener nada y que era la mano derecha de Lorena, mi jefa.

—¿Te gusta? —me preguntó al abrirlo.

—Pero Eugenio, yo esto no puedo aceptarlo. No es un detalle, es un regalazo—le comenté viendo el envase grande de mi perfume favorito, el que usaba de siempre en las ocasiones: Addict de Dior.

—No, de ninguna manera, yo no puedo devolverlo y es que no quiero, Blanca. Sé que es tu preferido.

—¿Y tú cómo sabes eso? ¿Paloma se ha ido de la lengua? La madre que la trajo al mundo, ya le diré tres cositas bien dichas.

—Tú dile lo que te parezca, que yo en eso no me puedo meter, pero la pobre Paloma no ha sido. Simplemente lo sé porque te he olido algunas veces, cuando de aquí te has ido directa para cenar o algo. Vaya, cuando te pones todavía más guapa de lo habitual. Y mira que ya es difícil.

Me estaba tirando la caña. Eugenio lo hacía y yo no sabía por qué agujerito escaparme, ya que la situación me resultó realmente incómoda.

—Bueno, sí que eres observador, Eugenio. Si no lo vas a coger, me lo llevo. Gracias, pero...

—Sin peros, mujer. Es que tú y yo no hemos hablado demasiado, pero soy un tío muy llano y me gusta tener un detalle con quien se lo merece. Si quieres, podríamos quedar un día y nos conocemos un poco mejor—se aclaró la voz.

—Eugenio, que me tengo que ir, que muchas gracias—corrí que me las pelaba sin darle ninguna respuesta a ese ofrecimiento con el que no estaba en absoluto de acuerdo, puesto que yo con él no pensaba quedar para nada.

—Pues nada, mujer, pero piensa en lo que te he dicho, ¡y felicidades de nuevo!

Llegué a mi casa que trepaba. Y eso que mi madre se lo tomó a chufía. Y mi abuela todavía más.

—Blanca, menudo tarro de perfume, nieta. Que si tú no lo quieres me lo pongo yo para cuando vaya al programa ese de la tele a buscar novio.

—Ay, abuela, al “First Dates”, capaz eres...

—Mira lo que dice la niña, Lola. Pues claro que soy capaz, que yo con esto del tirón me he dado cuenta de que un día estás aquí y el otro rindiéndole cuentas a San Pedro, que un poco más y me matan esos dos niños. Y encima se presentan luego aquí con la intención de darme más, ¿es que se creen que soy una estera?

Hay muchas maneras de tomarse las cosas y mi abuela, todo lo que no fuera la desgracia de su hijo, se lo echaba a la espalda. Ella había aprendido lo que es importante y lo que no, ya que la vida se lo enseñó de la forma más cruel posible. Mi madre también me dio su punto de vista.

—Hija, es que tú estás que te sales. Te van a sobrar los pretendientes con lo guapísima que eres y lo bonito que tienes el interior. Al final, la culpa será mía que di a luz un bombón en vez de una niña.

—Mamá, hablando de bombones, que el embarazo te está dando por el chocolate, no te creas que no me he dado cuenta de que te pasas el día con la bolsita de ellos en la mano.

—Es que la culpa la tiene Félix, que me mimaba mucho. Y tú venga a arreglarte, que digo yo que habrás quedado para salir, ¿no? Que a las doce es tu cumple, ya te mandamos luego un audio para felicitarte.

—Es verdad, Blanca, luego te cantamos el “Cumpleaños Feliz”, yo ya me voy a ir aclarando la voz con un culillo de anís que me voy a tomar a tu salud, que no todos los días cumple una nieta 30 años.

—Abuela, no se te ocurra, que estás con la medicación, ¿es que ya no te acuerdas?

—Niña, por eso he dicho un culillo, ¿tú te crees que me voy a echar la botella de anís a pecho?

—Mamá, por Dios, vigila a la abuela.

—Que sí, hija, y tú ve a arreglarte ya...

—Muchas ganas tienes tú de que me vaya, ¿a que sabes algo? —le pregunté poniéndome delante de ella.

—Yo lo único que sé es que contigo se partió el molde, qué guapísima eres.

—Pues déjate de tanto partir, que tienes otro bebé en camino y seguro que también quieres que te salga bonito.

—Bueno, puede ser de dos maneras: bonito o gracioso.

—O sea, que si es feo, te decimos que es gracioso, ¿no? Ay, mamá, cómo te va a salir a ti nada feo con lo requeitebonita que eres.

—Tú sí que eres bonita, Blanca, mi amor. Y venga, corre.

En teoría yo solo había quedado con Desiré. Estaba estrenando para la ocasión un precioso short blanco con sandalias de tacón de aguja en negro y un top lencero, todo de lo más sexy. Y de esa guisa llegué al local en el que se suponía que solo me encontraría con mi amiga.

Capítulo 26



Una vez entré por la puerta, no hace falta decirlo, ¡¡Sorpresa!!

Eso fue lo que me chillaron todos y no dudé en correr hacia ellos a abrazarlos. Sin embargo, me resultó muy extraño que no estuviese Sergio, cuando sí que estaba Paloma.

Los fui besando y ya sabía yo que me la liarían en cuanto dieran las doce, porque Benito, el dueño del local, era amigo y seguro que apagaban las luces, soplaba las velas y me cantaban. No sería la primera vez, pero sí que muy de agradecer.

Paloma me notó un poco extraña y con ella me sinceré.

—Oye, creí que igual venía Sergio—le comenté.

—Pues no sé, chica, la verdad es que no paras de hacerle cobras, aunque sean metafóricas, e igual el pobre prefiere ya alejarse un poco para no hacerse ilusiones en vano. No le culparía por ello, a nadie le gusta sufrir por amor.

—Ya, claro. Oye, tú no crees que esté con Mar, ¿verdad?

—Yo espero que no, nosotras no le hemos dicho nada, ¿tú te has ido de la lengua?

—No, cómo voy a hacer eso si me advertiste...

—Porque se te pudo pasar, chica, a cualquiera le puede ocurrir. Venga, va, déjate ya de tontunas, ¿has visto cómo vienes?

—Oye, ¿y tú no te ibas a quedar en casa? Mira que tendrás morro, yo es que no sé a santo de qué te pregunto nada.

—Eso digo yo, cómo si te fuese a responder la verdad. Bueno, bonita, que esta noche tienes que disfrutar a tope, ¿vale?

—Sí, claro. Cambio de cifra, me da un poco de vértigo.

—Pero eso no es por los años que cumples, sino por esos taconazos que me llevas.

—Oye, pues tú tampoco te quedas atrás. Vienes guapísima, Palomita.

—¿Y a nosotros no nos dice nada? Si hasta nos hemos puesto pajarita y tirantes por ti, ¿no estamos glamurosos? —me preguntó Cristian.

—Vosotros estáis divinos, cariño. Y mi Desiré también.

—Eso ya lo sé yo—me contestó mi amiga—. Venga, menos cháchara y una buena ronda de chupitos, que tenemos mucho que celebrar.

Teníamos que celebrar la vida y no era poco. Un nuevo año, no pocos cambios, un hermano en camino, un novio inepto menos... Unos que iban y otros que venían, aunque quien me dio la impresión de que se había esfumado era Sergio.

Quién sabía, quizás hubiera conocido a alguien en esos días o se hubiera citado con una de las muchas pacientes que su prima me decía que hacían cola para tener una cita con él. En fin, que aunque estaba contenta porque la noche pintaba bien, le extrañé.

Tras la segunda ronda de chupitos, que eran unos que Benito nos preparó para la ocasión y de lo más diabólicos, me puse un poco melancólica y saqué el móvil.

—¿Y si le digo a tu primo que venga, Palomita? A mí es que me apetece.

—Pues hazlo. En pocos minutos cumples años...

—Pero es que él lo sabe. Y me extraña que no esté aquí, yo creía que estaría.

—A ti es que Sergio te ha tenido muy consentida para el poquito caso que le has hecho.

—Oye, que hemos salido algunas veces. Y si te digo la verdad, he tenido que echar el freno para no besarle.

—¿Y a ti eso te parece normal? Lo de echar el freno, mujer. A tus años y con las ganitas que le tienes, porque si estoy mintiendo que me parta un rayo ahora mismo.

—No, no estás mintiendo, pero aunque lo hicieras no debería partirte ningún rayo, porque estás

muy guapa.

—Vale, pero no me lo digas más y escríbele a mi primo, no sea que al final me pongas ojitos a mí.

—No, no—moví el dedo en horizontal varias veces—. Tú estás jamona, no te digo que no, pero a mí lo que me gustan son los tíos. Y es más, no es que me gusten los tíos es que, ¡me gusta tu primo!

—Alabado sea Dios, ¡otra ronda de chupitos para celebrarlo!

Ya iban a dar las doce y, mientras ella pedía, yo saqué mi móvil para escribirle a Sergio. Por mucho que quisiese correr, eso sí, ya no estaría allí para felicitarle, pero igualmente quería verle.

Justo le estaba escribiendo cuando apagaron las luces de la sala. Aún faltaban unos minutos para las doce, por lo que se me hizo raro. Entonces Paloma me levantó la barbilla y me indicó que mirase al escenario.

—Ese es tu regalo por adelantado, disfrútalo.

Yo es que no me lo podía ni creer. Uno de los días que salí con Sergio le comenté que me encantaba la canción “Back in Black” de AC/DC, un tema muy mítico y cañero y sí, que me molaba cantidad.

Sergio estaba encima del escenario, ¿iba a hacer lo que yo pensaba que iba a hacer? Pues parecía que sí, bailármelo en plan sensual como si fuese un estríper profesional, porque de hecho salió ligero de ropa y lo cierto es que él solito disparó la temperatura de la sala en cuestión de segundos.

Por Dios que no era posible, ¿cómo se podía tener tanta gracia? Las chicas vibraban con la sensualidad de sus movimientos y yo... Yo estaba al borde de que me diera un patatús, pues era impensable lo que me estaba sucediendo.

Ya podía haber imaginado, ya, que en ningún caso habría acertado con un regalo tan original y rompedor. Y menos que viniese de un reputado ginecólogo como él, con la apariencia de formalidad y seriedad que daba en su consulta.

El contraste era total y a mí el corazón me iba a mil, y más cuando él no paraba de mirarme y de guiñarme el ojo y, ya casi al final de la canción, me pidió que me subiera al escenario para bailar la última parte juntos.

Cuando terminó, con solo el tanga encima, se echó a reír y me abrazó.

—¿Y yo qué hago ahora contigo? ¿Me lo quieres contar? —le pregunté en alto.

—¡Comértelo! —chilló Desiré.

—¡O por lo menos comerle los morros! —añadió Paloma.

—Eso, eso, ¡¡que se besen!! —corearon los chicos.

—Lo están pidiendo nuestros fans, no podemos decirles que no—le sugerí con picardía yéndome hacia él y dándole un besazo en los labios.

La sala al completo comenzó a aplaudir y, mientras nos besábamos, sí que apagaron las luces, pues habían dado las doce.

—Felicidades, cielo—murmuró mientras los demás subían también al escenario con una tarta y las velas encendidas para que yo las soplasé.

—¡¡Muchas felicidades, Blanquita!! —me chillaron todos.

—Gracias, esto sí que ha sido una sorpresa...

—Pero si todos los años te encendemos las velas, petarda... Ah, ya, lo de él—bromeó Desiré—. A mí me hace un tío un bailecito así y se lleva el premio gordo esta noche, yo lo dejo ahí, por si te puede dar alguna idea.

—Madre mía, ya vais a empezar...

—Déjala, que a mí me mola su idea. Decidle algo más, venga—les pidió Sergio.

—Pero decídselo rápido, ¡¡¡que todavía no ha apagado las velas!!! —exclamó Cristian, quien sostenía la tarta y veía cómo se iban derritiendo.

—Pide un deseo, Blanca—me sugirió Sergio.

—Deseo que todo sea tan bonito como lo parece esta noche y sí, Palomita, ahora es cuando me dices que soy un poco cursi.

—¿Paloma sola? Eso te lo digo yo también, so cursi—añadió Desiré antes de que soplasé.

Habían creado un momento de lo más chulo y, sobre todo, Sergio porque la originalidad de su regalo estaba fuera de toda discusión. La verdad fue que se lo curró y juntos bajamos del escenario de la mano.

—Te dije que lo del baile te saldría bien, primo—le comentó Paloma muy contenta.

—Soy víctima de un complot. Sabéis que yo no quería, pero entre todos me habéis echado en sus brazos. Vosotros mismos—les comenté.

—Libro de reclamaciones no tenemos, nena, así que lo tomas o lo dejas—me aclaró Santi.

—Ella ya no puede dejarlo aunque quiera, ¿no veis la carita con la que le está mirando? Ay, qué bobita eres—me cogió Desiré por los mofletes.

—Guapa, que entre cogerme así y las cosas que me dices, voy a parecer la tonta del bote.

—¿Tonta del bote? Eres la reina de la fiesta, ¿cómo se te ocurre venir tan guapa? Yo estaba detrás del escenario y casi sufro un síncope al verte—añadió Sergio.

—Oye, primo, te lo pregunto a ti porque eres médico, ¿los síntomas del síncope provocan empalmes? Te lo digo porque va siendo hora de que te cubras o a más de una se le va a hacer la boca agua—le comentó Paloma muerta de la risa.

—La madre que te parió, trae, que no me había dado cuenta.

—Pues yo sí, pero bueno, lo he tomado como otro regalo de cumpleaños—me burlé.

—¿Alguien más va a añadir algo? —nos preguntó él.

—Que si nos harías a nosotros también un bailecito por nuestra fiesta de inauguración de piso que, sin ánimo de robarle ni un ápice de protagonismo a la cumpleañera, ¡nos vamos a vivir juntos! —nos anunció Cristian.

—Eso, hemos alquilado un ático con una pequeña terracita, y ¡hay fiesta de inauguración seguro!
—exclamó Santi, que estaba igual de emocionado.

—A mí me parece muy bien, pero este ha sido un regalo exclusivo para mi chica, no me veo yo de esta guisa ahora todo el día, la verdad.

—Salvo que ella te lo pida, ¿me equivoco? Cariño, le tienes que convencer, que habrá mucho gay suelto y la vamos a liar, menudo cachondeo—me insistió Cristian.

—Que no, hombre, que no, que contratéis a un profesional—decía Sergio mientras aprovechaba para rodearme con sus brazos por la cintura, momento en el que noté esa masculinidad suya que se resistía a bajarse y que debía lucir en todo su esplendor bajo el tanga.

Enseguida pedimos otra ronda de chupitos y, a la hora de brindar, Paloma tomó la palabra: ¡Por mi primo y por mi mejor amiga! ¡Y porque follen como leones esta noche! —soltó,

desmelenándose, porque ella nunca había sido tan atrevida y de pronto no había quien la reconociese.

Yo le miré a los ojos y él a mí... Era de lo que teníamos ganas, por supuesto, si bien antes disfrutaríamos de una noche de celebración en la que iríamos calentando motores, puesto que tras el consabido “Cumpleaños Feliz” comenzó a sonar la bachata más sensual y, ya vestido, Sergio se dispuso a darlo todo, lo mismo que yo.

Si había esa química bailando, no me quería yo imaginar la que habría en la cama. Lo había logrado, Sergio había logrado que cayera en sus brazos y yo lo miraba con unas ganas irresistibles de que esa increíble noche no terminase, de que nos regalase muchas más alegrías.

Capítulo 27



La fiesta terminó, pero solo la pública, porque en lo tocante a la privada, esa no hizo más que comenzar cuando por fin recalamos por su casa.

Yo no salía de mi asombro por lo que estaba haciendo, ¡al final me liaba con Sergio! Y no solo para echarle un polvo, por supuesto que no. El lío estaba servido y era para algo más, para mucho más.

A lo justo cerró de una patada la puerta de entrada conmigo en brazos.

—Oye, ¿no me vas a hacer otro bailecito ya solo para mí? —le pedí entre bromas mientras él me miraba y negaba.

—No hay más bailecitos que valgan por esta noche. Ahora ya pasamos a otro nivel—me respondió sugerente mientras metía la mano por debajo de mi top y comenzaba a amasar mis senos de una forma que ya me indicaba que entre nosotros la cama sería de locura.

Justo a ella, a la cama, llegamos... Yo en sus brazos, en esos en los que me sostenía mientras la visión de sus labios me hacía suspirar. ¿Cómo no iba a empezar a quererle si me resultaba tan atractivo y encima era un verdadero amor conmigo?

De lo más excitada, me dejó sobre el colchón y comenzó a quitarme el resto de la ropa, puesto que mi top ya había volado camino de ese dormitorio suyo que nos serviría como escenario para nuestra primera noche en común.

Yo jadeaba y él no hacía más que acariciarme por todos lados, de una manera que me producía un total morbo, hasta el punto de que me notaba increíblemente lubricada. Sergio también lo notaba porque entre su repertorio de caricias se encontraban algunas que ya estaban explorando mis partes más íntimas, produciéndome mucho placer mientras entrecerraba los ojos. Él me miraba con deseo, con un enorme deseo que me hacía humedecerme más. Y encima es que su cuerpo me ponía mucho, muchísimo, incluidos esos pelitos en el pecho que me resultaron tan

varoniles, porque cada una tiene su gusto, y a mí los tíos totalmente depilados y sin un vello como el Ken de la Barbie, como que no me van.

De Sergio me gustaba todo y más cuando esas caricias tan íntimas me iban llevando al borde del frenesí. Su forma de estimularme me estaba volviendo loca y mi rosado clítoris se hinchó al contacto con la yema de sus dedos.

No tardé en sentir esas palpitaciones intensas en el pecho que te indican que el final está cerca y que un torrente caluroso está a punto de emanar de ti. Para cuando lo hice, él se agachó porque quiso beber de él, volviéndome a estimular con su lengua y haciendo que me temblasen hasta las pestañas.

Eran muchas las expectativas que me había ido creando en las horas previas a ese encuentro sexual, pero todas ellas serían superadas, eso me estaba quedando meridianamente claro en esa primera toma de contacto que dio el pistoletazo de salida a la que sería una noche memorable.

Sergio iba a más, sus ganas de hacerme disfrutar se hacían patentes y ya con su cuerpo desnudo y con mi vagina todavía vibrando a consecuencia de las intensas contracciones que me produjo el orgasmo, comenzó a hurgar con sus dedos en mi interior y ese juego me llevó nuevamente al abismo de la locura, chillando para él como si no hubiese un mañana, como si todo comenzase y terminase en una cama en la que me derretí, porque lo cierto es que me derretí en sus manos y para él; me derretí de un modo que no es fácil de explicar con palabras, pues ya digo que la complicidad fue total y que él me entregó sobre el colchón el más excitante de los regalos de cumpleaños que pudiera haber soñado.

A la hora de penetrarme ya me había corrido por segunda vez, por lo que mi vagina lampaba porque entrase en ella. Cien por cien sensual, porque lo era, se colocó delante de mí y me fue penetrando poco a poco, disfrutando del contacto con cada uno de los milímetros de mi piel, notando cómo me erizaba para él, cómo me entregaba y cómo llegaba incluso a ruborizarme.

Me encantaba, me encantaba la forma en la que me lo hacía y en la que yo me entregaba como si fuese una pipiola, esbozando para Sergio una amplísima sonrisa, una sonrisa que iluminaba la suya.

Sentirle dentro de mí supuso toda una experiencia y para ambos, ya que ninguno de los dos quería renunciar al placer de vivir aquello en todo su esplendor. Sergio era un amante de lujo, uno de esos que te hacen temblar de pies a cabeza y disfrutar del sexo de un modo descomunal, hasta sus últimas consecuencias.

Cuando hubimos acabado, y en espera de repetir, me abrazó. Fue un abrazo muy íntimo durante el cual me regaló un beso tras otro, ¡si hasta me llegó a besar la frente!

—Eres un brujo, eso eres tú—afirmé sonriente.

—Me han llamado muchas cosas en mi vida, pero esa es la primera.

—Pues ya te digo yo que lo eres, brujito, ¿a quién se le ocurre hechizarme así? Ahora ya he sucumbido.

—Y mira que te has resistido, pero al final no te ha valido de nada.

—¿Me estás queriendo decir que eres irresistible?

—¡Dios me libre! Aquí la única irresistible eres tú. Lo que te estoy queriendo decir es que te comería a bocaditos pequeños. Ah, y que estábamos predestinados a que esto fuese así, muñeca, eso también.

—Tú sí que eres un muñeco.

—El Ken ginecólogo—rio.

—No, no, que tú tienes tus pelitos, ¡y bien que me gustan!

Capítulo 28



Me desperté y él me miró con cariño.

—Así que la cumpleañera ya está en el mundo. Felicidades—me dio un beso.

—Sí y tengo que volver a mi casa porque es costumbre que desayunemos juntas el día de mi cumple. También que nos tomemos un chupito de algo, aunque mi abuela igual lo hizo anoche y mi madre este año no puede. Para mí que tendré que hacer chupitos de Cola Cao—reí.

—A ti te veo más cara de cafetera, ¿quieres un cafecito y después te acerco?

—Por favor, pues claro que sí, ¿conoces a alguien que pueda decirle que no a un buen cafecito mañanero? A alguien que esté en sus cabales, me refiero.

—No, a nadie, preciosa. Pues espera y te lo traigo a la cama. Y ya de paso te preparo algo más.

—No, en serio, he de desayunar con ellas, se lo prometí. Es como un ritual y no quiero fallarles.

—Por supuesto que no, pues marchando ese cafecito.

Como me lo prometió, me lo trajo a la cama. Y no me lo dio él mismo de milagro. Después me dejó en la puerta de casa y quedamos en que nos veríamos esa noche para cenar, pues yo quería almorzar con ellas.

Entré y mi madre me echó una risita de esas bien cucas.

—No pienso darte explicaciones porque ya te estás riendo y todavía ni he abierto el pico. Pues no digo nada, de veras que no lo digo.

—Hija, si a mí me parece genial. Cuando me enviaste el mensajito de que pasarías la noche con

él casi me echo a bailar por sevillanas. Y a tu abuela tuve que quitarle la botella de anís de la mano, que quería celebrarlo a lo grande.

—Ay, abuela, mira que tienes peligro—la miré con cariño.

—Anda ya, que sois muy exageradas las dos. Cuéntanos, ¿te ha dado candela de la buena?

—Que yo no puedo hablar de eso contigo, que eres mi abuela—le contesté de inmediato.

—Niña, ¿y con quién mejor? Después de que tu madre y yo te enviamos el audio más salado del mundo, aunque al final me salió un gallo. Yo como cantante no me hubiese ganado la vida. Pero como artista de cine sí, eso os lo puedo asegurar.

Mi abuela cogía carrerilla y se embalaba sola una barbaridad. Tenía mucha gracia la mujer y le quise buscar la lengua.

—Bueno, pues de la cama no te pienso contar nada, pero que sepas que Sergio me hizo de estríper en lo alto de un escenario.

—¿Qué dices, Blanca? —me preguntó mi madre, que lo escuchó atónita.

—¿Pero es que ese muchacho tiene necesidad de que le echen billetitos en el tanga? Pues sí que es verdad que está mal el país, no me podía yo imaginar que un ginecólogo no ganase para mantenerse—prosiguió mi abuela.

—Que no, abuela, claro que se mantiene y muy bien. Pero que me quiso hacer ese regalo.

—¿El de menear el rabo? Qué ingenioso. Oye, tu abuelo no me hizo a mí nunca un regalo así. Las de antes nos lo perdíamos todo.

—Pues tú todavía puedes encontrar novio, abuela, y más ahora que te estás reponiendo.

—Sí que es verdad, que me noto yo mejor. Ya cada vez me paso más tiempo de pie y de aquí a nada le doy dos patadas a las muletas y a tomar por saco, que estoy muy harta de no poder valerme.

—¡Eso es, abuela! Que te has pasado unos meses más apagadita, pero que ya vuelves a ser tú.

—Sí, claro que sí. Ya vuelvo a ser yo. Y os digo una cosa: yo tengo mucha guerra todavía que dar.

—Por supuesto, Consuelo, que me tienes que ayudar a criar al bebé.

—Sí, Lola, eso está hecho. No hay cosa que me haga más ilusión en el mundo.

—Mamá, yo he estado pensando en una cosa.

—No me digas que te independizas ya con Sergio, hija. Que yo estoy encantada de que hayas dado el paso, pero que en casa cabemos todos. Y es más...

—Mamá, ¿dónde vas tan rápida? Que espero que Sergio merezca la pena y yo estoy muy ilusionada, pero que no se me pasa ni por la cabeza. Es algo distinto.

—Pues hija, dime. Ven, siéntate a mi lado.

—Es que ya sabes que Paloma siempre me dice que tengo mucho gusto vistiendo y que debería poner una tienda online.

—Sí que lo sé, mi amor, ¿y te vas a decidir a hacer algo de eso? Sabes que yo te apoyo en todo.

—Bueno, a medias... Porque ilusión me hace, pero yo trabajo a turno partido y no tengo tanto tiempo como para ocuparme de todo, mami.

—Blanca, tú ya sabes que en lo que yo te pueda echar una mano, esas cosas también me gustan.

—Claro que te gustan, si yo mi estilo lo he heredado de ti, que siempre has ido de punta en blanco. Por eso te quería proponer una cosa distinta, ¿y si la montas tú y soy yo quien te ayuda? Porque a ti lo que te puede costar un poquito más es lo de hacerte con el programa informático y eso, pero enseguida le cogerías el rollo.

—Blanca, ¿hacerme empresaria yo? Pero eso requiere una inversión y demás.

—Mamá, pero para eso está el dinerito que siempre has tenido guardado de cuando murió papá.

—Eso es verdad, como os vinisteis a vivir conmigo, no lo tocaste, Lola. Siempre has sido muy hormiguita y te has apañado con muy poco. La niña tiene razón, tú estás todavía en edad de hacer lo que te dé la gana. Si hasta yo lo estoy—rio mi abuelita.

—Claro que sí, abuela, a ti te buscamos otro negocio.

—No, no, déjate de negocios. Si me quiero entretener, mejor me busco un novio que un negocio, Blanquita.

—Abuela, tú lo terminarás consiguiendo, yo estoy segura.

—Sí, es que tu madre y yo siempre nos hemos hecho mucha compañía y a mí no se me ocurrió

buscarle un repuesto a mi Alfonso, pero ahora que os veo a las dos tan animadas, yo no me quiero quedar sola.

—Consuelo, tú no te quedarás sola en la vida. Ya esté yo con Félix o con Perico de los Palotes, a ti no te dejo yo ni loca—le aclaró mi madre.

—Vale, vale, pues entonces igual es que me ha entrado el gusanillo y ya está, que es primavera y que a mi edad la sangre también se altera, ¿qué os creéis?

Capítulo 29



Justo después de almorzar, mi madre me avisó.

—Creo que vienen a recogerte, Blanca.

Yo me estaba cepillando los dientes y no entendí demasiado bien.

—¿Quién va a venir a recogerme, mami? Si yo no he quedado con Sergio hasta por la noche.

—Pues se ve que las horas han pasado demasiado rápidas, hija.

Salí aún con el cepillo en la mano y él se reía. Mi madre lo miraba y yo era consciente de que los dos estaban en complot, igual que mi abuela, que apareció con las muletas y partida de la risa.

—Vaya suerte eso de que te lleven de fin de semana. Yo me voy a dar prisa en sacarme novio, a ver si me cae la breva también.

—Te saldrán a pares, Consuelo—le comentó Sergio.

—Pero no será tan buen mozo como tú, ¿dónde vas a llevar a la niña?

—Es secreto—le respondió encogiéndose de hombros.

—Pues aquí tienes la bolsa—me comento mi madre dándome una en la que era obvio que había metido algo de ropa y mi neceser bien repleto de cositas.

—¡Si yo trabajo el lunes! —exclamé asombrada.

—Y yo también, preciosa, mañana por la noche estaremos de vuelta.

—Pero bueno, pero bueno... Yo esto es que no me lo puedo ni creer, ¡me has dado coba!

—Un poco, aunque en mi defensa te diré que te la hemos dado entre todos.

Mi madre me guiñó el ojo y mi abuela me dedicó una sonrisilla pícara. Me la comía, no podía tener más gracia.

Sergio no era de dormirse en los laureles, eso ya lo veía yo. Con él no me faltarían sorpresas y en el fondo eso me enamoraría de él hasta las trancas, igual que muchas otras de sus cosas. Con Pablo me pasaba que él no le daba importancia a nada por el estilo, es decir, que nunca me sorprendía y que todo era muy predecible.

Yo muero con las sorpresas y, viendo que aquellos dos se llevaban así de bien, supongo que Sergio le consultó y que mi madre le dijo que vía libre.

En el coche, riendo y cantando, íbamos avanzando hacia la sierra y terminamos en la provincia de Segovia, que era mi debilidad. Él debía saberlo por mi madre, porque fue a tiro hecho. Y allí nos alojamos en una preciosa casita rural con varias habitaciones y con unas vistas imperdibles.

Justo cuando llegábamos, sonaba una canción que me gusta mucho de “La casa azul”, una que se titula “Yo también” y cuya pegadiza letra enseguida comenzó también él a cantar, siguiéndome.

*“Yo también tengo sueños en mi corazón
Yo también me enamoro sin explicación*

*Yo podría hacer que se parara el mundo
Si tú me dejaras tan solo un segundo de tu amor
Mi amor es tan profundo
Yo conseguiría la mejor estrella
Yo te la daría por ser la más bella, amor”*

Él entonaba muy bien y una vez más estaba haciendo que me derritiera. Luego entramos en la deliciosa casita rural, pues no podía definirse de otra manera, y nos encantó el ambiente. La regentaba una chica joven que vivía allí con su hijo de siete años, de lo más salado, el cual se ofreció a enseñarnos él solito todas las estancias. Y lo hizo como un verdadero profesional.

—Muero con este sitio, es que muero—le comenté volviéndome hacia él.

—Nada de morir, yo lo que quiero es darte vida, más todavía de la que tú tienes, que ya es decir. Quiero que seas muy feliz y haré todo lo posible para conseguirlo, nena—me confesó en cuanto nos quedamos a solas en el dormitorio.

—No, si a mí con que me regales otra noche de esas—le comenté con la piel erizada solo de

pensarlo.

—¿Una? Quiero llegar a regalarte todas las noches, espero que me conozcas pronto y que demos pasos, Blanca, porque yo estoy enamorado de ti.

Le eché una risita de lo más picante y no dudé ni un segundo en despojarme de mi ropa y en pedirle que me hiciera suya. Sergio había despertado en mí unos instintos que tendría que sofocar.

—La culpa es tuya y solo tuya—le decía mientras me besaba y tras hacerlo la primera vez, pues teníamos claro que aquella habitación sería el escenario en el que repetiríamos una y otra vez antes de marcharnos al día siguiente.

—Pues si esto es la culpabilidad, yo quiero ser el culpable de sacarte siempre esa sonrisa, muñeca.

—Y yo también lo quiero, quiero que me la saques...

—Pero si ya....

—¡Bobo! ¡Que decía la sonrisa! —le tiré con un almohadón mientras me tronchaba y él se puso encima de mí y la función continuó de nuevo.

Nos pasamos la tarde allí, haciéndolo, con aquellas incomparables vistas a la sierra que nos llegaban a través del luminoso balcón que dejamos abierto para que entrasen tanto la luz como aquel olor a vida que se percibía a través de él, porque con Sergio al lado todo adquiría matices más fuertes, todo se intensificaba, todo me parecía tan fantástico que entrecerraba los ojos y no distinguía la realidad de la ficción.

Capítulo 30



La noche anterior habíamos cenado en un romántico y coqueto restaurante del pueblo, tras lo cual nos marchamos a la habitación y dimos paso a esa fiestecita más privada y lujuriosa que nos mantuvo con los ojos como un par de búhos hasta las tantas de la madrugada.

Por la mañana, me despertó con un buen repertorio de besos.

—¿Ya es de día? Pero si nos acabamos de acostar, no puede ser. Debe haber un cachondo que esté regulando la luz a su antojo. Dile que apague la linterna, cariño.

—¿Me has llamado cariño? Pero bueno, qué regalazo de buena mañana.

—Sí, te lo he llamado—reí.

—Guapa, esa es la buena noticia. Y la mala, según veo en tus ojos, es que ya se ha hecho de día. De todos modos, puedes dormir más si quieres, no tenemos nada que hacer.

—Pero seguro que tú tienes un plan, te lo leo en la mirada.

—En realidad me gustaría ir a hacer una rutita por la senda del río y que conecta con el siguiente pueblo. No lleva más de un par de horas, y allí se come de vicio en un asador...

—¿Asador? Ya se me está haciendo la boca agua. Me levanto, que no quiero que pienses que soy ninguna zángana.

—Yo no podría pensar mal de ti ni aunque me lo recetase el médico de cabecera.

—¡Yo es que te como! Tú te estás haciendo muchas expectativas y en realidad...

—¿En realidad qué? —me preguntó comiéndome a besos sobre el colchón.

—En realidad todavía te quedas corto—le solté burlona y tratando de zafarme de él, cosa que no lograba porque ya me había tomado por las muñecas.

Después de una ingente ración de besos de buena mañana, nos levantamos y nos pusimos ropa deportiva para ir a hacer esa ruta que yo no conocía y que resultó encantadora. Y no solo por el río y por los verdes parajes, sino por la maravillosa compañía, ya que Sergio no podía ir más pendiente de mí, haciéndomelo todo muy fácil y cuidando de que no resbalase en ningún momento.

Era muy cuidador, lo era y a mí me llevaba entre algodones. Tras la bonita travesía, llegamos a ese asador donde teníamos reserva y cargamos pilas con un asado que me supo a gloria y más con él tan risueño, sirviéndome en todo momento y haciéndome sentir como una reina.

Tomamos un delicioso postre casero para compartir e iniciamos el camino de vuelta. Con el estómago lleno íbamos algo más lentos y disfrutando del entorno, y entonces se le ocurrió que nos podríamos echar una apacible siesta en una pradera cercana en la que la sombra nos cobijó mientras él sacaba de su mochila una jarapa y nos tumbábamos encima de ella.

No tardamos en, al comprobar que por el camino no pasaba nadie, terminar haciéndolo allí mismo, gracias a la intimidad que nos proporcionaban los árboles y que, de todos modos, nos hubieran puesto a salvo de la mirada de cualquiera que pudiera pasar por allí.

Finalmente, nos quedamos dormidos y al ratito, cuando la brisa nos despertó, él me animó entre besos a continuar con nuestro camino.

Llegamos a la casita rural a por nuestras cosas y, poco a poco, fuimos emprendiendo el camino de vuelta. Apenas 24 horas en total para nuestra primera escapada y el mejor sabor de boca, eso sí. Yo me sentía genial y, al emprender el viaje de vuelta, me dio hasta penita de no poder alargarlo.

—No me dio tiempo de planificar nada más para tu cumpleaños, ya vendrán otros más especiales aún—me comentó.

—¿Más especiales? Ha sido el mejor regalo de cumpleaños que hayas podido hacerme, aparte del bailecito, que de ese no me voy a olvidar nunca. Tendrás que repetirlo en más ocasiones—reí.

—Pero, a poder ser, ya para ti sola, preciosa, que no me veo en esa nueva faceta.

—Sí, estoy de acuerdo. El mundo se lo perderá, pero yo me lo ganaré.

—Tú ya me tienes ganado, Blanca. ¿Te he dicho ya lo mucho que me ha gustado dormir contigo?

—Un buen puñado de veces, sí. Pero acepto que me lo repitas y hasta que confieses que esta noche me extrañarás.

—¿Y tú lo dudas? Claro que te extrañaré. Me va a encantar seguir conociéndote, ¿se van disipando ya algunas de tus dudas?

—Es que yo no quiero replicar la relación que mantuve con Pablo ni quiero que entre nosotros surjan dudas ni nada parecido.

—¿Lo dices por lo de su infidelidad? No te preocupes...

—Mira, nunca supe hasta dónde llegó con ella, esa es la verdad, pero sí que mantuvieron un tonto y eso es suficiente. Me daba igual hasta dónde hubiesen llegado, la cuestión era que traicionó mi confianza y eso me parece algo imperdonable.

—Te lo pareció con todo el derecho del mundo, lo es, preciosa. Yo también deseo que entre nosotros todo sea transparente. También vengo de una relación turbia con una persona y no me perdonaría que me volviera a suceder lo mismo.

—No, si pienso igual. Verás, ya que vamos a ser totalmente sinceros el uno con el otro, yo sé lo de Mar, Paloma me contó. Y, de hecho, la noche del viernes llegué a pensar que no estuvieras en el local porque te hubieses citado con ella.

—¿Con Mar? Pero eso es ridículo. Hace mucho que salió de mi vida y, además, que ella no vive aquí. Se marchó.

—Bueno, verás...—me aclaré la voz.

—¿Qué pasa, Blanca?

—Que tengo entendido que Mar volvió hace poco, lo sé por Paloma y te pido por favor que no te molestes con ella. Tus primas lo saben porque la vieron y si no te han dicho nada ha sido por no alterarte.

—¿Alterarme yo? ¿Y por qué habría de alterarme? Lo cierto es que no lo sabía, pero que me da exactamente igual.

—Pues yo, si te digo la verdad, me he quitado un gran peso de encima, porque efectivamente me sentía mal por saberlo y que tú me pudieras acusar de ello en algún momento.

—¿A ti? En todo caso podría regañar a Paloma, y para nada me han entrado ganas de hacerlo. Mar forma parte de mi pasado, de un pasado muy turbio del que no quiero volver a saber nada.

—Creo que tus primas temen que todavía pueda ejercer cierta influencia sobre ti porque debiste

quererla mucho en su día.

—Si te soy sincero, la quise con todo mi corazón, el mismo corazón que ella se encargó de partirme en mil pedazos. A partir de ahí, puse distancia mental con ella. Me hubiese dado igual que permaneciese aquí, no la hubiese vuelto a mirar más.

Capítulo 31



Llegué a casa y me dio una calurosa despedida, tras lo cual subí.

Abrí la puerta y comprobé que provenían gritos de la cocina.

—¡No tienes nada que hacer ya conmigo, Esteban! —le chillaba mi madre.

—O te vas o llamo a la policía, que lo tengas muy claro. Pero que sepas que antes te baldo a muletazos, porque te doy con una en todo el lomo, vaya—le amenazó mi abuela.

—Es que yo te quiero, yo te quiero... Cometí un error, tendría que haberme enfrentado a ella, pero no tuve valor, Lola.

—¿A tu exmujer? Por supuesto y no que eres un calzonazos, ¿cómo se te ocurre inventarte lo de la chica dominicana? Si al final me hubiese enterado.

—Es que fue lo primero que se me pasó por la cabeza, lo siento mucho. ¿Tú crees de verdad que yo me hubiese liado con otra con lo loquito que estaba por tus huesos?

—Tan loco no estarías cuando no querías que nadie supiese lo nuestro.

—Porque yo no tenía la liquidación de gananciales hecha. Y es más: hace años acometí una mala gestión a través de unas inversiones que me hizo perder mucho dinero y ella siempre me echaba en cara que, si me metía en un juzgado, le terminarían dando la razón porque mi ex se opuso, y equilibrarían la situación. Ya te conté que me dedicaba al negocio inmobiliario. Tras mi cagada dilapidé todo lo mucho que habíamos ganado en años, muchísimo dinero. Solo salvé lo que invertí en el estanco y en el piso de aquí del barrio. Ella iba y volvía de mi vida, por mucho que ya no estuviésemos juntos, y llevaba días amenazando con volver al piso. Yo ya no quería, por ti, pero cuando me comentaste lo del embarazo supe que eso no lo soportaría, que esa mujer no asumiría que seríamos felices con un hijo y supuse que esta vez arremetería contra mí y haría por quitármelo todo, porque yo pretendía llegar a un acuerdo y ella se negaba: lo quería todo. Ahora

me da igual, le he dicho que lo meta en el juzgado y que todo lo que hice en su día, por más que perdiese, fue pensando en el bien de los dos, para hacernos con un patrimonio. Ahora ya no quiero nada.

Lo escuché todo desde el pasillo y no quise intervenir.

—Pues si no quieres nada, corre, porque como sigas aquí te llevarás una serie de palos—le amenazó mi abuela.

—Consuelo, tranquila, que ya le voy a hablar yo. Mira, Esteban, me parece muy bien que no quisieras enfrentarte a tu ex y ya por mí no lo hagas. Hoy por hoy estoy con Félix, que es un hombre con el que me he abierto a la vida porque sabe lo que quiere y porque no anda con oscurantismos de ningún tipo, por eso. De manera que ya te puedes largar por donde has venido y ten mucho cuidadito, no sea que te caigas y que te partas la crisma, porque apestas a alcohol a kilómetros.

—Es que no puedo hacer otra cosa más que atrincar la botella, cariño, porque te echo tanto de menos... Ese hombre no te va a querer como yo...

—Eso ya te lo confirmo, más que nada porque me quiere mucho más de lo que tú podrías llegar a hacerlo nunca. Félix tú no te has movido por el corazón, sino por el interés. Desde el principio me has escondido, no me hablaste claro sobre tu ex... Solo ibas a lo que ibas. Y sí, me has dejado embarazada, pero eso no nos une más allá del vínculo que podamos tener a través del crío. Y si pretendes que no tenga que avergonzarse de ti, deja ya de beber y no te pongas en evidencia.

—Entonces, ¿me dejarás criarlo a tu lado? Si hago lo que me pides, ¿lo harás?

—Ni muerta, Esteban, a mi lado no. Tú y yo hemos acabado para siempre, eso debes tenerlo bien presente. Otra cosa será que puedas ver a tu hijo siempre que no te encuentres en este estado en el que te has presentado hoy en esta casa, porque entonces te prometo que lucharé en los tribunales para que no te acerques a él. Al bebé no le harás daño.

—No, te prometo que no. Pero ese tal Félix no es el padre del niño, él no lo es.

—Pero se comportará como tal. Y tú deberías alegrarte de eso, porque cuanto más amor reciba tu hijo, mucho mejor. Esto te lo has ganado a pulso tú, Esteban.

—¿Y cómo me voy a alegrar si me estás apartando de tu lado y del suyo?

—Del mío, por supuesto, y en tu mano estará el poderte relacionar con normalidad con tu hijo, tú verás lo que te conviene.

Entré en esa cocina dando palmas, porque mi madre se lo merecía.

—¡Ole la madre que me parió! —exclamé.

—Hija, ¿estabas escuchando?

—Sí, mamá, y tengo que decirte que eres una campeona. Y a ti, Esteban, te digo que cojas el pescante ya.

—¡Y yo también te lo digo! —le chilló mi abuela con la muleta ya en alto.

—Qué hostilidad, ya me voy—murmuró y se marchó haciendo eses, daba vergüenza verlo.

Cuando nos quedamos a solas, le di un abrazo a mi madre y le comenté lo muy orgullosa que estaba de ella.

—Y a mí que al principio me hizo sentirme menos que esa muchacha de la que decía haberse enamorado. Y ahora resulta que todo era mentira.

—Lola, ¿tú menos que nadie? Que todavía abro la puerta y le tiro con la muleta—le indicó mi abuela.

—Sí, aunque enseguida me vine arriba con vuestra ayuda y con la de Félix, que me ha hecho sentir de nuevo la mujer más especial del mundo. Yo no sabía nada de que Esteban estuviese así, pero nada puedo hacer tampoco por remediarlo.

—Yo sí lo sabía, mamá, pero temía tanto tu disgusto que preferí callarme.

—Desde luego que no es plato de buen gusto para mí ver así al padre de mi futuro hijo, Blanca, pero yo nada puedo hacer por remediar una situación en la que se ha metido él solito. Por su bien, espero que se reponga y que vuelva a hacer una vida normal. Y si ella le saca los ojos tendrá que administrarse con menos, como cualquiera.

—Eso digo yo, nos va a venir a hablar a nosotras de estrecheces económicas, como queriendo dar pena...

—Yo ahora, entre mi pensión de viudedad y el paro que estoy cobrando soy la reina del mundo, pero que en su día me quedé con mucho miedo, cuando faltó tu padre, y no por eso hice el tonto. Esteban ha metido la pata y ahora ya no tiene solución. Félix ha conseguido sacármelo del corazón.

—Mamá, me alegro mucho porque yo sí que me enteré y no sabía cómo abordarlo, ya te digo. No hubiera soportado que sufieras más por él.

—No, hija, es el padre de tu hermano y te digo más: si yo lo puedo ayudar en algo le ayudaré, pero a mí no me arrastra más con sus mierdas.

—¡Así se habla, mamá!

Capítulo 32



Las semanas fueron pasando y con ellas todo iba a mejor. Lo mío con Sergio se afianzaba, y no digamos ya lo de mi madre con Félix, quien aplaudió su reacción ante Esteban, defendiendo lo suyo a capa y espada y cerrándole por completo las puertas de su corazón.

Esa tarde la emoción nos embargaba. De nuevo estábamos en la consulta de Sergio para que nos confirmara si, efectivamente, era niño el bebé que llevaba en su vientre.

Se trataba de una ecografía rutinaria, si bien era más que probable que pudiésemos tener la confirmación de lo que la abuela Consuelo vaticinó desde el primer momento.

Todo nos iba genial y, además, que se dio la circunstancia de que Esteban, a quien mi madre se encontró esa mañana por la calle, le comentó que había llegado a un acuerdo con su ex que no es que le favoreciera, pero que tampoco le dejaba en la indigencia. Y lo más importante: que no estaba bebiendo y que quería reformarse para que su hijo en su momento no se avergonzase de él.

No lo había hecho nada bien, obvio que no, pero al menos no pretendía seguir sumido en la miseria, sino tratar de reflotar todo lo que había hundido con sus malas decisiones.

Félix la tenía cogida de la mano y no podía mostrarse más contento. Él sí era padre de dos hijos gemelos ya emancipados, pero la ilusión por aquel bebé que venía y a quien también sentía su hijo era inmensa.

—Pues bueno, sin ánimo de demorar más la noticia, os confirmo ¡es niño! —exclamó Sergio muy contento.

—¡Es que lo sabía! Si la abuela no falla... Mamá, ¿estás contenta?

—¿Y cómo no voy a estarlo, hija? Es un sueño, voy a tener la parejita. Con 30 años de diferencia, pero la parejita.

—Ay, mamá, ¡qué feliz me hace verte así!

—Y a mí, Lola. Soy el hombre más afortunado del mundo al poder compartir esto contigo—le confesó Félix mientras besaba sus manos.

—¿Al compartir? ¡Pero si tú eres uno de los protagonistas de esta historia! Ay, Félix, que tú me sacaste del lodo en el que me hundió Esteban, pero es que encima me he enamorado de ti como una chiquilla, ¡qué feliz estoy!

—Esperad, esperad, ¡que os quiero grabar un vídeo! Y reveladle a la abuela el sexo del bebé, que se lo voy a enviar.

—Ni que tu abuela tuviera duda, hija. Bueno, Consuelo, que ya sabes que no te equivocas, ¡que vas a tener un nieto! —chilló mi madre mirando a la cámara.

Enseguida nos llegó un audio de la abuela, que estaba esperando la noticia como agua de mayo.

—Pues claro que no me equivoco, hija, ¡si ya lo sabía yo! Estoy deseando que ese granujilla llegue al mundo para malcriarle, todavía me dará tiempo a llevármelo unos pocos de años a jugar con él al parque. Hasta balonazos pienso dar, me voy a comprar unas deportivas para que no se me desluchen las babuchas. Y porque yo me tengo que modernizar, ¡que voy a ser abuela otra vez!

Mi abuela estaba pletórica y yo no digamos nada. La felicidad se hizo la dueña de todos nosotros y, por primera vez, sentía que la suerte, en toda su extensión, se colocaba de nuestro lado.

Me abracé a mi madre y le recordé lo muy importante que era para mí y lo mucho que la quería, así como lo orgullosa que me sentía de ella. Ella era una verdadera jabata y llevaba toda la vida demostrándolo.

Félix se deshacía en atenciones con ella y yo pensaba que no pudo caer en mejores manos. Normal que fuese uno de los mejores amigos de mi padre, si es que se parecía mucho a él y compartían cantidad de valores.

—¿Y tú dónde vas ahora? —me preguntó Sergio cogiéndome por la cintura.

—¿Yo? Pues estaba pensando que esto tendríamos que ir a celebrarlo usted y yo, doctor, ¿no le parece?

—Me parece que ya me está faltando el tiempo para quitarme la bata y salir corriendo detrás de ti, preciosidad, que te debe salir una docena de admiradores en cada esquina.

—Sí, exagera un poco más. Y eso como si a ti no te salieran chicas en todos los sitios, que tengo entendido que en la boda de tu prima te las tuviste que apartar. Pero claro, es que no se puede

tener una sonrisa más atractiva, y luego pasa lo que pasa. Hasta las pacientes se te deben tirar encima, yo prefiero no pensar—le dije risueña.

—Anda y luego el exagerado soy yo. No es para tanto. Oye, y yo a ti nunca te pregunto nada, ¿qué pasa en tu trabajo? Seguro que a alguno lo tienes loquito perdido.

—A alguno a lo mejor—me hice la interesante.

—Pues no me has contado nada de nada.

—Si es que no hay nada que contar. El maxilofacial, Eugenio, se está divorciando y digamos que igual anda un poco colado por mí, pero que a mí no me gusta ni un poquito así.

—¿Ni un poquito así? —imitó mi gesto de señalar nada de nada.

—Ni un poquito así, porque todo mi gusto lo reservo para ti.

—Pues reserva también un montón de besos, que me los pienso cobrar todos.

Capítulo 33



Sergio me invitó a cenar en un restaurante que estaba de toda moda y que contaba incluso con una zona *chill out* que era una chulada, en la que tomaríamos unas copas tras la cena.

Poco a poco iba entrando el verano y ya estábamos haciendo planes para las vacaciones, que disfrutaríamos juntos en el mes de agosto.

A mí me daba exactamente igual el destino y, aunque votaba por algo sencillo, me daba en la nariz que Sergio tenía planeado algo más a lo grande, pues se empeñó en que corrían por su cuenta.

Paloma sabía algo y no soltaba prenda, aunque por sus gestos ya me imaginaba yo que su primo planeaba dejarme boquiabierta, porque sus sorpresas eran constantes.

En aquel restaurante estaba a punto de recibir otra, ya que estábamos acomodados en una mesa cuando escuché hablar a una chica con sus amigas, las cuales parecían estar de celebración.

—Al final te llevaste el agua al agua—le decían.

—Si él lo estaba deseando, lo que ocurre es que creo que me temía porque me consideraba mucha mujer. Normal, la chica que tenía a su lado era corriente y moliente, pues al final lo nuestro le daba vértigo... Y mirad que cuando me enteré de que le había pedido matrimonio casi le mando a freír espárragos, pero si estaba hasta el cuello conmigo desde el primer día, ¿qué me contaba? Pues nada, que le venía grande todo. Qué mono. Si os digo la verdad, lo prefiero así, porque otro que esté más empoderado no se deja manejar. Y con Pablo hago y deshago a mi antojo, lo tengo comiendo de la palma de mi mano. Qué bien hizo ella en dejarle en paz, cómo se iba a comparar conmigo la mosquita muerta esa.

No hace falta que os diga que la que hablaba con tantos bríos era Elsa, la subdirectora del banco en el que trabajaba Pablo y con cuya llegada se originó la vorágine que dio al traste con nuestro noviazgo.

Puse la oreja y Sergio lo notó, y más cuando me quedé en la gloria después de darme la vuelta y contestarle.

—Mira, estirada, que eso eres tú, una estirada... Que sepas y entiendas que no he tenido ninguna tentación de compararme contigo porque no tengo ninguna necesidad de ello. Como podrás comprobar, estoy muy bien acompañada y no te envidio absolutamente nada. Es más, igual te interesaría saber que ese Pablo al que estás manejando, porque eso es lo único cierto de todo lo que has dicho, te negó una y otra vez. Y sí, estarías liada con él, pero no tuvo el valor de reconocérmelo en ningún momento, echándote a ti la culpa de todo, que en sus palabras lo tenías acosado. En fin, que hace falta tener ganas para seguir con ese mentecato solo por darte el gusto de tener un títere en tus manos. Aunque, pensándolo bien, sois tal para cual, la pareja ideal, y a ambos os dará el karma lo vuestro al mismo tiempo, estoy segura. Y ahora voy a seguir cenando con mi chico, que él sí que sabe cómo regalar atenciones a una mujer. Tú la llevas clara con mi ex, así que espero que a ambos os vaya bonito.

Elsa no supo ni qué decir. Como es lógico, no esperaba que justamente yo hubiese escuchado toda la conversación. Por supuesto que me conocía de vista igual que yo a ella, por lo que el rostro se le descompuso antes incluso de que comenzase a hablar, cuanto y más después...

A Sergio solo le faltó aplaudirme y Elsa, muy airada, se levantó y se marchó con su corte de súbditas detrás, ya que parecían más eso que amigas. Por la forma en la que le iban rindiendo pleitesía, esa debía estar más que acostumbrada a la que le doraran la píldora, por lo que me imaginaba que Pablo recibiría lo suyo a su lado.

Sergio me miró con admiración y de sus ojos saltaban chispas.

—De manera que has venido a enterarte de toda la verdad aquí. Cosas que tu ex nunca te quiso confesar y que te acaban de quedar claras, ya es casualidad.

—Más que casualidad es justicia. Y ahora que vaya y que le meta por el culo toda la información que le he dado sobre él. No veas si estoy contenta, al final todo se pone en su sitio.

—Sí, sí, y por lo que veo contigo se acaba de poner. No sabes lo que me alegra que te hayas podido desahogar. Yo sé muy bien lo que duelen esas cosas, que traicionen tu confianza, ¿estás bien, bonita?

—¿Y tú me lo preguntas? Estoy genial. La próxima vez que me cruce a Pablo por algún sitio estoy segura de que no tendrá el valor ni de sostenerme la mirada. Por fin lo he desenmascarado, estuvo todo el tiempo jugando a dos bandas.

—Él no te merecía y esa mujer no es más que una arrogante. Ella no vale más que tú, todo lo contrario. Es soberbia, desprecia a las personas. Ya quisiera llegarte a la suela del zapato y, aunque no venga demasiado al caso, quiero que tengas muy claro que tú eres infinitamente más guapa, ¿dónde tenía ese tipo los ojos?

—¡Si es que te tengo que comer!

—Pues hablando de eso, va a ser hora de ir pidiendo, que entre unas cosas y otras todavía no hemos cenado.

—Pues no, aunque piensa que hay otras que directamente no van a cenar. A esa le he dado la noche.

—Y muy bien dada, preciosa.

Capítulo 34



Las semanas siguieron corriendo y ya estábamos a punto de marcharnos a esas vacaciones sorpresa, las cuales me hacían infinita ilusión.

Esa noche, Cristian y Santi celebraban la fiesta de inauguración de su nuevo piso, del que habían alquilado juntos para iniciar su andadura como pareja.

Desiré, Paloma, Sergio y yo, entre otros muchos, estábamos deseando festejar con ellos. Iba a ser una fiesta de lo más divertida, porque llevaban semanas preparándola, además de que los chicos estaban muy enamorados y era normal su entusiasmo.

Yo misma me ponía en su piel y me estremecía al pensar que pronto Sergio y yo también comenzásemos a convivir porque, aunque yo estaba genial en casa, soñar es gratis y podía ser que ese momento no tardase demasiado en suceder.

Se trataba de un viernes noche y tanto Paloma como yo nos fuimos del trabajo directas a la fiesta. Allí habíamos quedado con todos los demás, incluido Sergio, al que veía prácticamente todos los días, a salvo de aquellos pocos en los que un parto u otra circunstancia similar nos lo impidiese, siempre por cuestiones de trabajo.

Ya tenía muchas ganas de darle un achuchón cuando entré por las puertas de aquellos dos manitas que habían puesto el piso de dulce, aparte de que habían colocado mucha decoración festiva y hasta un *photocall* en el que nos estuvimos entreteniendo, puesto que tenían mucha gracia.

—Al final tu novio no se anima a hacernos lo del bailecito, ¿no? ¿Por qué no tratas de convencerle? —me preguntaba Cristian mientras yo miraba el reloj.

—Que no, que dice que a él no le metéis otra vez en ese embolado, que es un tipo serio.

—¿Serio? Menudo movimiento de caderas. Y no estoy diciendo nada que Santi no opine

igualmente, de manera que no me mires así.

—Tenéis más peligro los dos...

—Qué peligro, tonta... Si te troncharías, aparte de ponerte más caliente que un tobogán en pleno agosto, si a él le iba a beneficiar. Hasta le pondríamos a “Ladilla rusa” de música de fondo.

—¿Qué es eso? Cristian, te juro que yo me quedo loca con tus gustos musicales.

—Y nosotros con el culo respingón de tu novio y no decimos nada, guapa. Bueno, vamos allá, que te voy a poner la canción, a ver si luego lo convences para que baile a su ritmo—me comentó.

—*“Es padre Josema, tiene dos retoños,
Una perra sorda y tres o cuatro matrimonios.
Pero un dato clave que sabía solo Kit
Es que por las noches José Mari es Mariví”*

—Por favor, si es que está sembrada, no la conocía—les comenté.

—Pues claro que sí. En esta casa todo lo que hay es lo mejor de lo mejor—me comentó Santi dándole un beso a Cristian. Qué enamorados se les veía y cuánto me alegraba por ellos.

Pasó un rato y lo cierto fue que Sergio no apareció. Yo ya estaba un poco preocupada y Paloma que trataba de tranquilizarme.

—Es que sé que tenía algo de trabajo, pero él siempre es puntual y, si por alguna razón no puede serlo, me avisa, ¿le habrá pasado algo? —le pregunté.

—Que se le ha ido el santo al cielo con alguna cuestión de trabajo, eso fijo. Mi primo es currante como él solo y es lo único que puede distraerlo de ti.

—Pero es que le he enviado un mensaje y ni me contesta.

—Chiqui, es que si le ha surgido un parto o algo de pronto, imagínate dónde tiene metidas las manos, como para andar cogiendo el teléfono. Tú lo que tienes que hacer es brindar conmigo. Mira, vamos a coger unos chupitos de estos que han preparado los anfitriones.

—Mucho cuidado que los carga el diablo. Te lo digo muy en serio, estos preparan chupitos radiactivos, no será la primera vez que estoy a punto de morir por culpa de ellos.

—No, claro que no. Y exagerada tampoco eres, hija de la gran fruta. Venga, vamos a brindar por lo tuyo con mi primo y por esas pedazo de vacaciones que te vas a tirar, cuyo destino yo conozco

y no te pienso revelar...

—No, eso no vale. Es maldad pura y tú no eres mala conmigo, no me seas así.

—Como tú comprenderás, yo no puedo quitarle a Sergio la ilusión de darte la sorpresa del siglo, porque ya te digo yo que mi primo lo hace todo a lo grande. Y con lo loquito que está contigo...

—Pues con lo loquito que está conmigo ya podría haber dado señales de vida, también te lo digo.

—No te pongas tontita, que sabes que todo el tiempo que no trabaja lo dedica a ti. Mira que en su día estuvo pillado por Mar, que eso es innegable, pero como le tienes tú no le había visto con nadie. Para mí que le has hecho algún amarre o algo.

—A ti sí que te voy a amarrar la boca para que no digas más tonterías, hazme el favor.

Empecé a brindar con ella y encima es que los jodidos chupitos estaban buenos. Eso sí, a cada poco miraba de reojo el móvil. Incluso llegué a llamarle varias veces y no descolgó, un poco mosqueada sí que estaba.

Me hacía muchísima ilusión acudir a la fiesta de mis amigos y lo cierto es que Sergio me la estaba aguando, si digo otra cosa miento y a mí, si me tiene que crecer algo que sean los senos, pero la nariz que me la dejen como la tengo, en armonía con el resto del rostro.

Desiré, que también me notaba disgustadilla, no paraba de sacarme a bailar. Y hasta hicimos una conga con la que nos reímos mucho, y más con las ocurrencias de los amigos gais de Cristian y de Santi, quienes soltaban disparate tras disparate mientras bailábamos en plan “trenecito”.

Mi novio no actuaría, es más, ni aparecía por allí, pero quienes sí lo hicieron fueron un par de esos amigos de ellos que hicieron su aparición estelar por el piso perfectamente ataviados de *Drag Queen*, como las reinonas que eran.

Venían guapas, guapas, con unas pelucas espectaculares y con unos taconazos de esos que necesitas coger unas escaleras para subirte en ellos.

Lo mejor de todo, aun así, fue escucharles el piquito, pues no solo cantaron y bailaron, sino que hicieron un show entre ambas que casi provocan que nos tirásemos todas al suelo.

—Y a mí que con el alcohol hasta me entran por los ojos—me decía Paloma—. Es que me desinhibe por completo, yo hasta les metía mano—me dijo y una de ellas se enteró.

Para qué, menuda la que montó y la pose que adoptó para que Paloma, que se estaba pillando un pedal de categoría, le terminase dando una buena palmada en el culo.

Desiré se partía y, como ella iba a novio por semana, se agenció a un maromo que estaba allí,

más bueno que el pan, y antes de que terminase la actuación ya se estaba liando con él.

A Paloma le sucedió que, a raíz de cómo interactuó con la reinona, la comenzó a mirar una chica muy atractiva, pelirroja y norteamericana, que por lo visto era la vecina de al lado de Cristian y Santi, y se le acercó con mucho peligro.

—Dice que se llama Amy y la tía tiene un repaso—me comentó Paloma, dejándome a cuadros.

—¿Pero a ti desde cuándo te van las chicas? Que me parece muy bien, oye, pero que nunca me has comentado nada.

—Es que yo ahora estoy en otra etapa de mi vida en la que no pienso poner etiquetas, la verdad. Algo me pone, pues voy a por ello.

—A mí sí que me estás poniendo loca.

—Pero, ¿poniendo de poner? ¿Te gusto?

—No, Palomita, a mí lo único que me gusta es verte feliz. En cuanto a lo de ponerme, quien me pone es tu primo, aunque he de reconocerte que hoy me está poniendo taquicárdica, ¿dónde se ha metido?

—No pienses tanto en eso, cariño, no seas bobita. Tú disfruta, que cuanto más tarde llegue, con más ganas te cogerá después. Tiene que estar deseando venirse, eso ya te lo digo yo.

Paloma comenzó a charlar con Amy y Desiré me miraba de lejos. Todos iban encontrando su sitio en la fiesta menos yo, ¿qué le costaría a Sergio enviarme un mensajito explicándome?

Me dio por pensar que, al principio de los tiempos, con Pablo todo fue como la seda. Pero con el paso de los meses cambió y sus muchas atenciones se desvanecieron, como cuando echas agua por una cañería y ya no la vuelves a recuperar.

Con el alcohol corriendo por mis venas me estaba enervando muchísimo, hasta el punto de que salí a la calle a tomar un poco el aire. En ese momento, pasó por allí un taxi libre y tuve una idea, ya digo que bastante perjudicada por la sarta de chupitos que me tomé con Paloma.

Lo paré y le di la dirección de Pablo. Tendría que pasar por allí a vestirse para venir a buscarme, puesto que lo conocía muy bien y siempre iba como un pincel, de modo que con la ropa del trabajo no parecería por la fiesta.

Me bajé del taxi ya en su puerta. La suya era una casa muy mona y de una planta, con un pequeño jardín delantero, una auténtica cucada a la que fui a llamar, dado que vi luz dentro.

Sin duda, Sergio había vuelto y se estaría duchando. Caí en que la pequeña verja de acceso

estaba abierta y entré en el jardín. Estaba a punto de llamar al timbre cuando, a través de la ventana de su dormitorio vi que no estaba solo.

Me puse en guardia, ¿quién era aquella chica cuya esbelta silueta veía a través de la ventana? Sergio no estaba solo, eso por descontado, por lo que me agaché y avancé hacia ella.

La ventana estaba abierta y pude escuchar cómo se hablaban.

—Entonces, ¿me perdonas? —le preguntó ella.

—Todo perdonado, Mar. Ven aquí—comenzó a abrazarla y para mí que la morrearía de inmediato cuando pisé unas hojas secas e hice un ruido que provocó que tuviese que salir de allí a la carrera.

El muy maldito tenía a su ex en el dormitorio, yo no podía pensar en otra cosa. Con razón no me cogía el teléfono...

Paloma no se equivocó cuando me dijo que Mar podía trastocar todo su mundo, por mucho que luego se desdijese. No, ella llegó primero y le tocó la patata de un modo que Sergio no pudo olvidar.

Salí corriendo calle abajo. Me sentía ridícula y patética, y no estaba dispuesta a soportar que él viera que fui a buscarle mientras pasaba totalmente de mí.

Fui en busca de otro taxi que me dejase en casa, puesto que las lágrimas comenzaron a provocar que el rímel se me corriese y yo parecía un choco en su tinta. No podía dejar de llorar y, cuanto más me tocaba el rostro, más la liaba con mi aspecto.

Al llegar a casa, mi madre ya dormía, igual que mi abuela. No quise despertarlas y, sin siquiera limpiarme la cara, me cogí a la almohada y comencé a llorar con auténtica amargura y desesperación. No, imposible estar más desesperada.

Capítulo 35



Creo que me debí quedar dormida a punto ya de amanecer. Me sentía francamente cansada tras tanto llanto y por fin Morfeo tuvo a bien acogerme en sus brazos, ya que los de Sergio estaban acogiendo a otra.

A primera hora de la mañana, escuché el timbre de la puerta y, cuando mi madre abrió, también su voz, la de ese caradura que apareció por nuestra cocina como si tal cosa.

Me levanté con toda la intención de echarle de allí a patadas, aunque no me dio tiempo a decir ni “esta boca es mía” cuando mi abuela dio la voz de alarma.

—Hija, ¿qué es eso que llevas en la cara? ¿Te has caído en un charco de chapapote? Ay, Lola, que la vamos a tener que meter en la lavadora.

—¿Qué te ha pasado, preciosa? —me preguntó Sergio que, para colmo de males, venía con churros. Y yo a punto de decirle por dónde se los podía meter uno a uno.

—¿Qué me ha pasado de qué, chalado? —me fui hacia él haciendo unos aspavientos que ellas dos no podían entender.

—Blanca, por Dios, ¿qué haces? —me reprendió mi madre—. Aunque de blanca no es que tengas hoy mucho, ¿se puede saber dónde te has metido?

Entre que no me desmaquillé y que lloré hasta caer rendida, era cierto que tenía un aspecto que le daba un susto al miedo. Aunque para mí que a Sergio le dio más miedo mi actitud que mi cara.

—Pasa que este, mamá, este que viene a ponerse aquí medallitas con churros y con todo, es otro tío mierda, pero no una mierda cualquiera, sino una pinchada en un palo, que son más vistosas.

—Blanca, por Dios, ¿te han drogado anoche en esa fiesta? ¿Qué es lo que estás diciendo?

—Lo que oyes, mamá, que me dejó tirada...

—Sé que te debo una explicación y que ni siquiera eché cuenta al teléfono, lo siento muchísimo, Blanca—se quiso disculpar.

—No, si es lo que tiene... Cuando uno está a punto de echar un polvo en su dormitorio con otra que no es su novia, se emociona tanto que ni se acuerda del móvil ni de la madre que lo parió. Mira, no te lo iba a decir porque me daba vergüenza, con el mucho alcohol que llevaba encima, contarte que estaba agazapada debajo de tu ventana. Pero viendo la caradura que tienes, me importa un comino si piensas mal de mí, ¿te estás enterando? Coge los churros, o mejor déjalos, y lárgate donde mis ojos no te vean más.

—Sergio, ¿qué tienes que decir a eso? —le preguntó mi madre.

—Sí, porque no será al primero al que yo amenace con la muleta, ¿te enteras? Que te estamos muy agradecidas, sí, pero que a la niña no vienes a hacerle daño porque no nos da la gana a su madre ni a mí, ¿qué eso de que estabas con otra? —le interrogó mi abuela.

—Blanca, ¿tú estabas allí? Madre mía, la que se ha podido liar...

—No, chaval, la que se ha liado. No quiero volver a verte en tu jodida vida, quédate con tu ex, que a mí no me vas a estar corneando como Pablo. Contigo he tenido más suerte y te he calado a la primera, miserable.

—Yo no me he liado con Mar, te prometo que no...

—¿Tú qué vas a decir? ¿Y puedes explicar lo de que la perdonabas y que empezaras a meterle mano en tu dormitorio? ¿Es que crees que yo no tengo ojos en la cara? Hay que ser gusano. Piensa, ¿qué vas a decir?

—Que en ningún momento le metí mano, eso no lo puedes estar diciendo en serio. Mar me sorprendió en la entrada de casa cuando fui a ducharme, eso es cierto, y cuando me adelantó lo que tenía que contarme primero lo dudé, pero luego entendí que debía escucharla.

—Pues no sé qué milonga te contaría, pero ya te digo si te ablandó. Debió ablandarte todo menos una cosa, porque para mí que esa te puso bien duro.

—¿Hiciste cochinas con esa Mar? ¿Y se puede saber quién es? —le preguntó la abuela muleta en mano.

—Es mi exnovia, Consuelo, pero os prometo a todas que yo no la toqué de esa manera, solo le di un abrazo. En su día se marchó de mi vida porque la pillé siéndome infiel. Jamás quise volver a saber de ella, aparte de que se fue a vivir lejos. Ahora ha vuelto y me contó que ha vivido todos estos años tan arrepentida por el daño que me hizo que ha precisado tratamiento psiquiátrico. A

punto estuvo de hacer una tontería muy gorda y, cuando por fin se ha restablecido, su psiquiatra le aconsejó que buscara mi perdón para poder pasar página. Y a eso vino, pero su historia era tan dramática, aparte de que me la demostró con papeles, que anoche me bloqueé. Al final, solo pude abrazarla y decirle que estaba perdonada. Para mí también ha sido un alivio poder ayudar a alguien que, sin yo saberlo, estaba pasando por un verdadero calvario.

—¿Y todo eso en tu dormitorio? No me lo creo—le dije tragando saliva porque, si todo eso era cierto, yo me había equivocado por completo.

—Hasta allí fuimos a buscar una medalla de oro de su madre que en su día se dejó. Para ella era importante recuperarla porque esa señora ha fallecido en este tiempo, siendo uno de los motivos por los que ha vuelto. Por lo demás, le pedí que no apareciese por mi casa más. Y entonces comencé a llamarte, pero tenías el teléfono apagado, y yo estaba como si me hubiesen dado una paliza... Esperando tu respuesta, me quedé dormido y lo primero que he hecho ha sido venir a disculparme. Jamás te dejaría tirada adrede, Blanca, ha sido un caso de fuerza mayor. Aunque yo ya había pasado página, esta noche he cerrado definitivamente el libro de mi anterior vida y solo deseo comenzar a escribir uno nuevo y emocionante, uno sin mentiras y construido desde la base de la confianza, contigo.

—Pues porque has venido aquí, que si llegas a ir a buscarme a mi trabajo, le meto un beso con lengua a Eugenio, y eso que no me gusta, pero te descuelgo la mandíbula fijo—le dije riéndome y abrazándole.

—Lola, le ha puesto la camisa blanca al muchacho para tirarla, vamos, no creo que eso tenga arreglo—le comentó mi abuela a mi madre.

—Me da igual, Consuelo, yo aquí solo he venido a arreglar una cosa y me doy por más que satisfecho—le comentó Sergio sin poder parar de abrazarme.

Capítulo 36



Días más tarde, ya habíamos dejado esa tormenta que nos sirvió para unirnos más aún, y estábamos ¡¡volando a Islandia!!

Como es lógico, a la fuerza tuve que conocer el destino de nuestro vuelo una vez que fuimos a embarcar.

Mi sorpresa fue mayúscula, ya que no podía imaginar ese destino. Más bien pensé en alguno caribeño o incluso en Las Maldivas, dado que Paloma ya me había advertido de que no sería precisamente uno cercano y que me encantaría.

Yo no recordaba que una vez, tiempo atrás, le había contado que moría por pisar ese país en el que tanto puedes encontrarte cascadas y volcanes como fiordos o zonas geotermales. Un lugar de contrastes donde los haya y que me parecía ciertamente impactante.

Mi amiga se quedó con el cante y se lo sugirió a su primo, a quien le faltó el tiempo para hacer realidad mi sueño. De veras que ni se me había pasado por la cabeza y que si no me puse a dar saltitos allí mismo en el aeropuerto como una colegiala fue porque me dio vergüenza.

Así, con ese vuelo que tanto me emocionó y que me pareció de lo más romántico con él al lado, comenzó ese extraordinario viaje que superaría todas mis expectativas, por muchas que fueran.

No en todos los lugares del mundo puedes vivir aventuras como en Islandia, que comprendan desde el senderismo en lugares que te dejan sin respiración, hasta baños termales en otros inolvidables en los que deseas fundirte con ese paisaje envolvente que te ensimisma.

Fueron muchas las actividades que, a su lado, me dejaron patidifusa y con el corazón sobrecogido por su belleza y esplendor, si bien entre todas ellas me quedaría con la excursión en barco que nos llevó al avistamiento de ballenas.

De toda la vida, me habían fascinado esos imponentes animales marinos. El amor por ellos me lo

transmitió mi padre, a quien también le parecían unas criaturas dignas de ser contempladas y respetadas al máximo, por lo que estar tan cerca de ellas y poder observar la magnitud de sus cuerpos fuera de serie por la Bahía de Skjálfandi me ensimismó.

Los ojos se me llenaron de lágrimas cuando nos advirtieron de que mirásemos a un punto determinado y ¡ya había una ahí! A continuación, elevé mi rostro al cielo y pensé que, una vez más, mi padre estaba a mi lado como el día en el que pisé con Sergio el Metropolitano y le sentí a mi vera durante todo el partido.

Con ese hombre me estaban pasando cosas maravillosas y eso que yo ignoraba que la noche antes de nuestra partida para casa, durante una romántica cena, él me tenía una petición.

—Amor, yo no quiero que pienses que soy un impaciente, pero en lo tocante a ti no puedo evitarlo demasiado—me sonrió.

—¿Qué me estás queriendo decir? Mira que me imagino que tengas por ahí un anillo guardado y las rodillas se me hacen flan—bromeé.

—¡¡Me cachis!! Si lo hubiera sabido lo traigo, porque ganas no me faltan, pero vamos por pasos. En realidad, lo que quiero pedirte es que te vengas a vivir a mi casa ya. No veo ningún motivo por el que tengamos que esperar. Yo te quiero, espero que tú me quieras, ¿no?

—¿Que si te quiero? Espera, que me lo tengo que pensar un poquillo... Anda, pues va a ser que sí, que te quiero.

—Entonces dime que te vendrás a vivir conmigo. Sé que tu madre estará genial con tu abuela y que...

—Y que Félix está loco por convivir con ella, llevándosela a su casa. Pero no lo van a hacer así, sé que mi madre le propondrá que sea él quien se traslade a nuestra casa para no trastocar a la abuela—le conté.

—¿Entonces es un sí? ¿Todos contentos? Porque te prometo que yo lo estaré y muchísimo si aceptas vivir conmigo, preciosa.

—Bueno, pero si aceptas firmar un contrato con unas cláusulas que te voy a redactar—reí.

—Con todas las que te hagan feliz porque yo estaré deseando cumplir esas y muchas más que te saquen la sonrisa. Me tienes en babia, Blanca, ignoro lo que me has hecho, pero no vivo más que para hacerte feliz. Bendito el día que apareciste por mi consulta con tu madre.

—No, si es que hay niños que nacen con un pan debajo del brazo, pero mi hermano más bien parece que trae el arco de Cupido, porque va ensartando parejas.

—Tú no te arrepentirás de aceptar vivir conmigo. Quiero hacerte muy feliz y que, algún día, también tengamos nuestros propios hijos que correen junto a tu hermano.

—Es que lo tuyo es deformación profesional, claro—reí.

—Blanca, te quiero mucho, te quiero mucho—me confesó mientras me abrazaba. Y que vivas conmigo me hace inmensamente feliz. Yo también, aunque no lo creas, dejé de creer en el amor un día, pero cuando te vi por primera vez supe que resistirme sería en vano porque me enamoraría hasta la médula de ti. Y no me equivoqué, solo me quedé corto. No sabía que se pudiese querer tanto a una mujer y me siento muy orgulloso de poder decirte que te amo más que a mi vida.

—Más te vale, ¿me oyes? Porque me voy a ir a vivir contigo y en un tiempo récord, así que espero que me merezca la pena—le advertí haciéndome la interesante e intuyendo que me la merecería por completo.

Capítulo 37



Ya llevábamos un par de meses viviendo juntos cuando aquella noche nos sonó el teléfono.

Con el tiempo sabría que entre mi hermano y yo existía una extraordinaria conexión y para toda la vida, algo que aprendí en esa madrugada en la que yo tenía el alma en vilo como si algo importante estuviese por suceder.

Fue Félix quien me telefoneó y, al ver su nombre en la pantalla de mi móvil esboqué una sonrisa.

—Cariño, mi madre se ha puesto de parto—le anuncié.

—Pero si todavía no has descolgado.

—Da igual, lo sé.

En el hospital nos dimos cita todos, porque mi abuela, que ya volvía a caminar por sí sola, les dejó bien claro que ella no se perdía los primeros momentos de su nieto, como lo consideraba.

Félix ya vivía con ellas dos desde mi marcha y para él también era un acontecimiento emocionante al cien por cien, ya que consideraba su hijo al renacuajo que estaba por venir.

Mi madre se portó como una campeona desde que llegó al hospital. A mí, que igual no me quedaba tanto para convertirme también en mamá, me dio una nueva lección de vida y de saber estar, porque lo hizo formidablemente bien.

—Lo estás haciendo sensacional, me lo estás poniendo todo muy fácil, Lola. Venga, un poco más—le decía Sergio en paritorio, donde tuvimos el honor de estar Félix, mi abuela y yo por aquello de que andábamos enchufados.

Esa mujer estaba a lo que estaba, y con su actitud ayudaba al máximo. Félix no la soltaba ni un solo momento de la mano y ayudaba a retirar su sudor de la frente, la cual le miraba con sumo

amor y agradecimiento.

Quién me hubiese dicho unos meses antes que a ambas nos llegaría el amor al mismo tiempo, y que en mi caso no tendría nada que ver con Pablo. Aun así, resultaba más sorprendente el de mi madre, pues le llegaría embarazada de Esteban. Todo un galimatías que, pese a serlo, nos tenía de lo más felices a cada uno de nosotros, que nos sentíamos protagonistas de una bonita historia de cuento.

Si no tiene final feliz no es cuento y cuando escuchamos llorar a pleno pulmón a mi hermano llegó el nuestro. Mi madre se echó a llorar de la emoción y yo con ella. Todos los demás nos siguieron y, al contemplar el tierno cuadro, hasta por las mejillas de Sergio resbalaron lágrimas al sostener a mi hermano en alto.

—¡Anda que no es un niño! ¡Mira lo bien equipado que viene, Lola! —le dio mi abuela un picante codazo a mi madre.

—Pues hablando de equipaciones, que sepas que lo voy a hacer del Atleti del tirón, mamá—le anuncié sobrecogida por la emoción.

—Me parece muy bien, hija, me parece muy bien—me dijo mirándonos alternativamente a mi hermano y a mí.

—Es muy guapo, Lola, muy guapo—le decía Félix con llanto hiposo.

—He pensado que se llame Juanjo—nos anunció ella—, ¿os parece bien?

Todos asentimos emocionados, si bien fue mi abuela quien lanzó un hondo suspiro.

—¿Otro Juanjo como mi hijo, Lola? Bendito el día que entraste en nuestras vidas, eres un ángel.

Todos lloramos a moco tendido al final, porque las emociones se iban acumulando y fue demasiado. El crío era ciertamente bello y cuando Sergio se lo colocó a mi madre encima del pecho aproveché para tomarle la primera foto de su vida. Cielo santo, ¡lo que iba a presumir yo de hermano!

Enseguida los pasaron a la habitación y allí nos quedamos todos embelesados, velando el sueño de aquel personajillo que había llegado para darle más color aún a unas vidas que ya lucían bastante bonitas.

A media mañana, mi madre decidió que había que llamar a Esteban y así lo hicimos. En los últimos meses, él había cambiado mucho y se reformó bastante. También se emocionó mucho y, sobre todo, le agradeció sobremanera a ella que le dejase seguir de cerca el crecimiento de su hijo. Sin duda, a ese niño le iba a sobrar amor.

Félix y él se dieron la mano, fumando así la pipa de la paz. Hay muchas maneras de abordar una situación tan delicada, pero si puede hacerse de una pacífica mucho mejor. Todos nos dejaríamos el pellejo en construir un bonito mundo alrededor de mi hermano en el que reinase la paz y la concordia.

Sergio había sido el encargado de traer a Juanjo al mundo y eso me llenaba de satisfacción, aparte de que nos unía más aún. Todo salió a la perfección y ya teníamos al pequeño en casa, a esa vida que nos llenaría de alegría, a ese bebé que llegó en el momento menos pensado para dibujarnos la sonrisa.

Yo ya la tenía perfectamente dibujada en el rostro desde la llegada de Sergio a mi vida, si bien tener al pequeño Juanjo con nosotros me la amplificó.

Los días en el hospital, los primeros de su tierna vida, dieron paso a esos otros en los que todos disfrutamos del chiquitín al calor del hogar. Raro era el día en el que Sergio y yo no le visitábamos, pues éramos adictos a cada uno de sus cambios y logros. Le amábamos con locura y a menudo le sacábamos a pasear.

Cuando Sergio le tomaba en brazos, ya se vislumbraba que sería un gran padre, un padre amante de sus hijos, porque si en algo era bueno, aparte de en su trabajo, era en amar.

Todo iría llegando a nuestras vidas, sin prisa pero sin pausa, dado que yo estaba decidida a compartir la mía con él y por siempre. Porque una vida con Sergio merecía la pena, porque yo estaba deseando demostrármelo.

Capítulo 38



Nuestra boda llegó el siguiente verano. Y para entonces ya mi madre estaba comprometida también con Félix, quien le había pedido matrimonio en un precioso fin de semana que todos pasamos en Segovia, ese lugar que nunca me cansaba de visitar, y en el que aproveché esos días de asueto para plantearle que quería casarse con ella.

Mi madre me miró y yo le dediqué la más bonita de las sonrisas. Ya en esos días, Sergio y yo estábamos enfrascados en los preparativos de la nuestra, pues él me pidió matrimonio en París. Todo muy rápido, pero nada por lo que no suspirásemos. Había ganas de boda por todas las partes, y ese día llegaba la primera.

Desiré y Paloma eran mis damas de honor. Según Cristian y Santi, ellos también, pero a su manera. Seguíamos muy en contacto y Sergio les caía fenomenal, era uno más de nosotros.

Cada loco con su tema, Paloma se había emparejado con Amy, la chica con la que se lio la noche de la fiesta, y ya tenían planes de futuro. Desiré no tenía novio ni lo quería, porque ella apreciaba su libertad por encima de todas las cosas.

A nuestra boda asistirían muchas personas, incluidas mi tía Amalia, la que vivía en Alemania, con su marido Klaus y sus hijos. También mi tío Francisco por parte de madre con su familia.

No obstante, yo elegí a Félix como mi padrino. A falta de mi padre, nadie mejor que él se me ocurría para llevarme al altar en un día en el que todos hicimos piña una vez más. Él tenía dos hijos gemelos algo más jóvenes que yo que también pasaron a formar parte del clan y que estuvieron presentes en esa boda, aparte de que adoraban al chiquitín.

Mi abuela Consuelo moría de felicidad en ese enlace en el que su nieta mayor se unía a ese hombre que también consideraba ya su nieto. Es que al final le salieron nietos por todas partes y la mujer no podía mostrarse más feliz y contenta.

La vida nos había recompensado a todos los que creímos en el amor, con letras grandes, y sin

oscurantismo. En cuanto a los demás, de Mar solo supimos que volvió a marcharse lejos, pero ya bien. Pablo y Elsa rompieron, una ruptura que fue muy sonada en nuestro círculo, porque al final fue ella quien le plantó tras cornearle. Mi ex tomó de su propia medicina y yo no podía decir que me entristeciese por eso, desde luego que no.

Aquel precioso día, bajo un sol radiante, nos casábamos en una idílica ermita en medio del campo, pues a ambos nos encantaba la vida al aire libre. Yo me sentía muy sexy y el corazón me brincó en el pecho al ver a Sergio al lado de su madre esperándome en el altar, mientras ella sacaba el pañuelito para secarse las lágrimas y su hijo negaba con la cabeza al verme así de increíble, según me contó.

Nada os he hablado hasta ahora de mi familia política, con la que tuve la enorme suerte de congeniar igual que Sergio con la mía, lo que motivó que aquella fuese una boda muy dichosa, ya que la alegría se apreciaba en cada uno de nuestros rostros.

Mi ramo de novia, cómo no, fue a parar a manos de mi madre. Os cuento que estuvo confeccionado con rosas blancas y rojas, y que lo elegí así en honor a ese padre mío, el que aquel día me observó desde el cielo, que merecía un guiño en la mañana de mi boda.

La celebración corrió a cargo de un cáterin que encargamos y se prolongó durante todo el día. Nadie de nuestro entorno faltó y el baile fue el rey tras una jornada muy emotiva en la que nos juramos amor eterno.

Momentos graciosos hubo varios, pero cuando el sacerdote sacó a bailar a mi abuela Consuelo y ella nos dio una lección a todos, ese fue el rey.

También quedó para la posteridad ese baile que Sergio y yo llevamos a cabo mientras sostuve a mi hermanito en brazos, mientras todos aplaudían. El chiquitín ya se reía muchísimo y se volvió loco al escuchar la música.

Una vez el día terminó, y tras una pasión arrolladora ya casi de madrugada cuando caímos en la cama, nos quedaba un nuevo viaje sorpresa, puesto que en ningún momento estuvo Sergio dispuesto a revelarme el destino, algo que ya se estaba convirtiendo en una costumbre.

Yo me dejaba llevar porque ese hombre que se convirtió en mi marido organizaba unos viajes espectaculares que aquella ocasión se materializó en un tour asiático inolvidable del que nos trajimos unos recuerdos de impresión.

Pero no solo eso nos trajimos, porque al poco de volver a casa yo me notaba bastante revuelta y solo fue cuestión de días que, a solas con Sergio en su consulta, llorásemos de emoción al escuchar ese par de corazoncitos, porque habíamos hecho los niños a pares, por lo que se veía.

Mi abuela Consuelo tampoco falló en aquella ocasión.

—Van a ser niñas, lo tengo claro—sentenció.

Nos faltaba algo de tiempo para corroborarlo, si bien en unos meses de nuevo tuvimos que felicitarla, porque lo suyo era impresionante. Alba y Marisol, así se llamarían nuestras hijas.

Sé que el primer nombre está más de moda y que el segundo es más clásico, si bien yo estaba enamorada de los dos y a Sergio... A Sergio le parecía fenomenal todo lo que yo dijese.

Ya estaba viendo yo sus vestiditos en nuestra tienda online o, mejor dicho, en la de mi madre, en la cual tenía yo una participación, porque ese tema no ha vuelto a salir, pero ella cumplió el sueño de emprender y todo le iba sobre ruedas, de manera que pudo compaginar su faceta familiar con la laboral y se sentía más realizada que nunca.

Mi abuela Consuelo seguía siendo ese gran pilar en nuestras vidas y, como un día prometió, jugaba con mi hermanito en el parque. Pronto lo haría también con sus bisnietas, porque a esa mujer le quedaba cuerda para rato.

El embarazo lo vivimos con una ilusión espectacular. Al ser doble, pues también la emoción lo era. El hecho de que Sergio fuese a traer al mundo a sus propias hijas también era algo impresionante.

Mi marido, que me cuidaba de una manera de lo más entregada, no paraba de hacer bromas respecto a que un día tendríamos que ir también a por el niño o entre las tres le daríamos demasiada caña.

La felicidad estuvo presente en cada uno de esos meses en los que mi vientre creció y creció, mientras Sergio supervisó hasta el más mínimo de los detalles.

Pronto tendríamos a las niñas en el mundo. Por cierto, que en su caso eran mellizas y no habrían de parecerse necesariamente demasiado. De hecho, ya os adelanto que Alba fue mi viva estampa mientras que Marisol salió hecha un calquito de papá.

Eso sí, el día que vinieron al mundo fue el más feliz de nuestras vidas. Mi hermanito se volvió loco con ellas y ya tendría compañeras de juego para toda la vida. Con lo espabilado que estaba, enseguida les enseñaría todo lo que estaba aprendiendo en una preciosa etapa en la que la ternura seguía rigiéndolo todo.

¡¡Ya había tres niños en la familia!! Y el tiempo diría, aunque en principio yo me daba más que por satisfecha.

Epílogo



Tres años después...

Sergio conducía mientras yo trataba de apaciguar los nervios de mi abuela.

—Es que yo, solo de pensar que voy a conocer a Carlos Sobera, estoy hecha un manojito de nervios. Lo tienes que entender, hija—me decía camino del programa de citas al que finalmente acudiría esa noche.

Con el tiempo no había hecho más que rejuvenecer. Juanjo, Alba y Marisol le dieron vida. Por cierto, que todos quedaron a cargo de mi madre y de Félix, quienes ya felizmente casados, se terminaron por trasladar junto con mi abuela a una casita muy cercana a la nuestra para que los niños pudieran crecer juntos.

Con esa idea, mi abuela no rechistó al dejar su piso, porque además decía que ella ya no miraba al pasado, sino al futuro, y lo mejor del caso era que actuaba en consecuencia.

No todos los días llegan a ese *reality* de encuentros personas de la edad de mi abuela Consuelo, pero es que ella encima llegó arrebatadora.

Lo primero que sucedió fue que le tiró los tejos a Carlos Sobera, de quien se declaró enamorada platónicamente. Y el hombre, puro estilo y elegancia, le besó la mano diciéndole que él no estaba disponible, pero que seguro que el caballero que acudió a su cita sería de su agrado.

Yo no las tenía todas conmigo porque mi abuela era un tanto especial en ese aspecto, pero lo cierto fue que cuando se sentó y le echó aquella sonrisita pícara a Genaro, un hombre unos años más joven que ella, supe que hubo amor y del bueno.

A partir de ese momento, las bromas entre ambos y el buen rollo fueron de lo más comentados. Y a la hora de decidir si querían una segunda cita hubo total unanimidad y los dos soltaron un “Sí” perfectamente sincronizado.

Genaro vivía en nuestro mismo pueblo y ese fin de semana tuvieron su primera cita fuera del programa. Ver a mi abuela arreglarse como si fuese una chica joven, con la misma ilusión, supuso un regalo para mí.

Ella había cambiado hasta de look en una peluquería cercana a casa y derrochaba felicidad por los cuatro costados. Solo hablaba de Genaro y apostaba por vivir una segunda oportunidad con él en lo amoroso.

¿Y si os digo que unos meses después volvimos a vestarnos de boda? Pues eso fue lo que sucedió, ya que ambos estuvieron de acuerdo en que tiempo para perder no les quedaba.

Genaro contaba con un capital porque había sido empresario, así que entre eso y que mi abuela vendió su piso, se compraron una casita también cercana a las de todos nosotros.

El mismo día que volvieron de luna de miel, tras hacer un crucero por el Mediterráneo, yo me puse de parto. Sí, entre tanto jaleo no os he comentado que Sergio se empeñó en ir a por el niño y fuimos. Nuestro hijo Dani recibió así a su bisabuela, quien una vez más dio en el blanco con el sexo.

Ya éramos familia numerosa. Una familia que no solo se limitaba a la que quedaba de puertas para dentro, porque con todos los demás formábamos un clan.

Yo solo podía pedirle a la vida que siguiera dándonos tanto como hasta entonces, porque realmente lo teníamos todo.

En lo referente a mí, no solo me había convertido en hermana mayor y en madre de familia numerosa en poco tiempo, sino que veía la vida de color de rosa gracias al amor que Sergio me suministraba en grandes dosis.

Cada día que amanecía suponía para nosotros una aventura, pues no es fácil abordar la vida con tanto crío pequeñito, pero aun así la vivíamos como la más excitante y éramos rabiosamente felices.

Miraba a mi alrededor y confirmaba que el destino me había colmado de dicha tras ciertos reveses que quedaron atrás. Y con todos mis pequeños colchoneros, porque nuestros hijos también fueron del Atleti, descubrí la suprema felicidad siempre con su padre al lado.

Se puede querer a un hombre de muchos modos, si bien yo a Sergio le amaba con todo mi corazón porque nadie como él para enseñarme a amar. Pocos años después de haberle conocido, ya no podía concebir una vida sin él y sin nuestros hijos.

Tan bonito me parecía todo que a veces caía en la tentación de figurarme que se trataba de una ilusión. Pero luego llegaba Sergio y, con sus besos, sus caricias y sus sonrisas me recordaba que cuanto vivíamos era muy real... Tan real como maravilloso.

¡GRACIAS POR HABER LLEGADO HASTA AQUÍ!

Si te ha gustado nuestra novela, no olvides dejar tu comentario en Amazon. Puedes encontrarnos en nuestras redes sociales.

*Con mucho cariño,
Manu y Alma.*

Redes sociales:

Facebook:

[Manu Ponce](#)

[Alma Fernández](#)

Instagram:

@manu.ponce.escriptor

@almafernandez.autora

Twitter: @ChicasTribu

Amazon:

<http://relinks.me/ManuPonce>

relinks.me/AlmaFernandez